Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

18

EL MESTIZO JOSE VARGAS

GUILLERMO MENESES

MINISTERIO DE EDUCACION

ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Digitized by Google

2119683037

PQ 8549 M426 M47 1989 LAC

THE
NETTIE LEE BENSON
LATIN AMERICAN COLLECTION
of
The General Libraries
University of Texas
at Austin

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

EL MESTIZO JOSE VARGAS

Digitized by Google

Director de la Academia Nacional de Historia
Guillermo Morón

Comisión Editora
Blas Bruni Celli
Mario Briceño Perozo
Oscar Beaujon
Ildefonso Leal

Director de Publicaciones
Guillermo Morón

Digitized by Google

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

18

GUILLERMO MENESES

EL MESTIZO JOSE VARGAS

NOVELA

MINISTERIO DE EDUCACION
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Caracas, 1989

Digitized by Google

MINISTERIO DE EDUCACION
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Caracas, 1989
Impreso en Venezuela por Italgráfica, SRL
ISBN 980-222-265-8
Portada: EDDIE ROJAS

Digitized by Google

PRIMERA JORNADA

Digitized by Google

Digitized by Google

I

La palabra de los ancianos tiene peso y valor de semilla. Dentro de nuestro cuerpo crece la vida; conocemos la rosa y el viento, el pan y el polvo, el agua y la arena; miramos las cosas del mundo y los cuerpos de las otras gentes que junto a nosotros viven y crecen; como pequeños dioses, como si hubiéramos tenido parte en la creación de los seres, miramos en nuestro redor y descansamos satisfechos: ¡Es bueno nuestro mundo! ¡Los animales y las plantas son hermosos! Hermosa es la quietud de las montañas, de las piedras, de la arena playera; hermosa la quietud de las cosas inmóviles y hermoso el movimiento de los seres que deslizan sus pasos y hacen gestos sobre el haz de la tierra.

Miramos todo esto, estamos satisfechos de nosotros mismos y hallamos bueno el mundo del cual somos pequeños dioses gloriosos... Pero existe la voz de los ancianos, su voz, que tiene peso y valor de semilla; existe la voz de los viejos capaz de crear otro mundo oscuro que se mezcla con el mundo que nos rodea.

Ibamos a hacer gozosamente la aventura de la vida. Nos sentíamos semejantes al gallo brillante de limpio grito, al ternero de ojos tristes o al rojo pájaro que corta el aire con su flechazo ensangrentado. Nos sentíamos semejantes al grueso árbol frondoso que descansa su sombra sobre la tierra y da frutos puros de sabor, de forma,

Digitized by Google

de colorido. Éramos como alegres dioses que miran satisfechos en su torno y dicen: "He creado cosas buenas. Haré vida brillante de gallo y daré limpios gritos en las madrugadas de todos los días mientras viva; haré vida frondosa de árbol y mis frutos serán dulces y puros; haré vida de ternero y seré toro recio que adornará sus cuernos con racimos maduros..."

Pero existe la palabra de los ancianos, su voz, con peso y valor de semilla. Existe la memoria, la experiencia, el recuerdo. La voz de los ancianos se acerca a nosotros y crea en nuestra mente otra tierra oscura —tierra del pasado— que lucha con la tierra verdadera, que toma disfraz de tierra verdadera, porque quiere ser más eficaz y real que la tierra donde nacimos.

Existe la voz de los ancianos. Es ella memoria, recuerdo, conciencia humana. Fué nuestro primer sueño ser gallo, árbol, toro, arena, viento, criatura y dios, unos con el mundo y con nosotros mismos; pero la palabra de los viejos —pesada como semilla— crea sobre el mundo verdadero la profunda tierra del pasado, la negra sombra donde viven los hombres que fueron. Se nos cae del cuerpo nuestra sustancia divina; tristemente, dejamos de ser dioses.

Es lo que llaman tradición, historia, recuerdo, memoria. No, no somos dioses... Somos hijos de Juan y María y tras de nosotros están Diego, Santiago, Fernando, Margarita. Historias, recuerdos, leyendas, memoria... Margarita era blanca; tenía las manos dulces como alas maternales. Santiago era forzudo, terrible en su cólera como llama de justicia y terror. ¿Fernando?... ¡Hace ya tanto tiempo!... Dicen que era manso, que usaba palabras tibias y exactas para nombrar las cosas.

Es la voz de los ancianos, pesada como semilla que crea un mundo. La tristeza de no ser dioses hace su

Digitized by Google

nido en el humano corazón. Somos hombres solamente —carne crecida de la carne— y hemos de crear dioses que tomen el lugar de lo que nos creímos nosotros mismos. ¿Te creíste gallo dios, amo del grito limpio de las madrugadas? ¿Te creíste dios árbol, amo de la sombra más honda, del fruto más puro? ¿Te creíste divino toro ornado de cuernos, coronado de maduros racimos?... Pues, no. Eres carne nacida de carne y tienes que sostener el peso de un mundo prodigioso y sombrío, el peso de los recuerdos, de la memoria, de la conciencia humana: el peso de la voz de los ancianos.

El hombre se creyó dios. Vive en él a través de los sueños un destino divino que lo une a la tierra y lucha con el destino humano que es la voz de los viejos. De la tierra surgen los sueños que lo hacen dios; del oscuro fondo del pasado viene la memoria que lo hace hijo de la carne. Luchan en él dos mundos. Es un soñador y crea dioses para confundirse en ellos y ser dios, aunque indirecto, una vez más, ya que no puede dejar de ser hombre, hijo de la carne.

La voz de los ancianos se acercó también a José Ramón Vargas. Palabra nacida de los labios del pueblo, frase familiar dicha entre los mimos del cariño o renglón del libro donde estudiara, existía la voz que se refería a él y a su relación con los hombres, la voz que lo apartaba del mundo.

—Tú eres hijo de Aquiles, que es hijo de Pablo, que fué hijo de Fernando, que fué hijo de Pedro, que fué hijo de...

La historia comenzaba certera —con el detalle preciso, con el color y la frase pulcramente exactos— y,

Digitized by Google

Como cauda sombría de la cual brotaban figuras prodigiosas, pesaba sobre el dios fracasado, sobre el hombre soñador; como oscura pluma vibrante al viento de la lentamente, iba desvaneciéndose en la noche de los años. vida, tendida hacia el pasado, era carga y adorno del soñador; como tierra misteriosa disfrazada de realidad, se hundían en ella raíces esenciales.

Era la voz de los ancianos. Formaban esa voz las gentes todas que tenían años y años de caminar los senderos de sus propias vidas y que habían oído a su vez los relatos de otras vidas.

Las gentes contaban. Muchas cosas habían visto y se creían obligados a decir al niño su experiencia, su memoria, sus recuerdos; se creían obligados a crear ante el pequeño el mundo penumbroso del pasado, a poner sobre los hombros del diosecillo inútil la terrible carga de los años. Ellos mismos estaban oprimidos de antiguos testimonios que venían de lejos y se unían al recuerdo de las acciones que habían presenciado, de los gestos que habían mirado. Les parecía necesario contar cómo sus vidas se habían desenvuelto entre los hilos de los otras vidas; les parecía bueno decir a la joven criatura los resultados de su lucha sobre la tierra. Y mezclaban los sueños del dios con los sueños de los hombres. Y mentían sobre la tierra verdadera otra tierra que parecía real, más poderosa a veces que los primitivos sueños.

Eran el padre, la tía Emilia, Primitivo el pescador, la india Cruz, el viejo Luis —todos— contando, enseñando, diciendo. Era el coro de voces creando el pasado, colocando sobre los hombros del niño el peso sombrío del cual nacían las figuras de los antepasados, sembrando en el corazón del niño la misteriosa tierra donde vivían recuerdos que semejaban sueños, imágenes que eran memoria de las gentes.

Digitized by Google

Eran el padre, la tía Emilia, Primitivo el pescador, la india Cruz, el viejo Luis —todos— contando, enseñando, diciendo.

El viejo Luis era matarife en Santocristo. Pequeñito, arrugado, la cara como bola de papel doblada en mil minuciosos pleguecillos, manchado por la sangre de los animales que degollaba, sucio, rezumante de aguardiente que o mantenía en perenne borrachera, hablaba ante la blanca imagen de la tía Emilia, en el corredor de la casa de los Vargas, frente al mar de Santocristo.

—La Virgen es buena. La Virgen quiere a Luis. Virgen, ¿tú quieres a Luis? Sí. La Virgen es buena. La Virgen quiere a Luis.

Tal la salmodia eterna de Luis, matarife borracho, manchado de sangres, rezumante de aguardientes. José Ramón Vargas, pegado a las faldas de la tía Emilia, lo miraba llegar, ensangrentado y borracho, como si hubiera clavado su cuchillo en la ceremonia ritual de un sacrificio que exigiera el derramamiento de los rojos jugos animales y de los claros jugos de la caña.

—Niña Emilia, ¿usted quiere a Luis?

—¡Por supuesto que te quiero, hombre!

—La niña Emilia es buena. La niña Emilia quiere a Luis. Luis quiere mucho a la niña Emilia.

José Ramón lo miraba, abriendo asombrado sus ojazos de niño. Aquel pequeño borracho sangriento, con mucho de enano misterioso, parecía herido, agonizante, asesinado bajo sus manchas de sangre y de ron, solicitando y rodeado por imágenes de ángeles buenos, unidos a él por el amor. Gentes que ya estaban bajo la tierra de sus tumbas, tras de las losas del cementerio de Santocristo,

Digitized by Google

se juntaban a los santos y a muchas personas vivas en el cariño hacia Luis. La Virgen, la tía Emilia, don Dieguito Vargas, la india Cruz, eran buenos y querían a Luis.

Había sido peón en las haciendas de los Vargas, había acompañado al abuelo de José Ramón en sus revueltas caudillescas, había visto muerto —rota la altiva frente por un balazo— a aquel don Diego Vargas, el más joven de los hermanos Vargas, que se lanzó en la guerra con violencia de desesperado.

—Luis lo vió muerto a don Dieguito Vargas. Don Dieguito era bueno. Don Dieguito quería a Luis. Luis lo vió muerto a don Dieguito Vargas. ¡Lindo con sus piesecitos blancos! ¡Lindo con sus piesecitos fríos!... Luis quiere a don Dieguito. Don Dieguito es bueno. Don Dieguito quiere a Luis.

—¿Quién mató a Diego Vargas?

Luis no lo sabía. Ni siquiera hablaba de la herida de bala que había roto la altiva frente blanca, sólo decía de los blancos pies fríos del joven héroe, sólo nombraba los fríos pies endurecidos de don Dieguito, cabalgando su muerte en la mula, camino de Santocristo. Era muy viejo el viejito Luis, manchado de sangre y de borrachera, payaso agonizante, muerto rodeado de ángeles buenos que lo querían y no sabía nada, sino que don Diego es bueno y lo quiere a través de la muerte, lo mismo que lo quiere la Virgen, lo mismo que la tía Emilia, lo mismo que el pequeño José Ramón de asustados ojos observadores.

El complemento de la historia llegaba al muchacho de otros labios. Primitivo el pescador, por ejemplo, conocía la batalla del Paso de la Cruz.

Digitized by Google

El tropel de indios costeños —pescadores, marineros— seguía las órdenes de los Vargas, del general don Pablo, el mayor, de don Diego, el más joven. Amaban y admiraban y temían a los Vargas; era una mezcla de vasallaje y cariño, de pasión y servidumbre que se sentía fácilmente en la voz de Primitivo, cuando contaba la historia.

El general don Pablo era duro, volento; don Diego era alegre, franco, siempre fácil para el trago y la parranda. Aquella vez del Paso de la Cruz, los informadores habían traído noticias de que la fuerza gruesa del Gobierno atacaría toda a la gente de don Diego (se habían separado los dos hermanos buscando dividir los batallones gobierneros, pero algún espía desbarató la maniobra). Los doscientos indios de don Diego —hombres de machete, apenas unos cuantos con revólver o escopetas viejas— iban a soportar el empujón de los gobiernistas. Desapareció la risa en la cara de don Diego; se hizo altivo y frío.

No era miedo, no. Pero don Diego se endurecía cuando sabía de espías y traidores entre su gente. Le dolía dentro la traición. En seguida mandó apuñalar al indio Críspulo Yaguaracuto (tal vez no fuera él realmente el traidor, pero había estado gastando dinero en esos días). Don Diego estaba blanco y frío bajo el ala oscura del sombrero. "El traidor no tiene perdón de Dios ni de los hombres", dijo. Y estuvo presente cuando el indio Críspulo fué apuñalado. Luego mandó un correo a don Pablo pidiendo ayuda; habló en voz alta:

—Si todavía hay traidores entre los hombres de Diego Vargas, moriremos todos. Sepan que vamos a esperar al enemigo en el Paso de la Cruz.

No era en aquellos momentos un hombre. Era la idea inflexible de la justicia dentro de la blancura de la carne,

Digitized by Google

en la expresión fría y apasionada del rostro, bajo el ala negra del sombrero. La gente sentía el valor de las palabras de don Diego. La vida de sus hombres temblaba ante aquella fría y dura afirmación, terrible como una espada viva.

Fué entonces la batalla del Paso de la Cruz.

Se llamaba así porque se alzaba allí una de esas cruces clavadas en piedras que suele haber a la orilla de los caminos venezolanos: una de las tantas cruces sembradas junto a cualquier vereda para recordar la muerte violenta de algún caminante. Sin embargo, aquella cruz era tan precisa y significativa en sus escuetos brazos de madera, que había dado nombre al paso del río. Algo había en aquella cruz clavada en su montón de piedras mohosas en la ladera de un montículo cubierto de yerbas finas. Algo había en ella de misterioso y significativo que ponía en la atmósfera del paraje tono de miedo y solemnidad. Los árboles ensombrecían el lugar a ambos lados del río con sombra pesada, fría y, en medio, brillaba la corriente del agua arrastrando piedrecillas.

Al atardecer, llegaron al Paso de la Cruz Diego Vargas y sus gentes. Las yerbas y las hojas se movían al peso de la brisa, fresca por haberse rozado con la corteza vibrante del agua. Nuevamente habló don Diego encerrado en la dura frialdad de su pasión.

—Aquí esperamos. No han de llegar antes que anochezca. Podemos comer tranquilos.

Pero él mismo no estaba tranquilo y se paseaba entre los árboles, mascando sus trozos de pan y las palabras de su desdén. En su redor se forjaba la sombra más espesa y más honda. Pensaba y decía palabras que sólo oía la oscura brisa. Todos los indios, que por seguirlo habían dejado sus mujeres y sus barcas, sus ranchos y sus redes y sus hijos, lo miraban caminar mientras comían.

Digitized by Google

Confiaban en él porque sentían que aquel mozo alegre sabía convertirse en espada dura y vengativa. Esperaban.

De pronto, Diego Vargas suspendió sus pasos, llamó a su asistente y estuvo hablando un rato con él. Chocó sus manos satisfecho.

—¡Eso es! —dijo— ¡eso es!

El indio Primitivo —barro fuerte y antiguo, músculo duro bajo el oscuro pellejo que los años habían aflojado— sabía contar el cuento.

Gustaba hablar el viejo indio ante el grupo de las gentes que con él trabajaban, como si conversara a solas con los recuerdos de su vida. Era bajo el techo de pajas de la ranchería pesquera, en horas quietas de ocio y descanso y tertulia de compañeros trabajadores. El humo de los cigarros subía lentamente hacia el cielo brillante de la noche niña y algún remero, acostado en la arena, podía mirar junto al duro perfil del indio Primitivo la brasa pura de la estrella de la tarde. La voz del pescador se diluía en el aire como humo de tabaco.

—Estaba yo mocito entonces. Apenas había tocado cuerpo de mujer y tenía deseo de hacer grandes cosas para que las hembras me dieran con gusto su calor. Era buen nadador y buen remero pero todavía demasiado mozo para creer que una mujer pudiera encenderse por mí. ¡Falta de experiencia de muchacho ignorante que no sabía que la mujer está siempre encendida para el hombre que le conviene!... Bueno. Quería yo hacer grandes hazañas para que me respetaran los machos y me fueran dulces las mujeres. ¡Sí, señor! Ambiciones de muchacho orgulloso que el hombre recuerda...

Llegaban comisiones de los Vargas diciendo, ofreciendo, sembrando en el corazón de los indios las ganas de fajarse

Digitized by Google

a pelear, porque en la guerra se vengan muchas injusticias. Todos nos fuimos: los jóvenes hasta muchachos de trece años con la leche de la madre en los labios, y los hombres maduros ya a la orilla de ser viejos. Fuimos a unirnos con los Vargas, que eran jefes entonces, cuando la gente sabía jugarse su sangre, no como ahora, cuando un muchacho como éste pierde la flor de su mocedad escuchando las palabras tontas del viejo Primitivo y echando en el aire humo de tabaco...

En aquellos tiempos sabíamos fajarnos. Es verdad que nunca ganamos nada. Es verdad que siempre perdimos cuando menos un dedo ,que es tan necesario para las faenas del mar; pero no nos quedábamos tendidos en la arena mirandito las estrellas. Nos zumbábamos en la guerra y vengábamos muchas injusticias aunque después volvieran las cosas a su ley de maldad...

Bueno. Esa vez nos fuimos con los Vargas un buen batallón de indios de todo este litoral. Ahí estaba el abuelo de Vitico Parucho, que en paz descanse y mi hermano Isaías que en gloria esté y Dimas Guanoco, que era asistente de don Dieguito y que no se sabe ahora dónde anda y mil indios que duermen el sueño eterno o que andan por ahí, viejos, desperdigados sobre la haz de la tierra. Ahí estaba también el viejo Luis, que todos dicen que tiene más de cien años y es mentira, porque yo lo conocí mozo y será, si acaso, diez años más viejo que yo; sólo que el aguardiente le ha arrugado el pellejo y le ha desnudado la calavera.

Bueno. Todos los indios de este litoral estábamos con los Vargas; sólo los muy viejos se quedaron con las mujeres y los muchachos remendando las redes, cuidando los botes, echando la atarraya una que otra vez. Bueno. En las cercanías de Lagunazo se separó la gente vargeura en dos grupos; con don Diego nos quedamos los hombres de la

Digitized by Google

costa y con el general don Pablo andaban los campesinos de sus haciendas y unos cuantos de Ciudad Vieja.

Ya yo he contado muchas veces por qué se separaron los hermanos, queriendo que las fuerzas del Gobierno tuvieran que dividirse para pelear a cada quien por su lado y he contado también cómo don Diego descubrió que el indio Críspulo Yaguaracuto nos había delatado y lo mandó matar. Bueno. Fué un espectáculo de los que le quedan a uno bien marcados a todo lo largo de la vida. Sí señor. Pero más grande que todo eso fué la pelea del Paso de la Cruz.

Como don Diego sabía que los gobiernistas vendrían a pelearnos, dió orden de que esperáramos en el paso del río Guayay que llaman de la Cruz porque hay allí una cruz grande de palo. Todavía existe la cruz, tal como yo la ví de mocito: una cruz alta de palos negros sin pintura, clavada en un montón de piedras. Bueno, pues: Como iba diciendo, supimos que una fuerza bastante del Gobierno venía desde Ciudad Vieja sobre nosotros. Don Diego mandó correo al general don Pablo pidiendo ayuda y nos acomodamos del lado acá del río. Don Diego escogió el Paso de la Cruz porque el río está ahí profundo entre sus riberas y por supeusto, es buena posición. Después fué caundo formó su plan y habló con el asistente.

—Dimas. Anoche no tuvimos luna. ¿Era que estaba nublado o que estamos a fin de menguante?

—Sí, señor. No sé si será fin de menguante o principios de creciente. El caso es que anoche, con cielo despejado, no había luna.

—Y hoy será lo mismo, ¿no es verdad, Dimas?

—Sí, señor. Pasarán días antes de que comience a alumbrarnos un trocito de luna.

Digitized by Google

—Y este lugar es sombrío.

—Sí, señor.

—Y el cuerpo del indio no se ve en lo oscuro.

—Sí, señor.

—Entonces, me parece que estoy pensado algo bueno para derrotar a la gente esa.

—Sí, señor.

Y don Diego chocó las manos y dijo:

—¡Eso es! ¡Eso es!

Entonces nos dió la orden de que nos desnudáramos y esperáramos quietos montados en las ramas de las matas y cayéramos sobre la gente del Gobierno cuando él diera la señal. Dijo:

—Se echan sobre la gente del Gobierno cuando yo dé la señal. Si tocan ropa zumban el machetazo. Yo daré la orden de ataque con un silbido así.

Y silbó apenitas.

Se llevaron lejos el caballo de don Diego para que no nos descubriera con sus relinchos y todos fuimos quitándonos las ropas y encaramándonos en las ramas. Recuerdo que Natividad Yaguaray estornudó por el friíto que se colaba del río y don Diego dijo:

—Aprovechen de estornudar y de toser y de hacer ruidos ahora; porque al que se le ocurra estornudar cuando el enemigo esté cerca yo mismo lo bajo de un tiro aunque se pierda todo.

Dimas quedó cerquita de mí, en el mismo matapalo. Recuerdo que le dije:

—A don Dieguito se le distingue lo blanco de la carne entre la noche. Está fácil para un balazo.

Pero don Diego volvió a hablar:

—El que se mueva de ahora en adelante puede considerarse muerto.

Digitized by Google

Parecía que no había ánima viva. Don Dieguito tenía muy buena puntería y nadie podía querer morir a manos de él, como traidor o mal soldado de un buen jefe. Aquello angustiaba, ¿saben? El frío y el miedo le ponían a uno la carne erizada, y la brisa del río movía las ramas y hacía ruidos raros entre la noche. Don Diego seguro estaba escondido, porque no se miraba por ninguna parte la sombra de su cuerpo. De pronto, así, a lo lejos, comenzó a oírse como si un animal grande se arrastrara y eran las alpargatas de los soldados del Gobierno. De quién sabe dónde vino la voz de don Diego:

—Atención... Silencio...

Y nosotros los indios ahí, encima de las matas, aguantando la angustia y el frío con los dientes apretados... Uno podría nacer mil veces y recordaría siempre.

Por fin se oyeron cerca los pasos de los gobierneros y, del lado de allá del río comenzaron a verse sombras y a escucharse palabras. Atravesaban el río despreocupados (algunos hasta fumando) y pasaban por debajo de nosotros. Eran, por lo menos, tres de ellos por cada uno de los nuestros. El jefe, a caballo, se había quedado en mitad del río y se veía medio borroso en el claro del agua, mientras sus gentes pasaban por debajo de nuestra mala intención. De pronto, el hombre de a caballo se dió cuenta de algo y dió órdenes de ¡atrás! ¡atención! y no sé qué más y don Diego gritó:

—¡Vamos! ¡A ellos!

Y silbó como si tirara un machetazo.

Les caímos encima a los soldados y fué una matazón. En lo oscuro se olía la sangre y la carne cortada y sonaban los gritos de los tasajeados y roznaba el machete rompiendo carne y hueso y haciendo chillar a los soldados con el hipo de la muerte.

Digitized by Google

Fué una matazón. El jefe de los gobierneros se acomodó del otro lado del río y nos cazaba como a venados sin saber si mataba a los suyos o a nosotros. Los pocos indios vargueros que tenían revólver o escopeta les respondían los tiros. Don Diego con ellos, peleando con ganas. Mucho tiempo pasó así hasta que se oyeron más tiros por el lado de nosotros. Era el general don Pablo que había llegado a socorrernos y los del Gobierno se retiraron dejando mucho muerto y prisioneros y un montón de máuseres. Todos queríamos perseguir a los soldados cuando el general don Pablo ordenó filas y habló:

—Santocristo está en nuestro poder. Vamos a retroceder allá y a enterrar los muertos. El coronel Diego Vargas ha muerto en la acción.

Desde ese momento, todos los indios supimos que la guerra se había perdido. Quisimos mirar a don Diego, que estaba tapado con una cobija de arriero azul y colorada. Tenía la frente reventada por un balazo. Estaba amaneciendo cuando salimos, cargando los cadáveres, camino de Santocristo.

Así eran los cuentos que oía José Ramón Vargas. Cuentos de gloria, de voluntad heroica, de orgullosa decisión, dichos por la dura voz del padre o por el dulce encaje que era la voz de la tía o por la cariñosa expresión de Marisabel Díaz, la maestra rubia, explicando la historia de Venezuela en la pequeña escuela de Santocristo.

De la gaveta grande de su escaparate sacaba la tía Emilia pequeños objetos, viejos retratos desdibujados que la hacían hablar. Había un medallón con un paisaje romántico —la melena del ciprés desmayada sobre el lago donde duerme una barca— y la tía Emilia decía:

Digitized by Google

—Está hecho con cabellos de mamá.

Las manos, finas y blancas, de la tía abrían el medallón. Dentro estaba el retrato de una señora gorda y triste.

—Es tu abuela. Mi madre —decía la tía Emilia.

Y salían de la gaveta del enorme escaparate de caoba viejas cintas de terciopelo rojo, encajes pañuelos, cartas, flores de tela, muchos retratos en desteñidas sepias. El general don Pablo, María de Alcalá, la abuela, Monseñor Juan Luis Vargas... A veces, eran recuerdos de gentes amigas de los viejos Vargas, pero quedaban en la memoria de José Ramón junto a la imagen de los antepasados, junto a los relatos históricos de Marisabel Díaz, la maestra rubia, que decía: "El 19 de abril de 1810, una multitud capitaneada por don José de Vargas..." José Ramón oía a la maestra y era como si mirara la gaveta de la tía: una carta, una cinta, el desteñido y viejo retrato. ¡Imágenes que daban su tono a la voz de los ancianos y su matiz a la semilla del pasado!...

A más de sus cuentos de guerra, la figura del abuelo tenía su cuento especial: el de su muerte.

Tras el infeliz resultado de su intentona guerrera, habíase recluído el hombre en su casona. Casó con la señora gorda y triste cuyo retrato estaba en la gaveta, murió ella pronto, tras el tiempo preciso para parir cuatro hijos, y don Pablo luchó en vano contra la pesada vida lenta de Ciudad Vieja, vieja ciudad capital de la Provincia. Pretendió mucho tiempo sostener su prestigio de caudillo; no se resignaba a sospechar que le dieran su título de "general" con ironía; quería seguir siendo el hombre recio y mandón que sabía de guerrillas y batallas. Tal vez, allá en el momento más íntimo del diálogo consigo mismo,

Digitized by Google

se confesara que había perdido el ímpetu necesario para lanzarse de nuevo a la revuelta armada, pero lo ocultaba tras la grave solemnidad de su figura erguida.

Sentado en el corredor de su casona, rodeado de compadres y amigotes, pasaba las noches entregado al recuento de alguna hazaña, a los tragos de viejo ron espeso y a las grandes apuestas en las partidas de "treintiuno", "sietimedio" o "ajilei". De su jefatura guerrera quedábale la facultad de expresarse con altiva sequedad como único disfraz de la realidad. Sonreíanse los compadres —con sonrisa de chulos traidores— caundo don Pablo hablaba de su pasado valiente o alardeaba de su generosidad en el juego e incitábanlo con frases de duda a alzar los dineros de la apuesta. Así, entre chanzas groseras, copas de ron y humo de tabaco gastábanse las noches en la casona en redor de la oscura mesa donde saltaban los colores de las barajas y el brillo de las monedas.

A Aquiles parecíale el desprendimiento del padre una nueva característica de la familia noble y poderosa; don Pablo lanzaba sus monedas sobre la antigua mesa de caoba —desdeñoso y tahur— y Aquiles sentía en su padre la presencia de los antiguos Vargas que jugaban su vida como una moneda sobre la tierra venezolana.

Un día hacía tertulia junto a la mesa de la baraja azarienta y viciosa un cierto coronel —extraño a las gentes de Ciudad Vieja— nombrado días antes Jefe Civil de la ciudad. Miraba el hombre las apuestas y guardaba silencio mientras tragaba sus copas de ron. Esperó hasta que los jugadores se levantaran (ya la madrugada encendía sus fuegos) y dijo entonces que quería hablar a solas con don Pablo. Cuando se fueron todos (algo había en ellos de miedosa desconfianza) afirmó rudamente:

—Yo no quise intervenir porque estábamos en su casa de usted. Pero esos vagamundos le estaban haciendo trampas.

Digitized by Google

Don Pablo se irguió hasta tocar la estatura de su orgullo, de la vanidosa idea que tenía de sí. Su voz contestó grave, como si estuviera hablando ante la admirada observación de la humanidad.

—Coronel usted se equivoca. Esos señores son mis amigos. No puede ser ladrón un amigo de Pablo Vargas.

—Pues yo quise advertirle...

—Otro día no mienta, coronel. Todos mis amigos son caballeros. Es mentira que haga trampas alguno de ellos.

—¡Ya ve! Y me dice mentiroso porque quise advertirle que lo estaban robando...

—Le repito que miente. No permito que en mi casa se calumnie a mis amigos. Le ruego no visitar más mi casa.

Estas actitudes quedaban del brío caudillesco y de la voluntad de mando. Y, a medida que avanzaba el tiempo separándolo de sus días heroicos, íbase haciendo más duro y agrio y caía a ratos en mustios silencios, inclinando el perfil sobre el ancho pecho mientras fumaba los negros tabacos enviados de Cumaná.

Cuando sé acercaba a él la dulzura de la hija, indagando sobre las causas de aquellos tristes desgonzamientos, se alzaba don Pablo:

—Nada. No es nada. Me siento bien.

Había sido muy corto el tiempo de su matrimonio y nunca pudo acostumbrarse a ternuras caseras de mujer. Su rudeza impedíale el gusto por la cercanía del cariño filial que pretendía hacer tizanas y decir palabras dulces para remedio de las tristezas del anciano.

—Me siento bien. Déjame en paz, hija.

Por fin hubo de doblegarse la voluntad empeñada en fingir arrestos de dureza. Llegó el médico —levitón negro, camisa manchada de sudor— y ordenó que se apartara don Pablo del tabaco y del brandy y se encerrara en su

Digitized by Google

cuarto a descansar. Pero la tertulia y el juego no terminaron, sino que, en la alcoba, amoblada en negros severos, pulcra y escueta entre las blancas paredes, se reunían los compadres elaborando la chanza y metiendo en la manga la carta marcada para hacer el "punto" ladrón.

El cáncer mordía las entrañas de don Pablo haciendo amarillo y mortecino el tono de su carne. Saltaban de su rostro los ojos tristones y afiebrados y la barba en punta que siempre usó parecía alargarle hasta la angustia la faz orgullosa marcada de huesos. En vano Emilia derramaba frascos de agua de Colonia sobre las almohadas y las sábanas; siempre flotaba, frío, dulzón, el hedor de la podredumbre.

Sin embargo, no faltaban los compadres tahures, ni dejaban de rodearse de humos de tabaco que aumentaban la pestilencia de la alcoba envenenada; a pesar de los ruegos de los hermanos Vargas, se juntaban en redor de la cama del enfermo y, sobre la sábana, echaban las cartas con ademán codicioso y sonrisa de pícaros. Como animales avaros hacían entre la podredumbre los gestos bribones de la baraja ladrona. Aquiles iba comprendiendo ya muchas cosas —íbase dando cuenta de la fortuna familiar despedazada lentamente por los pajarracos tahures— pero la voluntad del padre le impedía actuar. Había algo de ironía en aquella decisión del anciano mirando los esfuerzos de los tramposos para soportar el hedor canceroso y poder lograr así otra moneda hurtada en el lance de "ajilei". Se quemaban entre las sábanas las carnes del viejo don Pablo, el olor del agua de Colonia no lograba apagar la fría asquerosidad de la entraña podrida pero ellos permanecían allí, arrebatando a la Muerte las monedas.

Una noche, la lúgubre bandada rodeaba el lecho y, en vueltas de codicia nacía y se rompía la rueda multicolor de la partida.

Digitized by Google

—Se terminó por hoy esto —dijo de pronto el viejo, pero alguien osó insistir con sonrisa falsificada y mentirosa, enseñando el colmillo orificado.

—Otra manito, don Pablo. Usted no puede saber todavía cómo está su suerte. Un fuerte le voy a la mayor carta en bastos.

—Se terminó por hoy esto —repitió don Pablo y dejóse caer en la almohada.

Sólo cuando se fueron las gentes tocó su campanilla llamando. Llamó a Emilia y le habló angustiado:

—Llama también a tu hermano. Vengan a ayudarme a bien morir.

Sollozó Emilia un alto sollozo chillón y corrió junto a los pilares del patio.

—¡Aquiles! ¡Aquiles, por Dios!

Y Aquiles la agarró furioso:

—¡No sé cómo no los aplasto! El judío Santana decía ahorita al salir que no es negocio ganar cincuenta pesos por oler cáncer media hora.

Sollozó la hermana de nuevo mil dolores de angustia:

—¡Se nos muere el padre, Aquiles! ¡Se nos muere el padre!

Aquiles corrió junto a los chillidos sollozantes de la dulce Emilia. Cuando llegaron al cuarto sosteníase el viejo en la cama trabajosamente.

—Lléveme hasta el reclinatorio, hijo. Ayúdame. Y usted, Emilia, busque en el escaparate la vela del alma y rece, hija, rece. Hay que recibir a la Muerte con valor.

Hablaba apenas, con ronco susurro entrecortado y Emilia lloraba mientras se movía obedeciendo los deseos paternos. Se acercaba, iluminada por la pequeña llama de la vela de cera cuando el padre sostenía su flaca genufexión agonizante entre los brazos de Aquiles apenas apoyado en el oscuro reclinatorio familiar. Ante el Crucifijo que hace

Digitized by Google

tiempo colgaron allí manos piadosas —antigua imagen ahumada por años y años de devociones beatas— se desmoronaba la podredumbre final del viejo Vargas.

—Rece, hija, rece —repitió don Pablo y Emilia comenzó:

—Creo en Dios Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y en Jesucristo, su único hijo, Nuestro Señor...

La voz temblequeante del viejo, con sonido de rota e inútil castañuela repetía las frases mientras, desde la puerta, las sirvientas rezongaban lentas salmodias y letanías confusas.

—Rosalía, vaya a buscar al padre Martínez interrumpió Emilia y luego continuó sus rezos.

Cuando comenzaba el "Yo Pescador", don Pablo se desplomó en los brazos de Aquiles duro de muerte y todavía de rodillas ante el antiguo Crucifijo pálido y manchado.

Estas cosas conocía José Ramón desde niño. La voz de los ancianos era entonces mensaje de terror y de negros misterios.

II

A pesar de que entre los recuerdos había imágenes desagradables era hermoso buscar en la memoria —como en la gaveta de la tía Emilia— las cosas viejas guardadas con cariño. Se comenzaba con el padre, con la tía, con el abuelo con el tío Diego Vargas y aquello iba extendiéndose hasta perderse en la negrura absoluta, en la sombra sin límites del tiempo. No se sabía a veces si el esguince de luz, el atisbo de acto apenas entrevisto, había sucedido

Digitized by Google

en los primeros años de la vida propia —caundo aún no había nacido la memoria— o era parte de otras vidas que la memoria de José Ramón y la memoria de las otras gentes no lograron atrapar. (Aquella frase "sobre el mar del corazón vuela una barca", ¿la inventó José Ramón o fué dicha hace ya mucho tiempo por alguien —hombre vivo— a quien no se recuerda?) Y había otras cosas cuya existencia se sentía entre velos de misterio y que resultaban más interesantes por la decisión de encerrarlas en telones secretos. (¿Por qué se decía que la india Cruz lo había parido pero que, en realidad, no era su madre? ¿Por qué los hombres que pelearon en la guerra de Independencia habían seguido siendo pobres mientras otros recogieron la riqueza y el poder?...) A pesar de estos silencios —por ellos, tal vez— era interesante y hermoso rebuscar en la memoria de las gentes, en los libros, en las palabras —igual que en la gaveta de la tía Emilia— las viejas cosas guardadas en la voz de los ancianos.

José Ramón atrapaba en sus manos aquellas cosas y se sumergía en la sombra —más y más espesa a medida que se avanzaba en los años— del tiempo que una vez fué presente. Se podía jugar un poco tocando las respetables cosas recordadas: las viejas espadas, los yelmos, las corazas, las capas de los caballeros, los ropones de los frailes, los encajes, las sedas, las anchas faldas de las señoronas, las sortijas, los pañuelos, las monedas antiguas... Podía rozarse aquello en el recuerdo de las palabras dichas o escrita y el que encontraba la relación entre sí mismo y aquellas viejas cosas, podía sentir lo que se llama Historia como cuestión personal.

Las velas de los galeones españoles se inflan con el viento de América; en el patio cuadrado, junto a la ima-

Digitized by Google

gen de la Virgen de la Soledad, crece un jobo frondoso; por los corredores conventuales de la casona, entre las gruesas paredes que mandó fabricar el conquistador, corre en la brisa el violento perfume de las flores del trópico; sobre los callejones empedrados, junto a los aleros de tejas que recuerdan a España, duerme el lucero americano su gota de fuego; una carta de la abadesa de las Concepciones —abuela nacida en Sevilla— habla de guayabas: "de la rica jalea de guayabas"... Y hay algo más —destello poderoso, aliento terrible— que está allí y las gentes olvidan, no porque no lo hayan visto, sino porque quisieran arrancarlo para siempre de sí mismos: la vida innumerable del pueblo, de los que no tienen nombre.

Da un brinco la Historia y se habla de libros introducidos de contrabando para la lectura secreta en cenáculo de estudiantes; caen en el viento de América —el mismo que infló velas en los galeones conquistadores, el mismo que metió perfumes de jobo en los anchos caserones de piedra— frases retumbantes y alzadas: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Parece que no va a poder olvidarse el destello terrible de los innumerables desconocidos porque son ellos los que alzan la llama de la guerra.

¡Ah!, ¿pero están ellos vivos, los callados, los esclavos? ¡Ah!, pero existen ellos, los que rompían la tierra con el arado y ahora la rompen con caballos guerreros? ¿Pero no estaban sujetos a la tierra, a la siembra, al taller, a los caballos que doman, a la barca pesquera, a la playa encendida de soles y lunas?

Un rincón de la memoria de las gentes se sacude y tiembla una fibra en la voz de los ancianos... ¿Están presentes ellos en el recuerdo? Sí. Ellos hicieron. Ellos —ellos— fueron los que alzaron su grito y tomaron su puesto y rompieron o que se les dijo que estaba mal.

Digitized by Google

¿Ellos? No, no. Hay que olvidar esas cosas. Hay que hacerlos callar. Hay que atarlos de nuevo a la tierra y a la siembra, a la barca, a la playa, al taller, a los rebaños salvajes. Hay que hacerlos callar de nuevo. Hay que gritar más que ellos y utilizar la voz de los ancianos. ¡Orden! ¡Orden! ¡Calma!... Es necesario que vuelvan al taller, a la siembra, a la barca, a los rebaños... ¡Calma! ¡Orden! ¡Paz!... ¡A coger las riendas los hijos de los que llegaron en los galeones, los amos de los anchos caserones, los que comprenden los libros, los que saben qué significa en realidad eso de "Igualdad, Libertad y Fraternidad"!... La vida sin número y sin nombre hay que olvidarla... ¡Vamos! ¡Los Vargas! ¡Pronto! ¡A agarrar el poder! ¡A coger la riqueza!

Existió un Vargas, Capitán General, caballero de larga capa, con la Cruz de Santiago dormida sobre el pecho; existió un Vargas, Jefe de las Milicias de Blancos de Caracas; existió un Vargas, Justicia Mayor de Ciudad Vieja. Entre los señores del Ayuntamiento, entre los jurisconsultos del Consejo de Indias, entre los filósofos del Seminario y de la Curia estaba siempre el apellido brillante y, en los viejos armarios, las monedas obtenidos en el trueque del cacao, del añil, del tabaco. José María Vargas, fraile de la Merced, escribió un bello "Elogio de la Santa Pobreza". José Pedro Vargas ostentó sus insignias de Deán y su elocuencia sagrada bajo las altas naves de la Santa Iglesia Catedral. Las haciendas de los Vargas ocupaban muchas leguas cuadradas de tierras bien trabajadas por los negros.

Y, después del movimiento independiente, seguían teniendo el poder y el dinero. El 19 de abril estuvo un

Digitized by Google

Vargas entre la alzada gente caraqeuña; en las reuniones de la Junta Patriótica esgrimía su gesto y su voz —noblemente altanero— otro José Ramón Vargas, de verbo turbulento, cuya cabeza, frita en aceite, fué exhibida en Caracas para ejemplo y escarnio de insurgentes. Alguno de ellos peleó en Ayacucho y conoció las fiestas del triunfo y el beso de las ricas limeñas. Luego, en el cajón de la abuela, seguían guardándose los pesos venezolanos conseguidos en la venta del tabaco, del café, del cacao enviados a Liverpool o Hamburgo. Y las haciendas de los Vargas ocupaban muchas leguas cuadradas de tierra bien trabajadas por los negros.

Guardaban sus dineros y, cuando se les negaba el poder político se arrojaban en la contienda civil; una y otra vez encabezaron montoneras revolucionarias hasta que don Pablo Vargas murió en su casona dejando sus tierras despedazadas por usureros y prestamistas. Se tambaleaba el vigor poderoso de la familia sin tierras.

Cuatro hijos nacieron del matrimonio del general don Pablo con doña María Alcalá. En Caracas, casado con rica heredera de banqueros, Eduardo, el mayor, llevaba vida de acaudalado y extendía su inútil erudición jurídica en largos informes tediosos y pedantes, como consultor jurídico de cualquier ministerio. Ramón, el segundo, era Síndico Procurador municipal y borracho típico municipal de Ciudad Vieja, fabricante de sonetos lagrimosos y de discursos inflados, sonora verborrea para aniversarios e inauguraciones. Quedaban formando el último reducto familiar Aquiles —padre de José Ramón— y la dulce tía Emilia. El padre dominaba las intriguillas políticas y los

Digitized by Google

chismorreos de aquella Ciudad Vieja, vieja ciudad, capital del Estado, cuyas blancas casonas adormecían su sopor —quieto sopor de los mediodías provincianos— bajo la llama del sol. Como último recurso de poder, el viejo Vargas era jefe político en el escenario de Ciudad Vieja.

—¡Puaj! ¡Qué asco!... Provoca vomitar tanto hombre puerco,, tanto canalla podrido de mala intención...

La hermana, la flaca, dulce solterona tía Matilde, intervenía:

—¡Aquiles, por Dios! ¡No digas esas cosas!

—El gran ajo de Ponte Riuz hablando hoy de la nobleza de sus ascendientes. ¡Como si no supiera que hay una puta y no una fruta en cada rama de su árbol genealógico!...

—¡Aquiles, por Dios! ¡No digas esas cosas!

—¿Que no? ¿No es verdad?

Y el viejo erguía su cólera:

—Déjame, Emilia. Si no hablo me enveneno.

Así recuerda José Ramón a su padre: escupiendo ante la certidumbre de la asqueante humanidad. Era politiquero en Ciudad Vieja, amigo de los Presidentes del Estado, mano derecha del general Martínez, consejero del doctor Arana, pequeño cacique de los leguleyos de la casa de gobierno, rompedor y fabricante de intrigas entre los abogadetes de los tribunales; pero, ante todos, conservaba la altiva independencia que le permitía decir con su aguda voz clara —de gallo desafiador— que Ciudad Vieja estaba repleta de viciosos, de malvados y de cobardes y que él gobernaría en Ciudad Vieja, fuera quien fuere el Presidente del Estado, porque conocía a fondo la hedionda condición espiritual de los hombres de su terruño.

Digitized by Google

—¡Es muy fácil dominar este montón de pus! —chillaba—. El judío Santana, el centavero Jesús Pérez, el cornudo Temístocles González, el borracho Agudelo... ¡Qué montón de porquería!

Aquiles Vargas escupía y recordaba cada historia vergonzosa: los robos judiciales de Santana, que habían dejado en la miseria a la viuda Sánchez; la falsa y oronda majestad doctoral del zambo Temístocles González, que llevaba amantes a su mujer; los destemplados chillidos de Agudelo, gritando su impotencia de vejete borrachín en las botillerías; el doctor Rodríguez, que hacía vida marital con su propia hija...

Aquiles Vargas escupía sobre el recuerdo de ese asqueroso amontonamiento humano y se sentía recio macho honrado, dominador de la pocilga ciudadana de Ciudad Vieja. Así lo recuerda su hijo José Ramón: escupiendo por la certeza de la asqueante humanidad, ante el pavor beato de la tía Milita, solterona dulce.

Ciudad Vieja tiene largas calles rectas, encementadas, donde se aplasta con fuerza el duro sol amarillo; casas robustas, viejas; una plaza ancha, con barandal de hierro y muchos árboles donde anidan los pájaros, negros y chillones, del atardecer. En el centro de la plaza se alza la estatua en bronce del héroe regional y, a un lado, los paredones de la iglesia mayor —pesados, mohosos, amarillentos— duermen a pesar del alto parlante que, desde la botillería vecina, lanza al aire ritmos nerviosos y jadeantes de rumbas y merengues negros.

Ciudad Vieja está toda un poco como su iglesia, adormecida en sopor caliente, soñolienta, aunque las modernas corrientes del mundo hincan su piel rugosa por el

Digitized by Google

tiempo. Ciudad Vieja está quieta y su alma apagada, aunque por sus calels corren los automóviles, aunque las muchachas compran sus vestidos en las tiendas elegantes de Caracas. Ciudad Vieja duerme con pesadez febril e íntimos calofríos de vergüenza y pesadilla. El río —ancho, con islas oscuras y márgenes verdes— roza el flanco de ese pesado sopor.

Cerca de Ciudad Vieja está el hermoso puertecillo de anchas playas: Santocristo. Allí se asienta —dura, blanca junto al mar— una casa de los Vargas. Fué fabricada para que los señores pudieran gozar de las brisas marinas cuando en Ciudad Vieja apretaba demasiado el peso del sol. Frente a ella, otro Vargas hizo construir un pequeño embarcadero —piedras y gruesos pilastrones verdes— para los paseos en bote de las noches de plenilunio.

Cuando el general don Pablo murió, Aquiles y Emilia fueron a vivir allí. Aquiles tenía entonces sus cuarenta años maduros y violentos; Emilia languidecía entre la seda de sus sayas, con la ternura intacta de su juventud agonizante; mientras el tío Eduardo garrapateaba sus informes jurídicos en Caracas y el tío Ramón elaboraba, pacientemente, sus discursos y sus sonetos desde el cuartucho oscuro, sede de la Procuraduría Municipal de Ciudad Vieja. Los dos se habían apartado del núcleo familiar desde jóvenes; en cambio, Aquiles y Emilia persistían en asegurar ante el reducido mundo de Ciudad Vieja la existencia de la enantes poderosa tribu.

La dulce tía Milita plegaba su voluntad al cariño cuidadoso del hermano. Aquiles sentíase responsable de muchos deberes, de muchos recuerdos; responsable, sobre todo, de la vida casta, frágil, tímida de Emilia. Resolvió

Digitized by Google

hacer, de una vez para siempre, la división de los restos de la fortuna familiar y Milita opuso débiles excusas.

—Vender la hacienda.

—¡Ay, Señor! ¡Tan sabrosas temporadas allá, con aquel frío!

—Vender la casa de Lagunazo.

—¡Ay, Señor!... Todos los viejos Vargas están enterrados en la iglesia de Lagunazo.

—Vender la casa de Aragüita.

—¡Tanto como le gustaba a papá!...

Pero se vendió la hacienda, se vendieron las casas y quedó a la hermana la renta suficiente paa las lámparas de sus devociones, para sus limosnas, promesas y recolectas piadosas.

Mucho tiempo vivieron entonces en Santocristo y, en esa época, se enamoró Aquiles de Cruz Gueregua.

III

La luz es la mirada de Dios. Todos lo saben. Se hace pequeña en las ciudades donde Caín, para librarse de ella, fabricó fortaleza y murallas; pero hay pedazos del mundo donde vuelve a encontrarse el Paraíso, trozos del mundo donde la vida de los ojos divinos muestra toda su inmensa desnudez admirable.

Tal el puertecillo de Santocristo. Allí la mirada de Dios, mansa y eterna, descansa en la carne de la tierra, une su fuerza pura a la del viento, crea sobre el mar el oro y la plata y las sombras que amarran el amor de los humanos.

Al llegar a Santocristo los hombres sienten la presencia desconocida que los rodea, que está con ellos y los

Digitized by Google

hace más sabios. Encuentran belleza en su redor, vierten su agradecimiento sobre el mundo, se les escapa del alma, como sentimiento esencial, el amoroso afán que los incita a unirse con las arenas de la playa, con las brisas cristalinas, con los colores y los sonidos y las manifestaciones de la vida toda que gira, dulce y solemnemente, bajo la inmensa desnudez admirable de la luz, que es la mirada de Dios.

Las gentes dicen la palabra "paz" al mirar el pueblito. Las mujeres despojándose de algún ancho pañuelo de seda, gustan de quedarse mirando largo tiempo el mar luminoso y tranquilo mientras se apoyan en un brazo amigo.

¡Paz! Y el viento juega en los cabellos femeninos y el olor que se alza del mar las hace pensar en estrellas y en peces y en el amor. Suspiran temblorosas, se aprietan fuertemente a quien esté a su lado, con un algo de miedo en las pupilas; pero el enorme cielo inmóvil les devuelve la confianza y entonces sonríen sus ojos y se les hacen más rojos los labios.

¡Paz! Por eso atrae el pequeño pueblo. No por las casas elegantes de la gente poderosa sino por la quietud de estas silenciosas playas de arena que extienden sus dunas y la sombra de sus manzanillos hacia el roce del mar. Por estas largas playas silenciosas de los marinos y de los pecadores atrajo Santocristo la mirada de Dios.

¡Paz! Así han dicho siempre las mujeres: la voz cobriza de alguna Carmen, la blanca voz de alguna Josefina, la alegre voz —cascabel regocijado, pajarillo de plata— de alguna Marianita.

¡Paz! El viento, maduro con los olores del mar y de la tierra, se lleva las voces en ronda femenina sobre las playas silenciosas de los marinos y de los pescadores. Sombra, la voz de Carmen; trino y cacabel, la voz de

Digitized by Google

Marianita; madrugada adolescente, la voz de Josefina... Todas en ronda de pasión sobre la inmensa playa silenciosa.

Bañados por el sol, a la orilla del mar, sobre el asiento frágil de la arena, el pueblo parecía sueño de luz y de cristal, pura alucinación hecha de llamas. Acaso la vecindad de la salina, con sus perspectivas infinitas de espejismo, prestábale ese nimbo de fuegos irreales; como si un maravilloso aliento barnizara de brillos la blancura fulgurante de las paredes y el rojo capacete de los techos, saltaba el pueblo, virginal y encendido, a la orilla del mar.

El alma de Santocristo era una brasa niña, una candela serena cortada por las manchas verdes de los árboles que se duplicaban con delicada pureza en los espejismos de la salina, un sueño encendido en cristales tan puros como los que fabrica la mañana para esa primera lanza ardiente que el sol clava en el centro del mundo.

Lamido por las cálidas lengüecillas de la brisa, invadido su costado por la salina, que guarda en sí la luz de sus espejos, se alza Santocristo a la orilla del mar.

Santocristo: un pequeño vecindario de gentes marineras y pescadoras.

Eso durante el día. En cambio por la noche otra alma oscura se apodera del pueblo. El aire arde en la llama de la luz lunera, el quieto fuego azul de la luna se pega a las cosas con persistente ardimiento y la brisa es aliento afanoso de lejanos seres misteriosos que luchan en la sombra.

Digitized by Google

Entre las ramas de los árboles, en el inmóvil gesto de alguna flor que da al aire pétalos y perfume, en el contorno húmedo de los cardones, en la agreste silueta de los chivos, en las pupilas aceitosas de Providencia, en el ademán tímido y recio de Vitico Parucho el pescador, en las carcajadas del bobo del pueblo, en la voz inquietante de las mujeres, hay brillo y jadeo ocultos. Como si tras la pulida superficie de sal que la luna hace espejo de su luz, se ocultaran anhelos de locura y caliente respirar de celo y pasión.

El mar es lo único transparente y, bajo el fuego lunar, bajo las pulidas piedras de las estrellas duplicadas certeramente en el agua en remanso de la bahía, pueden verse los rojos pétalos de los caracoles y la mancha verdinegra de las algas.

Junto al pequeño embarcadero fabricado por uno de los viejos Vargas, el agua rezonga gluglúes y en la arena brillante corretean alocadas jaivas y torpes cangrejos.

Del mar viene fuerte olor de algas podridas que la brisa esparce bajo los aleros cargados de sombra.

Siempre gustó Cruz Guaregua de este olor podrido y fecundo, de ese fecundo aliento del mar, en el que parece deslizarse el estertor de los peces moribundos, el movimiento de las ostras entre sus valvas mohosas y ese algo terrible, oscuro, con temblor de gelatinas que nacen, que es la vida íntima y esencial del mar.

Siempre gustó a Cruz Guaregua el podrido olor que brotaba del agua. Ahora, cuando ya está vieja, dice, como excusa, que respirar profundamente el olor de las algas muertas es muy bueno para los pulmones; pero antes, cuando era moza, al sentir en el viento la presencia ma-

Digitized by Google

rina —vida confusa y confusa podredumbre— se le estiraba la nariz mulata y la estremecían corrientes de instinto; su sexo saltaba con pasión de luna y turbio movimiento de ola sucia.

Por eso correteó las playas desde niña con su nervioso caminar saltarín de paloma. Por eso dió la sangre de su primer rato de amor a Aquiles Vargas. Por eso no pudo ser jamás durante mucho tiempo mujer de un solo hombre.

Era muy mujer de su casa, muy hembra hacendosa y pequeñita, con nervioso andar de redonda paloma; pero hervía su instinto en las noches de ardiente luna pegada a la tierra o en las oscuras noches de desencadenados ventarrones negros. Entonces se unía al aliento de la tierra como el más blanco fuego de la luna y se daba libremente como la flor que da pétalos y perfume al oscuro genio de las sombras y de los brillos y de los jadeantes ayes del amor apasionado e instintivo. A ese genio terrible que es el amo del pueblo cuando la noche se echa sobre todas las oscuridades de las casas y de los árboles, de las plazuelas y de los aleros.

(La salina resplandece adormecida en indecisos límites que le dan los ríspidos cujíes y los manzanillos cargados de sombra. Los cocoteros alzan a la luna sus hojas cortadas en brillos de plata y junto al cirio de los cardones cualquier chivo murmura en falsete el temblequeante chillido de su voz. El genio de la noche porteña se apodera de Santocristo con peso de luna y silencio. En el embarcadero suena el agua sus gluglúes. La fría llama de la luna quema la arena donde caen los recios pasos de algún pescador o el correteo elástico de Cruz Guaregua).

Digitized by Google

Los dos hermanos vivieron algún tiempo en Santocristo. En esa época se enamoró de Cruz Gueregua el cuarentón violento y tenaz que era Aquiles. Cruz estaba entonces en la primera juventud de los quince años; era indiecita espigada, larga como cervata, con los pechos pequeños y agudos y los oblicuos ojos pícaros.

Aquiles se acercó al rancho de la muchacha y la tomó para sí como si tuviera el derecho de pernada de los tiempos feudales. La madre de Cruz lo dejó hacer; sentía que era natural que Aquiles Vargas escogiera y tomara mujer sin que pudiera oponerse nadie al capricho del señor. Los pechos de la indiecita bien podrían deshojarse entre las manos ávidas de Aquiles Vargas; de alguien habría de ser los primeros suspiros amorosos de Cruz y estaba bien que fuera un Vargas el amante primero.

Y Aquiles tuvo su querida adolescente, morena, elástica y elegante como una cervata. Y se llenó de vida el vientre de Cruz. Y nació una criatura morena y fina que se llamó José Ramón: una criatura que, ahora, ya crecido, mira su ascendencia como sombrío haz donde brillan espadas, crinolinas de seda, cortinajes, doblones, pañuelitos de encaje, sortijas, gestos de macho, muertes heroicas, frases poderosas y altaneras; una criatura que no ve como suyos la playa ni los remos, ni las velas de las barcas pesqueras, ni el rancho junto al mar, encendido de sol o pintado de luna.

Esa visión de esfuerzos populares está allí en su alma, como raíz de sangre; pero de tales cosas se olvidó —quiso olvidarse— la voz de los ancianos.

Digitized by Google

IV

En aquel tiempo, el bobo del pueblo se llamaba Cheché. Por culpa de este bobo, se falseó ante José Ramón el nombre de madre y olvidó el muchacho mucho tiempo la raíz de sí mismo, su raíz de pueblo.

Siempre ha existido en Santocristo ese bobo de las carcajadas, de las carreras por los callejones, de los gritos inarticulados —como ladridos— a la luna poderosa; pero, en aquellos tiempos se llamaba Cheché y era moreno, con barba rala en la punta del mentón y ojos desorbitados de mirada brillante.

Cuando llegó la noticia a sus calles, Santocristo se conmovió. En voz baja, temblorosa de ocultas emociones, dióselá la vieja Luisa a Eugenio el pescador; en secreto caliente se la contó Eugenio a su mujer; entre risas y exclamaciones saltó la historia en el corro de los marinos, junto a los horcones de la ranchería pesquera; en la tertulia de la pulpería, en la Secretaría de la Jefatura Civil, en la puerta del Juzgado de Municipio, se enredaron los comentarios. Era necesario abultar los comentarios, porque se trataba de Aquiles Vargas el altanero y sucedía lo extraordinario: la querida de Aquiles, Crucita —la amiga de todos, la deseada por todos— era el eje del cuento.

Los hombres reían:

—¿Cómo? ¡Já, já, jay!

—¿Crucita? ¡Jó, jó, jó!

—¡Ay, caray!... ¡Já, já, já!

A Crucita la de Vargas —¡qué risa, caray!— a Crucita Guaregua, la habían encontrado en la playa echada como una perra con el bobo Cheché. Las risas, metálicas u oscuras, chocaban en la brisa con sonido de odio, de maldad, de traición.

Digitized by Google

—¡Já, já, já! —reía en alto chillido Víctor Parucho.
—¡Jó, jó, jó! —reía en ronca voz el indio Igualguana.
—¡Já, já, jay! gritaba echado en la playa el Perico.

Y Cheché mismo, el protagonista de la sucia historia, se revolcaba lanzando sus graznidos animales y dejando escapar goterones de saliva.

—¡Ayayay!... Cuchita... Cuchita Guaregua... ¡Ayayay!... La Cuchita, la Cucheta, la Cuchona... Calientica... Sabrosota... La Cuchona, ¡ayayay!...

Grandes goterones de baba viciosa caían de los labios del bobo Cheché, gotas lascivas de viscosa baba pesada. Y los que se negaban a creer en los chismes de la vieja Luisa o en los cuentos de Eugenio el pescador, al ver aquella risa gritona y babeante del bobo temblequeante y achivado, pensaban que la cosa era verdad.

—¡Hasta con Cheché se zumba Cruz Guaregua!... ¿Qué dirá Aquiles Vargas cuando sepa que es Cheché quien le quita la mujer?

Los hombres maduros reían malignos: se había negado a muchos de ellos Cruz Guaregua y ahora resultaba que era fácil presa hasta para Cheché el idiota. Las mujeres la compadecían entre ayes fingidos o acompañaban con sus carcajadas las de sus maridos o afirmaban insidiosamente:

—¡Quién la viera ahora a la tal Crucita, que se creía Dios Padre porque era querida de Aquiles Vargas!...

La voz de Emilia, envuelta en delicadezas y temores de ternura, dió la noticia a Aquiles:

—Sabes, Aquiles... Tu mujer... Esa Cruz Guaregua que dicen que es tu mujer...

—¿Qué pasa?

Digitized by Google

—...Dicen...

Le costaba trabajo decirlo. Su femenina delicadeza virginal teñíase de púrpuras pudorosas y se asomaba en lágrimas dramáticas al chocar con la idea de aquella absurda sucia escena erótica y su orgullo de Vargas era espina quemante y dolorosa que rozaba la más íntima desnudez de su vida casta.

—¿Qué dicen? —chilló Aquiles.

—Dicen... —y la voz era un lloro temblón— que la vieron anoche con el bobo Checheé.

Aquiles saltó de la silla. Era vigoroso todavía, recio bajo las canas, rojo de sangre, pronto para la ira. La hermana se hizo pequeña y blanca como una nubecilla ante el furor que encandeló en brasas de sangre la faz del Vargas cuarentón; la mano del hombre se alzó con el gesto de quien pretende deshacer la pesadilla; sus labios temblaron cerrando tras los dientes las palabras del odio; se atracó el sombrero hasta las cejas y salió dando un portazo.

Cuando entró al rancho donde vivían Cruz y su madre se detuvo un momento acomodando la vista a la semioscuridad que se apretaba entre las cuatro paredes encaladas, bajo el techo de cañas pajizas. La indiecita estaba echada en el chinchorro y se empujaba con el pie para mecerse; de alguna parte venía un humo espeso de pescado frito y, en un rincón, se encendía la brasa del cigarro que chupaba la vieja india Guaregua.

La indiecita volvió la cabeza al sentir los pasos de Aquiles, endureció el semblante y quedó quieta, mirando las cañas del techo, mecida en el vaivén de su chinchorro. El se acercó despacio, mordiendo entre las férreas mandíbulas las frases de la rabia, del despecho, de la pasión dolorida y airada. Aquella morena carne de tabaco tan finamente modelada, aquel fino animalillo moreno que

Digitized by Google

había sido durante mucho tiempo objeto de su amor, estaba allí, presa entre los hilos del moriche y, de sólo mirarla, hacía recordar los mimos del cariño, la ternura del beso, la caricia honda y definitiva... ¿Sería verdad el chisme que corría por los callejones de Santocristo?... Y la imagen de Cheché el idiota, la morena faz flacuchenta con su montoncillo de pelos en la punta del mentón, la brasa febril de los ojos del loco, recrudecieron su ira de macho burlado.

—Dicen por el pueblo...

Crucita lo miró. Como si la materia de su cuerpo se hubiera hecho barro fofo, temblaban los brazos, las piernas, los pechos menudos y altaneros; toda ella estaba dominada por el más animal de los miedos. En cambio su rostro, aquel hermoso rostro infantil, pícaro, desvergonzado permanecía impasible, extrañadamente quieto y duro. Los labios, sus anchos labios oscuros, entreabiertos, mostraban la fila blanca de los dientecillos.

—Lo que dicen es verdad.

Murmuró certeramente su confesión y esperó mirando cara a cara a Aquiles Vargas. Sólo cuando sintió sobre su cara el rabioso aliento del hombre, cerró miedosa los oblicuos ojillos de india. El empujón de Aquiles la alzó del chinchorro y la proyectó en movimiento infeliz, de danza trágica, a través del oscuro cuartucho lleno de humo y hedor de pescado frito. La voz de la madre india brotó en su oscuro rincón.

—Déjala, Aquiles Vargas.

—¡Cállese, india!

—¡Déjala, te digo, Aquiles Vargas! Si buscó otro hombre tú tienes la culpa.

La rabia de Aquiles, azuzada por las palabras de la madre india, descargábase sobre el deseado montón de carne morena.

Digitized by Google

—¡Déjala, Aquiles Vargas! —sonaba en el oscuro rincón la voz de la madre, mientras el macho, herido y rabioso, golpeaba con todas sus fuerzas a Cruz Guaregua, la traidora cervatilla de carne de tabaco.

—¡Déjala, Aquiles Vargas! —y la muchacha, sin defenderse, quieta ante el ataque de quien fuera hasta ayer su amo y su hombre, dejaba caer, llenas de odio y de celo y de mil ocultos pensamientos helados, sus palabras.

—Lo hice adrede. Si alguien hubiera habido más sucio que Cheché, con él hubiera sido. Lo que quiero es que me dejes, ¿oíste? Que más nunca te vea, viejo cochino, que te crees amo de las personas.

El rostro deliberadamente duro e inexpresivo, los ojos cerrados, los labios abultados demostraban más odio que todas las palabras. Aquella imagen, trágica encarnación imprevista de la dulce muchacha, asombraba y hería hasta el fondo la orgullosa vida potente de Vargas. Nunca había supuesto en Cruz sentimientos malos para él. Para aquella mozuela hecha de tabaco tierno, para sus dulces sonrisas, para sus muecas groseras y su lengüecilla procaz, quiso ser siempre varón integral, seguro amante. Ni siquiera había pensado que ella pudiera tener otros sentimientos que los de su cuerpo hermoso y grácil, hecho solamente para el rato del amor. Y, ahora, de repente, se plantaba la moza, asentada en oscuros sentimientos contrarios, enemiga y traidora, dolorosamente malvada. La rabia de Vargas contra aquella carne que había sido centro de su amor estaba íntegra en sus puños; se encendía más al sentir en sus manos la tibia sangre de la muchacha.

Mucho tiempo golpeó a la indiecita, mientras, de rato en rato, insistentemente, se oía la voz de la madre:

—¡Déjala, Aquiles Vargas!

La soltó cuando un pequeño ruido humano, esbozo de lloro y un tironcito en los pantalones, llamaron su aten-

Digitized by Google

ción. Fué entonces cuando, como si hubieran cortado la fuente de su ira, se aquietó rezongando:

—Hay el hijo... José Ramón...

—Llévatelo —chilló Crucita— llévatelo. No quiero nada de ti. Ni hijo, ni casa, ni un collar de vidrio siquiera...

—Sí. Me lo llevo. Debo llevármelo.

Cogió el montoncito de carne animado de lloros, firme sobre sus pies, y salió al callejón arenoso. Mientras caminaba hacia su casa fué explicando junto al oído del pequeño el cuento de su venida al mundo y lo que después había sucedido. Gotas de llanto corrían por la cara del varón y el chiquitín, agarrado a su costado, lloraba también.

José Ramón era entonces demasiado pequeño para poder recordar luego la esencia del suceso; pero la historia quedó grabada allí, en los rincones oscuros a los cuales no llega el recuerdo. Allí quedó. El llanto de su padre contando un cuento incomprensible tal vez fué la razón de que José Ramón sintiera siempre asco de la estupidez y del instinto sin pasión y de la sequedad espiritual y necesitara siempre en su vida cariño e inteligencia. El llanto de su padre contando un cuento incomprensible, más allá del recuerdo, en los oscuros rincones que nada ilumina, fué, tal vez, la razón de su carácter débil y taciturno.

Aquiles Vargas dejó al muchacho en la falda de Emilia, la dulce Emilia solterona.

—Aquí está José Ramón. Ya no hay nada mío en el rancho de Cruz Guaregua.

Emilia apretó al chiquillo, le acarició los cabellos finos.

—Es Vargas purito. Un poquito moreno, pero Vargas puro.

Digitized by Google

Y llevóselo a su cuarto, ya madre virginal de José Ramón.

Mientras, en el oscuro rancho del callejón arenoso, Cruz lloraba y la madre india cuidaba sus heridas.

—¡Hombre templado, Aquiles Vargas!... El hijo te salvó. Si no hubiera sido por el hijo te deja fría.

—¡Viejo asqueroso! —lloró Cruz— peor que Cheché...

Junto con el olor de pescado frito, otro olor del mar —de alga podrida, de ostra, de agua quieta— entró al rancho cabalgando en la brisa.

V

Así fué como José Ramón pasó a vivir a la blanca casona varguera de Santocristo, frente al embarcadero que construyó un Vargas hace ya mucho tiempo. Su madre —su cariño— vino a ser entonces el perfume dulzón de tía Matilde, el roce de las limpias sayas de la tía, aquella voz, hilo de amor, metida siempre en frases acariciadoras de "negrito", "corazón", "alma mía". Voz que era todo lo contrario de aquella otra voz ríspida, metálica, hecha para las maldiciones rotundas y la carcajada altanera que era la voz del padre.

Sin embargo, no quisó Aquiles Vargas que José Ramón ignorara su origen. Discutió con su hermana y, como siempre, la convenció.

—¿Cómo vas a mandar a tu hijo a la casa de esa mujer, Aquiles?

—Debe saber quién es y de dónde viene desde pequeño. Que no vayan a decirle mañana la verdad como un insulto,

Digitized by Google

sino que sepa realmente que no hay nada que pueda reprochársele. Pero que sepa, que sepa que su padre, como única tontería de su vida, cometió la de enamorarse de una... loca. Que sepa que esa loca es su madre.

—Pero ya ha tenido otros maridos y otro hijo...

—También lo sabrá. Yo lo enseñaré a no avergonzarse de ello. Yo le enseñaré a ser hijo de Aquiles Vargas. Ya sabrá que Cruz Guaregua no merece ser su madre en realidad.

Y con frecuencia lo llevaba donde viviera Cruz Guaregua y allá lo dejaba largos ratos e iba a buscarlo luego, siempre altanero, siempre procaz. Lo llamaba desde fuera, montado en el caballo saltón de larga crin amarilla, sordo y piafante.

—¿Dónde está mi hijo, india Cruz?

La voz de Cruz, mansamente irónica, sonaba en lo profundo del rancho:

—¡José Ramón! ¡Monchito!... Por aquí te está buscando el señor Vargas.

El muchacho llegaba y cruzaba los brazos ante el ademán altivo de su padre:

—¡La bendición !

—¿Qué hubo? ¿Cómo lo trató la india Cruz?

—Bien, mi padre.

Una vez, Aquiles Vargas encontró a su hijo llorando en la puerta del rancho de Cruz.

—¿Qué te pasa?

—Crucita me pegó (nunca pudo José Ramón decir mamá a su madre).

—Un hijo mío no llora. ¡Quién sabe si tú eres hijo del bobo Chechél!

José Ramón lloró más.

—¡Yo soy hijo de usted! ¡Yo soy hijo de usted!

Y Aquiles Vargas sonrió:

Digitized by Google

—No llore. Dígale a la india Cruz que ella es una sinvergüenza. Que no tiene derecho a pegarle a usted. Que usted es hijo de Aquiles Vargas aunque sea por casualidad.

José Ramón corrió hacia dentro secándose las lágrimas y repitió el recado entre sollozos:

—Crucita. Papá dice que usted es una sinvergüenza. Que usted no puede pegarme. Que soy hijo de Aquiles Vargas aunque sea por casualidad.

Y la india Crucita rió a carcajadas:

—Es verdad, mi amorcito. El señor Vargas tiene razón.

Así creció José Ramón.

Estaba en su casa, que era la casa de los Vargas, pero junto a la silueta romántica de la tía Milita —seda suave, suaves caricias, voz suave— junto a la recia silueta del padre —melena amarilla, ojos azules, recia voz— existía, unida a él por vínculos un tanto oscuros aquella Crucita que le trataba con lejano cariño. Había también los compañeros de la playa y los pescadores que lo llevaban a veces en el bote rompedor del mar espumeante.

Llegaba el viento. Viento maduro con entraña caliente y frío roce de garúas marinas. Viento playero que venía de oriente revolcándose en las arenas de todas las dunas, desgarrándose en las ramas de todos los árboles, robándole al manzanillo el perfume de sus pomas. Viento playero untado con el brillo de las olas y con el áspero olor de los peces y de las algas ya muertas. ¡Llegaba el gran viento de las playas morenas!

Y José Ramón sabía distinguir y decía nombres distintos a las brisas que llenaban la playa. Decía brisote. Decía sur. Decía terral. Los nombraba como a personas.

Digitized by Google

Cuando oscurecía el mar y los marineros arrancaban a sus barcos la blanca ropa de las velas; cuando se acostaba sobre el rizo de las olas un travieso y alegre aliento del mar; cuando se inflaban las lonas de los barquichuelos con el oscuro respirar de la tierra; cuando se afilaban como dardos las quillas veloces, empujadas por buena brisa pintada con los olores de la corteza del mundo; cuando, de pronto, quedaba absorta en su quietud la altanera blancura de las velas; siempre, José Ramón tenía su palabra para definir las actividades del viento. Conocía, amaba esas diversas formas de la fuerza del aire. Sabía que a veces eran amigos violentos, que otras veces eran alegres y festivos, como si dijeran chistes de camaradas; sabía que existían también brisas hembras, de pechos perfumados y calientes muslos.

José Ramón los conocía desde pequeño. Primero se hizo amigo de las inocentes brisas juguetonas; pero, pronto, antes de los doce años, sintió sobre sus lomos el empujón furioso de las mangas de aire que se afincan en el agua de alta mar y chillan luchando contra las velas. En los grandes botes de su tren de pesquería, el padre lo hacía acompañar a los pescadores largos días de cosecha marina, metálica de brillos, babosa, candente de olores putrefactos.

Apenas comenzó a gatear —pequeña vida temblorosa bajo la grasa de los primeros días— ya se aventuraba con las olas. Su madre lo sostenía como a pececillo resbaloso de gordura y él reía enseñando la pequeña marca inocente de los dientes en la encía rosada.

Tal fué su bautizo y su agua lustral. No el de vinageras e hisopos, no el de la luz de los vitrales eclesiás-

Digitized by Google

ticos ni el de las capillas donde arden aceites consagrados en las lámparas de las devociones y de las novenas, sino el gran bautizo de la mar, entre la luz milagrosa de la costa, bajo el cielo purísimo de cristal azul, absorto sobre horizontes desconocidos.

Así creció. Apresuradamente, bajo la carne morena se hizo duro el pequeño músculo y las manos comenzaron a apretarse ávidas sobre los pechos maduros de la madre Crucita.

Cuando Aquiles Vargas se lo llevó a su casa continuó esa vida. La voz misma del padre lo mandaba a la playa. Dijo sus primeras sílabas frente al mar de América y esas sílabas estaban bendecidas por el sol y se deslizaban en la brisa junto a los chillidos de los pájaros agrestes, junto a la voz de la cotúa y del cardenal, que detienen su vuelo en los manzanillos y en los cardones de quieto gesto.

Así creció, junto a los otros muchachos del pueblo, junto a su tocayo José Ramón Paiva, junto a Víctor Parrucho, junto a su hermano Guaregua, hijo de Cruz, pero no de Aquiles Vargas.

Todos se conocieron en las primeras palabras jubilosas, en la primera carcajada fresca, en la primera buceada cuando abrieron los ojos entre las aguas mansas y descubrieron las manchas de las piedras y de los caracoles, la movediza mancha de las algas y las manchas ágiles de los otros cuerpos escurridizos dentro de la sombría masa verde.

Se conocieron también en la brega marina cuando salían con el padre o el hermano o encomendados a algún amigo, en las primeras pescas. No era aquello trabajo, sino puro juego, pero en ese placer de navegar en el bote grande guiado por cualquier conocido, aparecía de pronto la tarea imprevista de sostener el timón en posi-

Digitized by Google

ción firme unos segundos o de sujetar la vela en el ángulo adecuado para que el viento anidara en ella sus ímpetus.

Así comenzaban a tener dentro de sí mismos el signo de los marinos y de los pescadores. Desde chicos se les tatuaba el alma con el destino del mar.

El caso de José Ramón fué especial. Aunque fuera lo mismo de moreno que su hermano Jesús Guaregua, lo mismo de fuerte que Víctor Parucho, sus compañeros lo distinguían porque le sabían muy diverso futuro al de los demás. Su hermano llamábase Guaregua aunque el posible padre fuera hombre conocido en Ciudad Vieja; desde que estuvo entre mantillas lo marcó la señal materna y popular; en cambio José Ramón era aceptado como Vargas, tanto porque vivía en el solar paterno, como porque nadie dudaba que fuera su padre el viejo Aquiles.

Al comienzo, José Ramón extrañaba ese trato y entre sus cejas se marcaba la arruga severa del hombre. Luego fué creyendo normal su distinción entre los chicos y acentuaba, taciturno, esa diferencia. Nadie podría decir con certeza en qué consistía la característica que distinguía a José Ramón, pero había algo en él, en su manera de sonreír un tanto abobada y triste, en su expresión altiva cuando lo molestaban, en ese apenas vivo tinte de despego con el que miraba a los demás, que expresaba clara distancia de casta y poderío. Cerca ya de la adolescencia preguntó y exigió respuestas claras sobre el caso de Cruz y Aquiles. El padre habló rápidamente, a borbotones y terminó con furia:

—Ya sabes que, en realidad, no merece ser tu madre.

—Una puerca —dijo José Ramón.

De adolescente fué largo, como si hubiera de ser fácil pasto de las enfermedades; luego se hizo ancho de es-

Digitized by Google

paldas: sobre la antigua delgadez, sobre el duro edificio del esqueleto, se formó la robusta capa muscular de los atletas. Sin embargo, siempre fué magro y triste.

Para que pudiera estudiar el Bachillerato, llevóselo Aquiles a vivir a la casona de Ciudad Vieja, pero cada sábado, cada día de vacaciones, corría a la casa de los Vargas en Santocristo, cuando estaban en ella el padre o la tía. Sentía en sí mismo la marca del mar y, por entonces, quitando tiempo a sus ratos de estudio, comenzó a escribir versos.

Uno decía:

"Porque te miro linda
y te presiento ardiente
como fruta que brinda
su carne al sol poniente".

Y otro:

"En esta noche neblinosa y fría
está triste mi alma hasta la muerte.
Como Cristo febril en la agonía
está triste mi alma por no verte.

El tío Ramón lloraba cuando José Ramón leía ante él sus primeros versos.

—Vas a ser un gran poeta, queridito —decía el tío e hipaba entre sus llantos cariñosos.

José Ramón leía:

"Estoy recordando el vuelo
de una barca sobre el mar..."

Digitized by Google

SEGUNDA JORNADA

Digitized by Google

Digitized by Google

VI

El Juzgado de Primera Instancia en lo Penal era oscuro. La luz de la puerta caía de lleno sobre el escritorio del Juez, pero, a excepción de ese retazo luminoso que disfrutaba el bachiller Temístocles González, se condensaba la sombra entre las cuatro paredes mohosas, empapeladas en gris.

En esa sombra comenzó a trabajar desde los diecisiete años José Ramón Vargas. Un día le había llamado su padre —el viejo Aquiles Vargas— y le había hablado con su seca severidad de siempre.

—Vas a trabajar en el Juzgado del Crimen con Temístocles González. Ya sabes lo suficiente para ganarte la vida en esta tierra. Así es una tontería que sigas vagando por esas calles a cuenta de que eres bachiller. Ve a hablar con Temístocles esta tarde.

José Ramón tenía diecisiete años y las frases concretas de su padre no dejaron sitio a la negativa; ni siquiera pensó en decirle al viejo que desaba seguir una carrera, ser abogado o médico. Sólo cuando no estaba ya ante él, pensó que su padre lo estaba manejando como a cosa inanimada sin voluntad distinta a la del viejo cacique mandón que era Aquiles Vargas.

—El viejo cree que yo soy un perol —murmuró, pero tal observación no lo desagradó, sino que lo hizo sentirse bien apoyado en la recia persona de su padre—. Siempre

Digitized by Google

me abre camino; siempre me asegura lo que me conviene. En ese trabajo podré seguir haciendo versos.

Y pensó orgulloso que, al día siguiente, ya estaría empleado en el Juzgado del Crimen.

Se apasionó por su trabajo, por toda aquella corriente de pasiones cuyo contacto lo estremecía. La oscuridad del cuartucho donde escribía parecíale llena de significado; le daba la impresión de que los hombres llegados allí con su carga de crímenes habían dejado junto a las paredes pesadas manchas delictuosas; que en la penumbra estaban acurrucados los ímpetus del asesinato, el afán de los estupros, los recelos del hurto, la rabia del incendiario, todas las razones que los reos intentaban ocultar tras las palabras de sus confesiones.

Tocaba las armas encerradas en el ancho armario de caoba con profundo interés. Los finos puñales de cacha negra con espiral de plata, las delgadas navajas barberas, las pesadas hachas de los asesinatos violentos, los largos machetes de los duelos campesinos, los bastones y chaparros elásticos de las riñas arrabaleras, las piedras lanzadas por algún forzudo pescador, los revólveres mohosos o brillantes, las ropas de tal o cual victimado con las manchas de sangre señalando el crimen, las llaves inglesas, las ganzúas de los ladrones, las monedas falsas y los moldes que usaron los falsificadores, hasta los folios de los expedientes, cuyo blanco reflejo iluminaba la cara del Juez, lo impresionaban como aliento de delito.

Contemplaba un puñalito afilado donde las manchas herrumbrosas de la sangre vieja rompían el brillo metálico. Preguntaba al Secretario:

—¿De dónde salió éste?

Digitized by Google

—Juicio contra Manuel Aray.

—¿Qué hizo?

—Homicidio en la persona de Juan de Dios Morín. Una sola puñalado bajo la tetilla izquierda.

El Secretario guardaba en la memoria los casos y sabía responder sobre ellos. Sonreía un poco al contestar con esa superioridad de los que ven reproducida en otros una emoción que ya vencieron ellos. López, el Secretario del Juzgado había sentido en otro tiempo la nerviosa curiosidad que, ahora, reconocía en José Ramón.

Pronto el muchacho Vargas comenzó a copiar, con su larga letra nerviosa y elegante, las sentencias del bachiller Temístocles González y pudo mirar, a través de las declaraciones, de los peritajes y de los términos jurídicos, los violentos episodios donde se desnudaba la vida de los hombres con toda violencia.

Una de las primeras sentencias que escribió fué la del indio Aray. La escena de muerte le robó el interés. Era un velorio de Cruz de Mayo donde saltaba el grito de las coplas y pasaba de una a otra boca la botella de aguardiente. Había la discusión entre el cantar de turno y cualquier otro peón y, de pronto, reventaba la rabia instintiva, de animales. La alegría desaparecía en sorpresa y emoción. Llegaba la muerte en la puñalada de fuego.

"Entonces gritó Juan de Dios: ¡El indio Aray me ha matado !¡Me mató el indio Aray! Ahí mismo cayó agonizando y yo cogí una vela y lo ayudé a bien morir"... Así decía la declaración de una mujer en el juicio contra Manuel Aray por homicidio.

José Ramón sentía ante las frases sencillas el humano temblor de aquel momento, cuando el indio Aray regaló

Digitized by Google

a la Muerte el cuerpo de su compañero Juan de Dios. José Ramón se hacía muchas preguntas que quedaban dentro de él sin contestación; porque si, muchas veces, aparecía en el expediente el fantasma de los celos o un viejo odio o rivalidades de negocio, en otros casos no había más que ese momento exaltado en el que un hombre, simplemente, regalaba a la Muerte el cuerpo de otro hombre. Y decían los peritos: "Una puñalada bajo la tetilla izquierda".

Quedaba como razón la locura alcohólica, la demostración de machismo y destreza viril ante una hembra; pero, a veces, daba la impresión de que aquello había sido nada más que un juego terrible y poderoso, trunco de pronto por el hipo agónico y la voz de una mujer que ayuda a bien morir.

En seguida quisieron apresar al indio Aray. El intentó un momento seguir su brillante y loco juego: dió unas vueltas sobre sí mismo haciendo de su cuchillo una llama sangrienta. "No se meta nadie porque lo pico", dicen que dijo. Hasta se dió cuenta que había terminado el juego trágico, de que él era ya gallo sin contendor e inútil también el duro espolón de su cuchillo.

Quiso huír entonces; botó el arma en el platanal del patio y saltó la palizada rumbeando hacia la montaña. En la madrugada se presentó en la casa del Comisario: "Aquí estoy". Y no dijo más en todo el juicio el indio Manuel Aray, el que regaló a la muerte el cuerpo de su compañero Juan de Dios.

José Ramón se interesaba en los detalles. Ese "aquí estoy" del indio le resultaba retrato interior de aquel oscuro mocetón campesino, siempre silencioso ante el escritorio del Juez. Como si Aray, al decir tales palabras al Comisario de su caserío, hubiera decidido hundirse totalmente en desconocidos hondones de oscuridad y silen-

Digitized by Google

cio. "Aquí estoy", dijo y calló para siempre como si su puñalada hubiera matado también en él una raíz esencial. "Aquí estoy"... Y allí estaba, ante el bachiller Temístocles González, convertido en oscura estatua de músculo y silencio.

Así, pues, José Ramón fué escribiente del Juzgado de Primera Instancia en lo Penal desde muy joven y escribía con su letra elegante y nerviosa las largas sentencias del bachiller González.

"Por todas estas razones, administrando justicia en nombre de la República y por autoridad de la Ley..." José Ramón escribía y se asomaba a un mundo completamente nuevo. Siempre había visto los actos humanos y juzgado sobre ellos con criterio simple de espectador. Ahora, al copiar los razonamientos del bachiller Temístocles González, encontraba en sí mismo una conciencia capaz de dictaminar severamente sobre los hechos de los hombres, una conciencia que estaba investida de solemnidad, una conciencia que lo relacionaba directamente con el bachiller González e indirectamente con la República, con los Estados Unidos de Venezuela.

Así comenzaban las sentencias: "Los Estados unidos de Venezuela. En su nombre el Juzgado de Primera Instancia en lo Penal del Estado..." José Ramón miraba asombrado esa cercanía majestuosa de la Nación.

Tal vez esa impresión de majestad y poder lo llevó a admirar con fervor al bachiller González. Aquel zambo grueso, de rostro grasiento, marcado de cicatrices, hinchado, con manchas rojas y brillantes, no estaba hecho para producir respeto sino repugnancia. Sin embargo, en la mente de José Ramón se vistió rápidamente con ropajes solemnes.

Digitized by Google

Los razonamientos que, como juzgador, desarrollaba el bachiller González, se basaban en extrañas y personales convicciones psicológicas que, a veces, hacían de cualquier caso sencillo enrevesado episodio cerebral. Lo inconsciente, la pérdida de la voluntad, los estados pasionales que hacen imposible el control de los instintos, eran temas preferidos por el zambo Juez. Y ese oscuro mundo desarrollado por el bachiller González en sus sentencias, amarraba el interés de José Ramón y lo hacía creer en un Temístocles González admirable, talentoso, humano, muy distinto a aquel desagradable personaje negruzco y pequeño que era la realidad humana del Juez.

Así se expresaba frecuentemente en los corrillos de Ciudad Vieja y siempre encontraba en respuesta sonrisas y frases evasivas. Un día el Secretario López se atrevió a contrariarle desdeñoso.

—Yo conozco al bachiller Temístocles González desde hace diez años.

—¿Y qué? ¿No tienes buena opinión de él?

—Es un cochino.

Discutieron. El Secretario explicó:

—Lo que dice todo el mundo en el pueblo es verdad. Le gusta que su mujer lo engañe. El mismo ha buscado hombres para Goyita. Y goza mirando las cosas.

—No es posible. Tiene que ser mentira.

—Yo soy testigo de que es verdad.

José Ramón no creyó en las afirmaciones de su amigo. Se enfadó. Habló de envidias y del talento admirable del bachiller González y se fué. Cuando, al otro día se encontró con López en el Juzgado le reprochó sus palabras.

El otro alzó los hombros.

—No hablemos más de eso —dijo.

Digitized by Google

VII

El hecho sucedió una noche de sábado y fué (José Ramón se justificó en su fuero interno con esta razón) cosa de aguardientes. Al mediodía, después de hacer la visita de inspección a la cárcel, el bachiller González propuso:

—Vamos a tomarnos unos tragos en "El Edén".

"El Edén" era, simplemente, una venta de licores baratos situada en las afueras de la ciudad, cerca de la cárcel, junto al río. Formaban su clientela soldados, rameras, uno que otro pescador venido de Santocristo para saludar a la familia, guardias estadales, vagamundos y borrachos miserables, desechos de la ciudad y algunos empleados de la Casa de Gobierno que, como el bachiller González, gustaban de los licores recios, baratos y populares y desdeñaban los whiskys y brandys de los establecimientos elegantes cercanos a la Plaza Central.

Allí, alrededor de la sucia mesa de mármol, comenzaron a beber bajo el pesado calor del mediodía José Ramón y el bachiller González. A través de la puerta podía verse la calle calcinada en los fuegos del sol y, dentro de "El Edén", el calor hacíase húmedo y sombrío, oscuro y hediondo a sudor de hombres, a orines y a cuero curtido.

El amo de "El Edén", antiguo marinero, ancló su vida en aquel rincón de la ciudad porque, en menesteres de marino, había aperdido el brazo derecho. Quedábale la mano zurda —gruesa, morena, sin pelos— para señalar con el dedo extendido las mesas que había de atender el muchacho, su empleado.

En "El Edén" comenzaron a beber José Ramón y el bachiller González, después de la visita de cárcel, un

Digitized by Google

sábado a las doce, cuando se quemaba la ciudad bajo el sol cenital y, entre las paredes del ventorro de Sebastián Mayora, la penumbra mezclaba olores recios de humanidad cansada y trabajadora.

Sebastián les atendió personalmente. No era hombre de sonrisas. Tenía esa reserva y profunda seriedad que tienen siempre los viejos marinos. Su figura robusta, atlética aunque un tanto obesa, la manga vacía de su camiseta de franela, se aunaban a la adusta expresión del rostro para formar una altiva estampa de avaro, pintoresca y desagradable. Sólo se movía detrás del mostrador cuando creía que merecía la pena de hacer aquel esfuerzo. Parecía muy cansado; como si el brazo inexistente dentro de la floja manga de su camiseta de lana tuviera enorme peso de castigo y tristeza; como si la falta de su brazo le diera derecho a ser lento, altanero y áspero .

Al ver llegar al bachiller González saludó. El bachiller no era rico, su sueldo resultaba bastante exiguo; pero al título de Juez del Crimen se encontraban unidas muchas características de poder —cárcel, multas, arrestos— que Sebastián Mayora admiraba.

—¿Cómo está el bachiller?

—Bien, Sebastián —dijo la voz gruesa del Juez.

—Se saluda al amigo.

—¿Qué tal? —dijo la voz serena de José Ramón, el escribiente.

—¿Qué deseaban?

—Tráenos dos roncitos viejos.

—Mira, niño. Atiende aquí al bachiller González. Dos roncitos del bueno.

Así comenzó la cosa; pero siguieron muchos tragos de ron oscuro, espeso, caliente. La conversación fué haciéndose también oscura, caliente y llena de alusiones a extrañas y profundas circunstancias instintivas y personales.

Digitized by Google

Al principio hablaron de las cuestiones del Tribunal, de los juicios atrasados, de las sentencias por hacer, de algún auto o incidencia interesante. Luego comenzaron a hablar de la sentencia de aquella doña Eliodora de Urrutia, autora intelectual del asesinato de su nuera. El caso de doña Eliodora apasionaba al bachiller González porque, a pesar de su interés por las manifestaciones criminosas del vicio y por las violentas anormalidades del erotismo, no había logrado encontrar ni una sola atenuante de responsabilidad.

—La vieja, sin duda, está enamorada del hijo. A todo lo largo del sumario y después, cuando aquellas dificultades que tuvo en la cárced, se le nota el empeño de salvar al hijo a toda costa, aunque caigan sobre ella las responsabilidades. Y a mí que no me digan que esto es amor de madre puro y santo. Recuerde, amigo Vargas, que la señora ésta, según dicen todos los testigos del sumario y el mismo autor inmediato del hecho criminoso, pone como condición necesaria para el asesinato que el hijo esté fuera del hato donde regularmente vivía... Si el hijo hubiera hecho matrimonio infeliz con la occisaa, bien podríamos pensar en un exagerado amor maternal. Pero hay que recordar que no hay tal, amigo Vargas. ¡No hay tal!... El hijo vivía tranquilo su unión conyugal con la asesinada. De ese matrimonio van naciendo los hijos con la frecuencia normal en las familias campesinas venezolanas de buena posición monetaria. El único obstáculo para la vida matrimonial está en la vieja. ¡Fíjese, Vargas! ¡Fíjese! La vieja no quiere admitir al lado del hijo otra mujer. Tiene que ser ella la dueña, la señora. Me dirá usted que, por el contrario, miraba con agrado

Digitized by Google

que el hijo anduviera en amores con barraganas humildes... pero en ese detalle, precisamente en ese interesante detalle, puede verse claro el afán de la vieja por desquiciar el hogar del hijo y la autoridad de la esposa legítima y quedar ella sola —la vieja panzuda y soez que es ella— como compañera amorosa y exigente del hijo.

—Sí —dijo José Ramón— esa vieja es una bandida. Y ¿usted se acuerda del testigo aquel, el negro evangelista de Trinidad?

El bachiller González rió con redondas y amplias carcajadas.

—¡Jó, jó, jó, jó! "Señora, yo no puedo hacer eso porque soy evangelista. Cuando Pedro cortó la oreja al judío, Jesús le dijo: Pedro, vuelve la espada a la vaina, porque el que a hierro mata a hierro muere..." ¡Muy pintoresco!... Un famoso argumento para los que pretenden que la religión es un gran freno moral. El negro testigo se opone a las insinuaciones de doña Eliodora y se niega a proporcionarle abortivos para usarlos en el caso de la nuera (así la mujer del hijo hubiera muerto en circunstancias aparentemente normales) y el negro se niega basado en razones puramente místicas: una frase de los Evangelios... el recuerdo de la escena del Monte de los Olivos... ¡Muy pintoresco! ¡Muy pintoresco!...

Y el bachiller reía en redondas carcajadas mientras José Ramón, severo, repetía:

—Esa vieja es una bandida.

Pero, de repente, cambió el tono magistral y sentencioso, su voz campanuda tomó matiz de intimidad y apartó los "usted" y los impertinentes "amigo Vargas", habló en plan de amigo.

Digitized by Google

—José Ramón, ¿tú nunca has sentido, mejor dicho, tú nunca has comprendido claramente que, en determinados momentos, has deseado y hecho cosas contra tu voluntad, actos asquerosos, contrarios a los principios morales que han regido tu vida?...

José Ramón quedóselo mirando, a pesar de los muchos tragos de ron, con la limpia mirada de la juventud. El bachiller compuso su frase tal vez asustado de aquella mirada inocente.

—Es decir... Pequeñas cosas... Pero que chocan contra la austeridad de los principios morales bajo los cuales nos han educado... (El bachiller tosió pensativo y azorado). Por ejemplo... Es decir... ¿No te escondes detrás de los manzanillos, allá en Santocristo, para ver bañarse a las mujeres?

José Ramón rió.

—¡Miren al bachiller!... ¡Por supuesto que he hecho eso más de mil veces!...

Y González concluyó, nuevamente solemne:

—Pues también puede llegarse contra la voluntad a los vicios más abominables. Hasta... El asesinato... Como doña Eliodora de Urrutia.

Era ya noche profunda, madura de estrellas pulidas, con su media luna insignificante colgada en un rincón del cielo, cuando salieron de "El Edén" José Ramón y el bachiller González.

Por las calles de la ciudad deslizábase la brisa sueva, tibia, casi inexistente. Junto a los arcos del puente, varias barcas descansaban a la orilla del río, pálido de luna en su centro, sombrío en redor de los árboles y de las isletas verdes. Voces, cantos, algún silbido, el chirrido de

Digitized by Google

los grillos, languidecían en la brisa débil. El carro del vendedor de tostadas se dibujaba vagamente en el rescoldo de su anafe encendido. Era media noche madura. Filo de media noche caliente en Ciudad Vieja, dormida. Los barrenderos movían sus escobas entre nubes de polvo, en la sombra de las primeras casas altas.

—José Ramón, tienes que acompañarme a casa.

—Pero bachiller, es muy tarde. A su señora no puede gustarle que yo llegue a su casa a a estas horas.

José Ramón hablaba lentamente, con torpeza alcohólica, asegurando cuidadosamente las palabras por temor a equivocarse y González parecía haber perdido toda facultad que no fuera la de decir su frase:

—Irás hasta casa. Irás hasta casa. Mi mujer está acostumbrada. Tengo ton viejo allá. Mi mujer está acostumbrada. Mi mujer está acostumbrada.

El bachiller temblaba con extraño calofrío de ansiedad:

—Mi mujer... hasta casa.

La señora González era alta, morena, de rasgos hermosos y enérgicos. El brillante tinte cobrizo que invadía sus carnes, la dura línea de la nariz, los gruesos labios altaneros, la mirada atenta y cariñosa entre los párpados semicerrados, indicaban que en ella corrían gruesas gotas de sangre india entre la ramazón de sus arterias y de sus venas.

Cuando el bachiller y José Ramón entraron a la casa, ella estaba envuelta en un kimono pintarrajeado con flores y animales extravagantes, comprado a algún contrabandista. Sostenía la negra madeja de su pelo con peinetillas rojas y susurraba cariños hacia el loro que, agarrado a su hombro, lanzaba estridentes chillidos.

Digitized by Google

Desde hacía mucho tiempo conocía José Ramón a la señora. Si se hubiera puesto a recordar diría que desde siempre; conocida, como la iglesia de la Plaza Central, como el puente sobre el río, como la brisa y el sol en las playas de Santocristo. Conocida desde hace tiempo, con el cariño de la costumbre. Pero lo extraordinario era que aquella doña Gregoria no era la de siempre, la que llamaban Goyita en la ciudad, sino que estaba desnuda bajo la seda del kimono y parecía una extraña mujer desconocida con aquel loro chillón clavado en el hombro como viva y loca esmeralda.

—Dispénseme, doña Goyita. El bachiller me exigió que lo acompañara y yo no supe negarme.

—No se preocupe, José Ramón. Yo ya estoy acostumbrada.

Y el bachiller interrumpió:

—¿Acostumbrada?... Que te gustan las visitas de estos jóvenes, ¿no es así?

El tono de González resultaba irónico, como si pretendiera decir con sus palabras cosa distinta a la que ellas significaban generalmente, como si hubiera en ellas una segunda intención sorprendida solamente por su mujer.

Ella pareció recoger y aceptar esa segunda intención cuando contestó serenamente:

—Sí me gustan. Y a ti también, borracho asqueroso.

El bachiller González rió con risa pequeña y nerviosa.

—¡Jé, jé, jé! Goyita está en el temple de sus grandes noches. Anda, negra. Búscanos el ron carupanero que me trajo el compadre Figueroa.

—En seguida —dijo la mujer— yo también voy a tomar esta noche.

Y se levantó. Pegado a su hombro, el loro aleteó chillando impertinete y, sobre la carne de la mujer, el pajarraco del kimono, bordado en hilo de oro, se movía

Digitized by Google

y temblaba, mientras ella caminaba hacia el comedor. José Ramón la miraba. Indeciso, avergonzado, volvióse al bachiller:

—Yo debo irme, bachiller. Doña Gregoria está brava.

—¡Pero, chico!... Si está encantada. Es que tú no la conoces. Pero está encantada.

No continuó porque la mujer regresaba. Su cabeza —su cabeza de india altanera— inclinaba el perfil; los aretes de oro de Guayana iluminaban cruelmente esa tristeza inútil y los oscuros labios, manchados de pintura, rubricaban con dureza la decidida expresión del rostro.

—¡Gregoria! —chilló el loro.

Y González rió:

—Hasta el loro sabe, Goyita. El único que no sabe es José Ramón.

Gregoria miró al muchacho. Aquella mirada solemne como antiguo rito, se clavó en la médula de José Ramón por muchos años.

—González —dijo amarga la mujer— José Ramón también sabe. Y si no sabe, sabrá.

En la bandeja cobriza, los vasos llenos de oscuro ron carupanero formaban su ronda excitante.

—Toma, José Ramón.

Entre los dedos cobrizos de la mujer, entre las uñas pintadas de rojo violento, el vaso lleno de oscuro ron carupanero brillaba como un profundo deseo, como las pupilas de aquellos tres seres abandonados a la corriente de sus impulsos.

—Goyita —dijo González— siéntate aquí. Entre José Ramón y yo.

La mujer quitó el loro de su hombro y lo dejó en el aro brillante que colgaba del techo, arreglóse lenta el cabello y, por fin, asentó su opulencia madura en el pe-

Digitized by Google

queño sofá. José Ramón sintió junto a su cuerpo el flanco poderoso, la suave redondez del gordo brazo.

—¡Si el alma pudiera enseñarse! —comentó el bachiller— ¡Si el hombre pudiera enseñar su hondo pozo interior, habría quizá que admirarse de las asqueantes fuerzas que lo arrastran allí como serpientes!...

—A veces no es necesario enseñar nada —dijo la señora— se les sale a algunas gentes su propia porquería...

—Así es —respondió el bachiller e hipó alcohólico.

José Ramón, casi sin darse cuenta, apretaba los delgados dedos morenos de Goyita. Sentíase unido a ella en un segundo como desde mil años; sentíase enemigo total de González como si fuera ya uno con la mujer, como si el bachiller lo estuviera insultando, como si él mirara también en los ojos de González las mugrientas sierpes de todos los vicios.

El bachiller se levantó.

—Con permiso. Ya vuelvo —dijo y desapareció tras las ramas de los helechos y de los rosales que alzaban sus brazos verdes y puros hacia la noche.

José Ramón miró a la mujer (los ojos, los labios, la carne estremecida) y se hundió en ella como en un abismo. De su éxtasis saltó, alucinado de miedo nervioso, al oír la risa estridente del bachiller, al mirar sus ojos de loco entre las ramas del patio. El loro, susurrando soñoliento desde su aro, subrayaba la risa del cornudo y el llanto contenido, terrible, poderoso, de doña Gregoria.

José Ramón saltó de su asiento, corrió atrancándose el sombrero y salió dando un portazo.

Ya en la calle comenzó a sentir sus pensamientos, a pensar en sus sensaciones. Estaba sudado. La camisa, fría y hú-

Digitized by Google

meda, se pegaba en su piel y un acre olor de suciedad y aguardiente salía de su cuerpo. Al mismo tiempo, el recuerdo de la risa estúpida del bachiller lo rodeaba unido a él como asquerosa sensación. Casi no podía saber si la desagradable, fría y maloliente sensación que rosaba su carne era el recuerdo de la risa viciosa o el roce de su ropa mojada de sudor.

Siguió caminando como bestia halada por el ronzal de su pesadumbre. El peso gigantesco de lo que había entrevisto su asombrada inocencia —aquella negra decoración de vicio baboso que le había sido puesta ante los ojos— se bamboleaba entre su borrachera y tomaba forma de fantasmas idiotas y crueles. Era una sola grave, gigante, profunda sombra de injusticia y maldad; una trágica y pavorosa realidad odiosa que lo hundía en la desesperación. Sentíase manchado de sustancias degradantes; estaba hundido definitivamente en la negrura de algo que no sabía nombrar. Y en lo hondo del alma, más allá del recuerdo, la imagen del padre saltaba, llena de asco, apartándolo de aquella india Cruz, que no fué su madre, imponiéndole digno modo de vivir, propio de Vargas.

Se dejó caer en el escalón de un zaguán ancho y apoyó la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia! —pensó— ¡Si pudiera llorar!...

VIII

Cuando José Ramón despertó, asqueado ya desde el sueño por la atmósfera oscura y fétida donde se encontraba, sintió, como íntima caricia, la voz y los movimientos de una mujer: una voz humana que canturreaba suavemente

Digitized by Google

y el sonido de su quehacer, del agua del chorro cayendo en las ollas para el café de la mañana. Lo rozaban dulcemente aquellos ruidos que expresaban la primera actividad natural y sencilla, después de la negra actividad de la noche anterior.

La idea de que había todavía en el mundo una mujer que hacía café, que llenaba pailas con fresca agua del grifo, que se dedicaba a una simple acción inocente, lo alegraron. Figuróse a la mujer hermosa, morena, mansa como buena criolla hacendosa. Aunque fuera una prostituta está, para José Ramón, fuera el vicio, fuera el asco apenas apagado por el sueño.

Ella llegó: Belén, la negra. Y su presencia, de antaño amiga, puso ante los ojos de José Ramón las tan conocidas características del cuartucho: la imagen de la Virgen de Coromoto, la oración de Juan Salazar, el desertor de Güigüe, pegada a las paredes con negros clavos, las manchas del humo de las velas que Belén encendía, junto a las estampas de sus devoraciones. Recordó a la tía Milita: ella también, como Belén la negra, gustaba de adornar con la amarilla flor inquieta de las llamas sus cromos de santos y misterioscatólicos.

—Toma el café Monchito.

—Gracias, negra, ¿Cómo llegué anoche?

—Arrastrándote de borracho. Loco y lloron.

—¿Loco?

—Diciendo cosas raras.

—¿Qué dije?

—¿Que voy a saber yo, mi hijo?... Decías: "por fortuna, por fortuna no soy yo cochino". Y repetías "por fortuna, por fortuna, por fortuna".

José Ramón rió falsamente. Toda la horrura del recuerdo le manchó de nuevo el alma. Era necesario escapar de-

Digitized by Google

finitivamente de aquel espanto que formó con su sustancia la noche anterior.

Se alzó de la cama luchando con el dolor de cabeza y, vistiéndose rápidamente, se afianzó en la mañana recién nacida a pesar de la pesadez que le apretaba el cuerpo.

Se refrescó cerca de la mujer, en el agua que brotaba limpia a borbotones, del tubo. Tomó un nuevo traguito de café y quedó mirando a Belén la negra, humilde, limpia, pura, a pesar de sus pinturas y coloretes, a pesar de sus dientes orificados. José Ramón le acarició los carrillos.

—¡Mi negra linda y querida!

—¡Qué raros eres, José Ramón!...

—Por fortuna, negra. Por fortuna —y rió—. Lo malo es que no tengo ni un centavito para tí.

—Raro y tonto eres.

Tiernamente, con dulzura de cariño y noviazgo, José Ramón besó la mano de Belén la negra; de un salto entró en la mañana amarillenta, madura de sol primerizo.

Cuando el automóvil de Pachú, el chofer, corría por la carretera de Santocristo, se alzó dentro del alma de José Ramón un grito anhelante de angustia.

—¡La playa! ¡La playa —chilló su alma como llamada de socorro muchas veces usada, siempre segura.

Llegó a su casa, desvistióse rápidamente, como si quisiera arrancarse de la piel aquella amarga costra de tristeza, y salió corriendo hacia la mar. A alguna pregunta de la tía Milita ni siquiera contestó. Con ímpetu goloso se tiró en el agua mansa de la bahía.

Digitized by Google

Los mil brazos fríos de la mar se enredaban en torno a su cuerpo y se deshacían bajo su peso. Lo que necesitaba, lo que afanosamente buscaba —consuelo corporal, cariño, manos fraternales— dábaselo el mar con largueza, al ofrecerle el potente seno puro de sus aguas movidas en pequeñas olas pulcras. Buen nadador, revolcábase gozoso en el agua y, hundiendo en la carne fresca y azul de la bahía, abría los ojos paraa ir descubriendo los tesoros escondidos en la penumbra cristalina del fondo marino: las rojas conchas abandonadas como pétalos muertos, los movedizos arbolillos de las algas, verdes bailarinas de la arena, alguna piedra blanca y redonda.

Cerca de la orilla, los muchachos chillaban los gritos de sus juegos y de sus peleas. Esas voces acariciaban el ánima enferma de José Ramón como si su propia infancia le renaciera suavizando amarguras con el perfume y el color de los retoños.

Regresaba a la infancia de la cual habíase apartado con el orgullo de la adolescencia. En brazadas enérgicas acercóse al grupo chillón de los muchachos. Sacó la cabeza junto a Eloy Guaregua, el más pequeño de los hijos de Cruz.

—¿Qué hubo, Eloy?

Los pequeños compañeros lo recibieron con la regocijada confianza que tienen siempre los chicos para aquellos que se hicieron hombres ante sus ojos.

—¿Qué hubo, Chemón?

—¿Qué hubo, Monchito?

Todos aquellos chicos —16, 14, 10 años— lo rodearon. Eran algo muy cercano a él: un hijo de su madre, hermanos de sus amigos, primos, parte de su intimidad, de su alma. Gentes morenas, de cobre, brillantes entre el agua y el sol lo mismo que la playa, hechos de la mis-

Digitized by Google

ma materia llameante que formaba el limpio paisaje playero.

Cada uno llamaba a José Ramón con mote personal y cariñoso, tal como lo oyera nombrar desde pequeño o como inventara luego. Los Parucho decíanle Moncho; los Malavé, Cheíto; los Guanaguanay, Chemón.

Esa era la costumbre del pueblo. Demostrábanse el cariño y la confianza con esas descomposiciones y trueques del nombre verdadero, que indicaban relación especial, distinta a la que unía entre sí a las demás personas. José Ramón iba contestando y usaba también los motes confianzudos: Toño, Chuíto, Vitico, Goyo, Coronel... Ninguno se decía el nombre que sus padres le imaginaron, sino esos otros derivados del nombre confiados y cariñosos.

José Ramón goza al oírse nombrar así. Se iba olvidando de su casa, de su gente, de la íntima atmósfera de su propio puerto, bahía personal donde su alma se arremansa como el agua sin olas acostada en la arena. Ahora, ya está de nuevo dentro de su vida. Como los muchachos, como él mismo hace unos años, chilla, brinca, nada.

De repente, tras la punta rocosa lamida por las aguas, bordada de espumas, aparece el bote pesquero de los Guaregua gobernado por Víctor Parucho.

—¡Heiiii, Vitico!... ¿Qué traen?

—Nada. Andábamos paseando.

José Ramón alcanza la borda húmedo del bote.

—Voy a subir. Déjenme remar.

De un brinco saltó del agua. Un empujón más y ya está dentro tomando los remos de manos de Vitico Parucho.

Digitized by Google

I X

José Ramón se detuvo en el dintel de la Casa de Gobierno. El sol —la luz desnuda, casi llama, caliente, amarilla— encandilaba llenando la calle con toda la fuerza justa de la hora: 12 del día. Había pasado la mañana del lunes bostezando mientras copiaba una sentencia para el archivo. El bachiller González no había ido al Tribunal y, amparados tras el aviso de "No hay audiencia", José Ramón, el Secretario y el Alguacil, bostezaban mirándose mientras en silencio, desganadamente, iban llenando sus pequeños deberes: buscar un expediente para el Fiscal, atender al Defensor de Presos Pobres, decir a la madre de algún reo que tendría que ir otro día a hablar con el Juez.

Así habían pasado las horas de la mañana. José Ramón estaba nervioso ante la idea de encontrarse con el bachiller González y, aunque se dió cuenta de que el zambo Juez temía también el encuentro, no por ello dejó de sentir esa vaga angustia, ese vacío nervioso que se reflejaba en la fría sensación marcada sobre el estómago y lo hacía bosteazr casi dolorosamente. En cierto momento le habló sarcástico el Secretario López:

—¿Y que tomaste aguardiente el sábado con González?

—Sí.

—¿Ajá?

—Tienes razón. Es un cochino.

—Ya lo creo que tengo razón.

En estas cosas pensaba, parado en la puerta de la Casa de Gobierno, frente a la llama cegadora del sol. A su lado pasaban los empleados, rápidos, hacia el almuerzo hogareño y José Ramón permanecía allí, frente a la llama

Digitized by Google

del sol, respondiendo maquinalmente a los saludos, pensando sus cosas.

Por fin se metió en el sol; cruzó la calle para detenerse cuando, de entre el negocio "La Femme Chic", tienda de modas, saltó sobre él la voz de Gregoria.

—¡Vargas! ¡Vargas!

José Ramón se detuvo. Entre la fuerza del sol aquella voz era el más íntimo y quemante lengüetazo solar; un lazo de fuego que lo hería y amarraba frente a las sedas femeninas de "La Femme Chic". Allí, Gregoría surgía entre brillos y reflejos, lujosa y brillante ella también.

—A la orden —dijo José Ramón.

Ella siguió en alta voz:

—Tengo que darle un recado de González. El tal vez no pueda ir mañana al Juzgado. Quiere que tome interés en el asunto de...

Y, acercándose a José Ramón, en voz baja, como si estuviera diciendo algo que su marido mandara decir con mucha reserva, susurró:

—Necesito verte. Te espero en la iglesia, a las cuatro, esta tarde.

En el pensamiento del muchacho se atropellaron las ideas. Por sobre la violenta atracción que en él ejercía la mujer, a pesar de aquella voz oscura que lo dominaba, el recuerdo del marido vicioso le desagradaba hondamente. Habló:

—Pero, señora, yo...

Se lo mandó decir González.

—No lo dudo. Por eso mismo.

Fué entonces cuando Gregoria se dió cuenta de que José Ramón tomaba sus palabras al pie de la letra; angustiosamente, con temblorosa y susurrante voz de súplica, murmuró:

Digitized by Google

—No. El no tiene nada que ver en esto. Te lo aseguro. Soy yo la que necesita hablar contigo.

Miró al muchacho y habló en voz alta, consciente de su triunfo:

—Entonces... ¿Con toda seguridad?

—Sí —prometió José Ramón solemnemente.

Cuando Gregoria llegó a la iglesia, los rincones, oscuros y húmedos, conservaban todavía hediondos rescoldos del calor de la siesta.

Era un olor esencial, de pensamientos beatones, de pecados temblorosos, de pasiones zarandeadas por el miedo, un desasosiego tenebroso y palpitante que parecía salir del negro escondite de los confesionarios.

Faldas, pañolones, feos pensamientos de castidad oprimida, brotaban de las casuchas de madera, se quemaban en las manchas multicolores y luminosas que el sol arrancaba a los vitrales y, por fin, iban a agazaparse en los rincones.

Allí, mezclados con el moho que mancha los edificios viejos, hacían su nido y surgían nuevamente a todo lo largo de la nave, luchando con el olor de los cirios encendidos, del aceite de las lamparillas del Sagrario, con el olor a madera y charol de los bancos y reclinatorios que la luz del sol pintaba con los colores de los vitrales: morado, verde, azul, amarillo, de las túnicas y vestidos de los apóstoles.

Había dentro de la iglesia lucha de sombras y reflejos, lucha de olores humanos, religiosos, viejos. Esa vibración de combate latía misteriosa entre las viejas paredes del lado derecho, hervía en la refractación multicolor del sol partido en los vitrales de la izquierda.

Digitized by Google

Gregoria se detuvo bajo la mancha violeta que proyectaba sobre las baldosas el manto del apóstol evangelista Marcos. Hondamente coqueta, profundamente deseosa de agradar, miró cómo la luz solar, manchada por el color del vidrio le pintaba la carne con esencia de uvas místicas, con tinte ojeroso, pasional, extrahumano. Su carne de india, bajo el encaje de la andaluza, se encendía en la vibrante luz morada.

Como si se midiera trajes, fué pasando bajo los diferentes retazos de luz coloreada: la túnica de San Pedro la vistió de rojo, el vestido de San Juan la cubrió de mieles y fuego.

Hondamente coqueta, Gregoria comparaba, hacía mohines de desdén. Decidió por fin lucir simplemente la piel oscura bajo el encaje de la andaluza. Tal cual era ella. Un poquito escondida tras el pilar del púlpito.

Se acomodó en el banco ancho y negruzco. Esperó. Comenzó a mirar con detenimiento los detalles del templo: las delgadas espigas de oro y plata, los ramilletes artificiales, obra cariñosa de solteronas desconocidas, de muchachitas místicas. Lejos, en la capilla del Santísimo, las lámparas rojas de pequeña y firme llama, las figuras en genuflexión de unos ángeles con las alas plegadas entre la penumbra que rodea los misterios eclesiásticos, junto a los labrados oros del altar.

¿Desde cuándo no comulgaba Gregoria? ¿Desde cuándo no rezaba sinceramente?... Sonrió a sus pensamientos. En ese momento sentía la más absoluta confianza familiar ante aquella somnolencia aparatosa que, a pesar de todo, se imponía a la sombra degradante de los confesonarios y de las faldas de una que otra mujer que susurraba penitencias en el recinto semiabandonado.

La apasionada sensualidad que despertaba en ella el recuerdo de José Ramón, se extendía sin choque en esa

Digitized by Google

atmósfera donde triunfaba, ora el pérfido ambiente del pecado, ora el sereno resplandor extrahumano de las ideas del culto.

Gregoria miró las imágenes. En el altar mayor, coronado por minúscula ruedecilla de oro, un Jesús rubio y romántico abría al mundo su pecho donde saltaba la mancha pequeñita del rojo corazón sangrante. A la izquierda, un San José pulido y brillante con su báculo virginal florecido de lirios. Más acá una santa cuyo nombre no recordaba. Luego, a la derecha, una Virgen de Lourdes, de mirada cristalina, blanca la túnica, azul la banda.

Para Gregoria, aquella imagen era algo muy hondamente personal, una oración enseñada por la madre, era ella misma, Goyita la niña, repitiendo las frases maternales.

"Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tan graciosa belleza..."

Gregoria pensó largo rato esa oración, deleitándose en ella, paladeando las sencillas palabras, dirigiéndoselas a sí misma, a aquella lejana muchachita, vestida de blanco que repetía, con las gordezuelas manos juntas ante la imagen de la Virgen, las tibias sílabas de la oración maternal:

"Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea..."

Esa pureza de la chiquilla —hoy negada e inexistente— esa viciosa y desvergonzada pureza que podía co-

Digitized by Google

existir con el mayor de los vicios tenía que resucitar en el alma de Gregoria y hacerse eterna para que en ella se recreara aquel muchacho puro que era José Ramón, a quien ella esperaba como a un Dios.

La invadía el alma pura de su infancia hasta hacerla sentir miedo de sus propios pensamientos. Ideas de su infancia católica (respeto a las cosas santas, temor del castigo, horror al pecado) la tocaban en su más honda fibra sensible y chocaban contra su pasión mezclando los más contrarios sentimientos como se mezclaban dentro del recinto eclesiástico sombras de claustro y luz multicolor de los vitrales, olor sucio de pecados obscenos y olor de aceites consagrados.

Colérica, dió taconazos contra el reclinatorio, como si pisoteara los pensamientos que la atormentaban.

Volvió a sonreír.

—Bendita sea tu pureza —pensó— ya va a llegar José Ramón...

Apoyado en el barandal de la plaza el muchacho Vargas vió a Gregoria cruzar bajo los altos árboles, junto a la estatua del héroe regional. Pudo observarla despacio porque ella iba revestida de esa actitud que las mujeres suelen tener cuando se preparan a cumplir sus devociones y pasó, con la cabeza inclinada, agobiada de piedad.

José Ramón se angustió mirándola. La madura belleza de la mujer, unida al recuerdo de los sucesos de la noche del sábado, producían en él deseos, miedo, íntima necesidad también de romper con los temores sabatinos.

¿Qué lo separaba de aquella mujer? ¿Por qué iba a dejar que pasara a su lado sin tocarla? ¿Por qué iba a permitir que se convirtiera en nostalgia de lo que jamás

Digitized by Google

se tuvo, esto, que podía ser amor grande y poderoso?... En el rincón oscuro que la memoria no roza, que el recuerdo no mira, las lágrimas del padre que llora por Cruz Guaregua, se oponían a los deseos de José Ramón.

En verdad, neg;base a ser payaso del vicioso González. No sería complemento de las oscuras apetencias sexuales del zambo Juez; no serviría jamás para lo que la otra noche pretendían González y la mujer. No poseería a Gregoria ante el marido. Si había de ser suya, Gregoria sería sólo suya, en el amor absoluto y definitivo. Pero, ante todo, era necesario tenerla realmente.

Las preocupaciones de José Ramón no cesaban.

¿Gregoria lo buscaba porque lo quería verdadera y profundamente, con amor auténtico de cariño y pasión? ¿Intentaría unirse a él por darle gusto al incomprensible marido? ¿Sería Gregoria una viciosa vulgar corrompida por González?...

Las preocupaciones daban vueltas en el pensamiento del muchacho. Aunque se empeñaba en arrancarlas de sí, ellas volvían con persistencia de manía, repletas de odio y desagradables sentimientos.

Por fin se decidió: González y su mujer podían querer de él cualquiera porquería. Tal vez Gregoria era en realidad, simplemente, viciosa que gozara desnudando su intimidad ante aquel infeliz de González. Tal vez el marido cornudo habíala acostumbrado a aquel estúpido exhibicionismo erótico.

De todos modos, José Ramón decidió llegar hasta Gregoria, apoderarse de la sublime morena admirable.

Se decidió: llegaría como amo, como hombre. Impondría sus condiciones. Aseguraría su poder de macho.

Registró sus pensamientos. ¿Sería capaz de adoptar ante ella esa actitud de amo sexual?... Se miró tal cual era:

Digitized by Google

niño inexperto a quien la mujer manejaría a su antojo con el despliegue simple y brutal de su belleza.

Volvió la mirada hacia la iglesia. Como gigantesco monstruo pesado de significados solemnes, alzábase la mole del templo, las amatillentas paredes antiguas oscurecidas por los años. Sintió que la iglesia respiraba llamándola con la voz de Gregoria.

—Tengo que ir —pensó—. Demostrar que soy hombre.

Para darse ánimos entró en el botiquín y pidió un traguito de ron, un sorbo de aquel mismo ron oscuro que subrayó con su poder fogoso la tragedia de la noche del sábado. Uno tras otro se tragó varios rones mientras miraba el movimiento de las bolas del billar sobre el paño verde. Alguien le habló: el chofer Pachú, que miraba el desarrollo de una carambola complicada.

—José Ramón está sacando el ratón del sábado aunque hoy es lunes.

—¡No juegue, Pachú!

—Tenga cuidado, Moncho Vargas. Mire bien con quien se acompaña para tomarse el aguardiente.

José Ramón salió del botiquín rápidamente. Ya estaba decidido a atender la cita con Gregoria, pero tenía que ser ya, sin oír más tonterías. Si alguien lo detenía, si atendía mucho a cualquier conversación iba a terminar desistiendo.

Así, entró a la iglesia...

Registró minuciosamente el ancho vacío del templo hasta ver la figura de la mujer casi oculta tras el pilar del púlpito. Nuevamente lo asaltaron desagradables pensamientos. Seguramente Gregoria iba allí guiada por las costumbres que el marido le había inculcado.

Digitized by Google

Recordó haber leído casos de eróticos anormales que buscan en el regazo de las iglesias la idea y el temor del pecado que necesitan para lograr placer.

Por todo ello, cuando llegó cerca de la mujer y se parapetó él también tras la gruesa columna que sostenía el púlpito, habló con tono incisivo y despreciativo.

—¿Qué desea la señora? ¿Qué desea la señora?

Había en la pregunta violencia decidida y tenaz, empeño de herir a la mujer que, la otra noche, había sido personificación de la absurda negrura que invadió el alma del adolescente y la cargó de dolor y de asco. El recuerdo de la podrida, sangrienta carcajada del absurdo marido, le afilaba la voz presta a la intención insultante.

—¿Qué quiere la señora?

Gregoria no respondía. Tras el grueso encaje de su andaluza devota, alzó la mirada. Pasión, tristeza, vergüenza, cariño, quisieron expresar los ojos de la mujer. La brillante pupila entre las pestañas parecía decir esas entrecortadas frases que apenas se pronuncian porque, apenas dichas, son recogidas por el oído amante.

"Te quiero", "no te vayas", "yo no soy como crees", "perdón, perdón"... Todo eso decía, vasalla de sus deseos y decía, ahora con palabras enérgicas y claras, que lo de la noche del sábado, por más vergonzoso y grosero que fuera, no podría olvidarse jamás y que ella necesitaba explicar, explicar, explicar interminablemente su pasión y su vergüenza, su tristeza y su cariño por el muchacho acorazado ante ella como Juez de un Tribunal imposible, muy distinto de cualquiera otro Tribunal donde pudiera intervenir el bachiller González.

—¿Juez? ¿Juez? —pensó Gregoria sonriente.

Y decidió probar la rectitud de aquel juececillo fatuo, insolente y tristón.

Digitized by Google

Con suave dulzura, sabiamente serena y atractiva, recogió su falda y dejó libre junto a sí el retazo de banco que habría de ocupar José Ramón. No dudó jamás que el muchacho obedecería la orden de las pupilas ansiosas y la alegría —candente, poderosa alegría— invadió el cuerpo de la triunfadora.

Lentamente, José Ramón sentóse a su lado y ella sonrió dejando caer su mano sobre la mano del muchacho.

—¿Por dónde anda escondido el bachiller González? —dijo Varguitas—. ¿También en la iglesia le das el espectáculo? ¿También aquí lo haces gozar enseñándole cómo te aprietan los hombres?

Era la defensa de sus sentimientos contra el violento deseo de aquella mujer y puso en la frase toda la altivez de que era capaz.

Gregoria, herida, reventó su rabia sobre él. Clavó sus uñas en la mano de su arrogante compañero.

—Odio a González, ¿oíste? ¡Odio a González!...

Y sintió que la carne del hombre iba hacia ella inevitablemente. Y calló, buscando con su cuerpo el amor de aquel cuerpo que, desde la otra noche, deseaba con dolor y por el cual estaba decidida a luchar hasta la victoria. Volvió la cabeza y sonrió de nuevo hablando:

—Tú me quieres.

No había en su voz asomo de pregunta, sino la alegría de afirmar el hecho que la satisfacía plenamente. En realidad, el muchacho desbordaba sobre ella la inmensa capacidad inocente de la juventud. Un grito silencioso salió de sus bocas: el grito del deseo mandón y voraz.

La sombra de la iglesia fué gigantesco regazo de aquel sentimiento. La pesada atmósfera del templo, apenas presentida tras el velo de la pasión, se mezclaba dentro de los dos seres lanzados ya uno hacia el otro y ya, definitivamente, dominados por el amor.

Digitized by Google

Como las llamas de los cirios temblaba la carne de Gregoria. Y —acompañando el sopor que la siesta dejó entre las paredes eclesiásticas, el vago olor húmedo del incienso y de la cera— la voz de la mujer era mandato de su cuerpo y de su voluntad.

—Tú me quieres...

A esa voluntad plegábase José Ramón hasta que recordó su decisión de ser él quien marcara el rumbo de la aventura:

—Tenemos que vernos —dijo.

—Por supuesto —sonrió ella.

—No en tu casa.

—¿Dónde?

—En Santocristo. Solos. En las playas.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Pero...

Ella dijo todas esas cosas que dicen las mujeres. Habló: que era imposible, que cómo, con qué excusa podría encontrar para salir así de pronto, que con quién, que qué diría la gente, que allá mismo —ya llegada a Santocristo— cómo podría separarse de sus amigas y encontrar un momento para llegar al lado de él.

Todas sus razones decíalas una tras otra, ansiosamente, porque sentía que el cuerpo de su presunto amante hacíase de nuevo extraño y enemigo. Verlo alejarse de nuevo parecíale la mayor crueldad que pudiera hacerse a sí misma y ofreció:

—Iré... El sábado.

José Ramón la besó. El horno de la iglesia tembló para ellos en huracán indescifrable.

Alguna beata los miró y se contó en el pueblo —labios venenosos junto a las orejas de los chismes— que Goyita González y José Ramón tenían amores.

Digitized by Google

X

Hay retazos de tiempo en cuyo seno se desenvuelve la vida de la tierra vigorosamente. El bachiller Temístocles González ha creído observar que, a principios de junio, se hace diez veces mayor el número de los juicios por violación, estupro, rapto, etcétera. El poeta Síndico Procurador Vargas, tío de José Ramón, afirma que, por esa época, todas las criaturas florecen y maduran.

En realidad, junto a las playas de Santocristo se marca con exactitud un movimiento de vital madurez: el que hacen los manzanillos en su preparación frutal.

Dicen que los manzanillos tienen sombra venenosa; que si alguien, cansado y sudoroso, se tiende bajo la ancha y chata ramazón de estos arbolillos, sufre fiebres e hinchazones, dolores de cabeza, delirios y visiones que pueden llevarlo a la muerte a través de los sueños pesados que caen sobre el hombre como la losa de la insolación.

Las gentes del pueblo miran el gracioso árbol achaparrado, las ramas extendidas sobre la redonda suavidad de las dunas, abiertas a la brisa.

Bajo los manzanillos vive su sombra y las gentes miran, como si en la zona de arena que las ramas cubren hubieran de ver algún día el signo mágico y fatal de la muerte torpe e hinchada que, según dicen, es esencia de la sombra de los manzanillos.

Y hay épocas en que los manzanillos se muestran especialmente delicados. Las puntas de sus ramas ceden al empuje de las brisas y se quiebran los tallos más delgados como si fueran frágiles patas de cangrejos. De sus coyunturas rotas brota la sangre blanca y espesa del organismo vegetal, la leche de los manzanillos.

Digitized by Google

Dicen entonces las gentes que están preñadas las matas y, en verdad, esa crisis de fragilidad y delicadeza, precede al momento de la fecundidad. Al poco tiempo surgen entre las hojas los pequeños frutos verdes, redondos y brillantes que palidecen al crecer y se convierten en bolas de seda rosa y verde, femeninas y puras, que revuelcan su olor con el viento sobre la arena de la playa.

En el tiempo de la preñez —dicen las gentes— la sombra de los manzanillos es más venenosa, enfermiza y pesada que en cualquier otra ocaasión. Entonces evitan el contacto del pequeño árbol hermoso, retorcido y malvado. Pero los chicos juegan a la pelota con sus pomas y el mar lleva y trae también entre sus ondas las redondas frutas, finas y olorosas como labor de mujer.

José Ramón tendido en la arena, mira en su redor.

Las últimas luces del sol rozan los manzanillos de Santocristo y tienden sobre la arena la retorcida sombra azul de los árboles.

¡Ya está aquí el atardecer!...

Parece imposible que existiera ya en la fogosa y potente fuerza de la siesta esta delicada trabazón impalpable de platas y bronces y mansa luz... Pero José Ramón ha visto el lento, maravilloso nacimiento de este instante, desprendido paso a paso de la pesada llama del mediodía perezoso. Sabe que en el sordo calor de las dos de la tarde, en la enorme y pesada brasa que calcinó la arena y aplastó con su fuerza la brisa, estaba también ese fuego cristalino y tranquilo que puso tras el lejano cabo la muerte del sol. Sabe que en la rabiosa y anhelante fiebre de la siesta se escondía también ese azul vivo y brillante y esta sombra que suaviza las dunas con la caricia de una

Digitized by Google

mano sabia. Sabe que en el horno de la siesta tropical estaba este tibio color de vino tinto que tiembla en el mar y es la sangre lírica de la muerte solar.

José Ramón gusta de sentir bañada en esa luz rojiza su carne oscura donde lucha el poderío de los abuelos blancos y la fuerza materna de su ascendencia popular. Unida a esa luz del sol brota en su alma la tristeza orgullosa de desconocidos destinos poderosos. Bañado en el rojo licor de los crepúsculos sabe sentirse a gusto consigo mismo. Triste, sí, pero consciente de la propia fuerza que brota de sus poros con majestad. Puede dejarse abandonado a los más delicados sentimientos entonces, porque sabe que ninguna carga sentimental podrá doblar esa íntima serenidad que le da el atardecer.

Puede pensar en versos, puede pensar en Goya la adorada, puede pensar en la tristeza...

La última luz solar roza los manzanillos. La brisa trae entre sus brazos el perfume de sus pomas. La sambra de los retorcidos árboles es tenue, azul, como encaje de brisa. Sin embargo, las gentes dicen que esa sombra es venenosa...

José Ramón ya conoce la sombra de Goyita, su ardiente noche erótica. Como el manzanillo, Gregoria, cargada de pesada sombra dañina. Gregoria, Gregoria con sombra de vicio, de fiebre viciosa. Gregoria madura y perfumada...

El flechazo rojo y armonioso del vuelo de un cardenal cruza el azul ojeroso y va a detenerse en la rama que tiembla. Un rojo y valiente cardenal con algo de bello muñeco vestido de soldado. Como de porcelana roja, el arisco pájaro hermoso monta guardia alzando su altanero copete de plumas.

Digitized by Google

Desde la arena húmeda José Ramón lo mira y piensa que también el retrechero pajarraco purpúreo está observando su figura mojada... Sin duda lo miraba, porque apenas se ha alzado el muchacho sobre la mansa arena, el rojo centinela se hizo flecha y chillido y cortó el cielo con su rasgo de sangre, con su rúbrica de tinta encarnada. (Así la imagen de Gregoria en su vida: raya de fuego, rojo flechazo apasionado).

José Ramón sonrió al pajarraco. Avanzó hacia él que se había detenido en un espino. Nuevamente alzó su vuelo llameante el cardenal de sangre, el huidizo centinela de la brisa. Ahora, engreído, erguirá su copete encendido sobre el brazo de otro cardón o se alzará hasta coronar el mástil de algún cocotero. Lucirá bien el pájaro de plumaje y copete encendidos, como un cacique de leyenda apoyado sobre el árbol que también es displicente, perezoso y emplumado como cacique.

Como una flor de plumas adornará la pereza del cocotero entre la luz del atardecer. (Así adorna su vida de muchacho la roja flor de brasas que es el amor de Gregoria).

¡El amor de Gregoria!... José Ramón se tiende nuevamente en la arena. Piensa: Gregoria viciosa, enfermiza como la sombra azul de los manzanillos... Gregoria llameante y viva como la viva saeta llameante del cardenal...

Esos pensamientos alocados e irreales, tienen desconocidas semillas... ¿De dónde?... Tal vez viene en la brisa este desconocido cariño que lo envuelve como el recuerdo de Gregoria.

José Ramón extiende los brazos, acaricia la arena como si fuera cuerpo de mujer... Este montecillo de arena, un seno casto y caliente; la curva de una duna coronada de espinos, un muslo suave y redondo.

Digitized by Google

Sueños, sueños... Todo es sueño. Acaso esta tarde, la brisa, el sol que muere, el vuelo de los pájaros, los árboles dormilones, forman todos juntos un dulce sueño gigante de Santocristo el puertecillo.

José Ramón se alza de su lecho playero, se lanza corriendo al agua, nada a largas brazadas entre el mar fresco del atardecer. Desde la punta de la colinilla pedregosa que se hunde en el agua, la brisa le ha traído la ronda de las voces de las mujeres qeu allí conversan: la voz de Gregoria —sombra, llama— la voz de Ana María —plata severa— la voz de Josefina —mañanita adolescente— la voz de otras muchachas, fresca y dulce como la lejana mancha de sus vestidos, como el presentimiento de lo que será el cariño de ellas.

Desde la cumbre de la colinilla pedregosa, las muchachas de Santocristo suelen mirar el mar. Hay pocos galanes en el pueblo y aún en Ciudad Vieja puede advertirse claramente que sólo quedan viejos y niños y que los jóvenes se han fugado hacia los colegios, hacia los salarios, hacia la vida de los centros más poblados: Caracas, Maracaibo...

Se advierte claramente que Ciudad Vieja muere lenta y orgullosamente, con el mote de Capital de Estado en el frente de sus casonas de piedra, como están muriendo muchas viejas ciudades venezolanas.

Las muchachas hablaban de esos pocos jóvenes que viven temporalmente en Ciudad Vieja o Santocristo, mientras esperan el momento de fugarse también. Hablaban, pues, de ellos: del telegrafista, de algún estudiante del Liceo, mayor de dieciocho años, de éste o aquel empleado de la Casa de Gobierno suficientemente joven para ser todavía soltero a pesar de la inmensa mayoría femenina

Digitized by Google

que imperaba en la población de Ciudad Vieja. Con frecuencia hablaban de José Ramón Vargas, del porte elegante del muchacho.

Al grupo habitual habíanse añadido hoy dos nuevas temporadistas: Gregoria y su amiga Ana María Pavón, mujer del comandante Pavón, jefe del batallón acantonado en Ciudad Vieja.

Las muchachas hablaban con esa confianza cariñosa y admirada que tienen las solteras jóvenes para las casadas que las admiten en su intimidad.

—¡Es hijo natural! ¡Un cualquiera! —acaba de decir Josefina Durán mientras contesta el saludo que José Ramón ha hecho desde allá abajo, entre las olas.

Gregoria la ha mirado con mirada de odio, de animal fuerte que se defiende. Ha explicado el caso de José Ramón con ladina habilidad, usando sonrisas y también ironías: José Ramón no era uno de tantos muchachos que nacen de parejas ocasionales o de largos amores sinceros; aunque no hubiera habido acto solemne ante un funcionario ni bendiciones otorgadas por algún cura entre el olor del incienso, ni encajes en el vestido de la novia, ni almidonada pechera del frac ceremonioso, todo el mundo sabía que José Ramón era hijo de Aquiles Vargas, el hombre más respetado de Ciudad Vieja y que el hecho de que el muchacho no fuera mozo de sociedad, bien vestido y con el título universitario dentro del bolsillo, no era razón para despreciarlo.

—Yo ni lo conozco —asegura Marianita Alonso— nunca va a los bailes.

—¡Pero si no lo invitan! —defiende Gregoria.

—Aunque lo invitaran sería lo mismo —insiste Marianita—. Las López lo invitaron la otra noche a una fiestecita. No fué y, después de medianoche, andaba borracho cantando canciones por los callejones del lado de allá.

Digitized by Google

—¿De qué lado, niña?
—Por allá, donde viven las mujeres...
—¿Sí?

Parece a Gregoria que el atardecer hubiera musitado un suspiro junto a su oído. Cuando bajan del cerro, aprovechando un momento, su amiga Ana María —la Paván— musita:

—Te preocupas mucho por el muchacho de Aquiles Vargas.
—Es el escribiente de mi marido.
—¿Y por eso?
—Pues, sí.

Cuando Gregoria oyó la exigencia de José Ramón allá en la iglesia, cuando se vió obligada a aceptarla y se fué a su casa, comenzó a pensar seriamente su problema.

Había buscado a José Ramón, como otras veces a otros hombres, siguiendo, simplemente, sus anhelos viciosos, las necesidades corporales que le habían impuesto las costumbres de su matrimonio. Pensó cómo su cuerpo y su alma, sanos y puros antes de conocer a González, habían ido convirtiéndose lentamente, al lado de su asqueante pareja, en este inquieto nido oscuro de deseos lujuriosos.

Nuevamente recordó el "Bendita sea tu pureza" de su infancia y de su juventud. Recordó su casa de barrio pobre a la orilla del río, cerca del desembarcadero donde atracaban los botes y las barcazas cargados de peces o de rocas marinas para ser utilizadas en las construcciones. Asomada a la ventana de su casita había visto pasar muchas veces a aquel bachiller Temístocles González —Secretario entonces de la Jefatura Civil—. Las miradas del zambo le habían producido rara mezcla de sentimientos:

Digitized by Google

miedo, repugnancia, curiosidad... Se había hecho el noviazgo. Se hizo el matrimonio...

¿Cuándo dejó de existir aquella dulce muchacha asomada a la ventana, mirando las barcas que cruzaban el río? ¿Cuándo comenzó a existir esta Gregoria anhelante que junto a su marido vivía sus repugnantes vicios?... No lo sabe esta mujer marcada en lo más hondo por fiebres y apetitos.

Ahora llegaba el muchacho, virilmente inocente, intentando ser hombre, intentando ejercer los tímidos mandatos de varón. Gregoria la viciosa sonreía. El alma de aquella muchachita que asomaba a la ventana, sobre el río, sus ojazos asombrados, se mezclaba al pozo oscuro del alma de Gregoria la actual, la corrompida mujer del bachiller Temístocles González.

Todos los instintos de Gregoria —los honrados deseos de la mujer, los poderosos ímpetus de la hembra, los ingenuos sueños de la muchachita— se unían en el amplio impulso que la llevaba hacia José Ramón. Tenía que zarandear su vida junto a la honrada voluntad de aquel hombre que le recordaba lo más puro y noble de sí misma. Junto a la noble reserva de aquel serio aprendiz erótico desaparecería la ansiedad de su carne, se rompería la molesta y oscura espina de sus afanes. Sería posible (y un cielo esperanzado brotaba de la mujer) querer, acariciar, besar. Primero, unirse a él hasta los límites del vicio apasionado; luego, la ternura, el cariño, el descanso de la carne asaetada de pavorizantes ansiedades.

La guiaba la voz serena del muchacho, la orgullosa serenidad que daba a José Ramón su primera aventura.

—No en tu casa. En la playa. En Santocristo.

Tenía que hacerlo. Nada le importaba, sino romper la angustia que la dominaba a golpes de placer y tristeza. Tenía que hacerlo.

Digitized by Google

Pensó todos los ardides necesarios para lograr su encuentro con José Ramón aguijoneada por la excitada seguridad que ponen las mujeres al servicio de su voluntad. Gregoria sabía que muchos hombres y mujeres en el pueblo conocían su conducta, como conocían también que el marido soportaba y patrocinaba sus relaciones con otros hombres. Pero había siempre el temor del escándalo agudizando la inteligencia para revisar cuidadosamente todos los detalles que era necesario tomar en cuenta.

¿Quién podía acompañarla? ¿Cuál otra mujer en el pueblo estaba en circunstancias parecidas?... Mordíase la uña pintada pensando. Hacía tiempo no chismorreaba en visiteos; se había apartado de las antiguas amigas y abandonado un tanto las relaciones sociales; no podía meterse en una aventura demasiado loca sin pensar... ¿De quién se hablaba en Ciudad Vieja en estos días? ¿De Rosario López? ¿De Ana María Paván?... Sonrió: Ana María Paván, la mujer del comandante... Comenzó a recordar. ¿Cuándo había oído lo de Ana María? ¿Lo había dicho su marido? Sí, sí. ¿Quién sino él?... Y recordó la frase insidiosa del marido borracho.

—Dicen que la Paván obliga al comandante a cambiar de ordenanza con frecuencia. La Paván gusta mucho de la infantería.

Y allí en Santocristo estaba Gregoria de temporada junto con la Paván, acompañando a las muchachas en sus paseos vespertinos, secreteándose. Ya había estado muchas noches junto al amor de José Ramón.

Digitized by Google

X I

Cuando el grupo de mujeres llegó a la playa, cambiando el senderillo de la colina rocosa por la blanda arena de la orilla marina, José Ramón estaba allí esperándolas, mojado, sacudiéndose las gotas saladas frente a la casa de los Vargas, junto al embarcadero mohoso, verdinegro. Gregoria saludó:

—¿Cómo está, José Ramón?

Y el muchacho acercóse. Fué presentado a Marianita Alonso.

—¿No querrían pasear en bote esta noche?... Habrá luna.

Las muchachas aceptaron. Gregoria afirmó en nombre de todas:

—Por supuesto. ¿Dónde nos encontramos?

—Yo las voy a buscar en el bote de Chuíto Guaregua.

Y se despidieron y quedó José Ramón allí mirando el mar. Algo lo molestaba dentro. Por vez primera en su vida había andado buscando la compañía de las muchachas elegantes. Por primera vez lo verían en el pueblo junto a Marianita Alonso, junto a la linda Josefina Durán, la rubia muchacha, amarilla toda como si fuera su carne de plata quemada.

¡Las muchachas!... Las dulces muchachas tontas, las de la risa y el baile, las de la alegría nerviosa, las de las tristezas sin razón: el grupo chillón, lindo, insustancial, en el cual saltaba la madurez insinuante de Gregoria como centro mentiroso. Entre las risas y las cintas, entre el olor a jabón y a alegría, entre la inocente coquetería, pura expresión dulce de la juventud, estaba ella: madura clave oscura y solemne de toda aquella ronda

Digitized by Google

femenina cuyas voces hacía correr el viento por la comba playera.

Algo molestaba dentro a José Ramón. En verdad, Gregoria era para él la palabra esencial, el nombre único de todas las mujeres. Pero, junto a la risa cascabel de Marianita, junto a la gracia rubia de Josefina, resultaba, en realidad... un poco... José Ramón negóse a pronunciar su pensamiento.

Se alzó de la arena y corrió hacia el rancho playero de Cruz, su madre india. Al cruzar la plazuela vecina, el pastor evangelista Conrad White lo llamó.

—Señor Vargas. Deseo hablar con usted.

Conrad White, el pastor evangélico, contempla hoy el mar. Es ya el atardecer y los líquidos bronces del sol oculto tras el lejano cabo, tienen ternura y suavidad de aceites. Míster White se siente melancólico. Recuerda quién sabe qué playas de su infancia (Virginia acaso, tal vez California) y sueña sobre sus recuerdos.

Míster White ha salido del agua hace unos segundos; se bañó al lado de su mujer y de sus hijos, en la quieta curva que hace un pequeño cabo de rocas. El agua estaba fresca y Mr. White, con su viejo traje de baño desteñido y agujereado, estuvo aboyado mucho tiempo mirando encima el cielo metálico, brillante de brillos desleídos como si la llama de las estrellas estuviera en su esencia.

Mr. White estuvo quieto, acostado en el agua mucho tiempo. Miró el primer lucero cuando estaba todavía tendido sobre las aguas mansas. Grave tristeza, brillante de recuerdos como el cielo de luces crepusculares y donde salta —como en el cielo el fuego de las estrellas maduras— la visión de recuerdos y cosas lejanas, lo invadió. Tal vez Virginia o Maryland; acaso California...

Digitized by Google

Cuando Mr. White salió del baño al lado de su mujer blanca y gordezuela, junto a sus alegres hijos, ya había sombra en el agua profunda y las rocas del cabo desdibujaban su base húmeda en esa sombra. Mr. White, el pastor evangelista, habló a su mujer.

—¡Evelyn!

Y cuando ella le mostró su sonrisa y sus mejillas redondas, ruborosas bajo los rizos que escapaban del gorro de goma, Mr. White el pastor no encontró nada que decir.

—¡My dear Evelyn!

Se vistió rápidamente y ahora está Mr. White mirando el mar apoyado en el barandal de la plazuela.

Le parece que los brillos del sol sobre el océano son sus primeras frases de amor para Evelyn sonrojada... Esta noche, como todos los jueves, habrá reunión de fieles en su casa. Seguramente su sermón será malo. ¿Cómo podrá hablar hoy en español? ¿De qué hablará?... De los disfraces de la sensualidad... "Queridos hermanos: El demonio de la lujuria se pone a veces disfraces y engaña a los hombres. Toma a veces disfraz de tristeza mala..." ¡Oh, no, no!... No puede Mr. White decir cosas esta noche.

Cerca se oyen voces de mujer. El muchacho Vargas habla con ellas. (¿No querrán pasear esta noche en bote? Habrá luna). El brillo del sol sobre las aguas también dice susurros. Esa pequeña ola que se ha roto en la playa ha dicho "Yes, Conrad", con la misma dulce voz de Miss Evelyn Stude.

Míster White se empeña en pensar su sermón: "La tristeza mala que es disfraz de Satanás puede conocerse por sus frutos. Pone pereza esa tristeza en nuestras almas. El evangelio dice: Por sus frutos los conoceréis".

El mar tiembla y habla: "Yes, Conrad, yes Conrad". En la playa cercana ese muchacho Vargas mira también el

Digitized by Google

mar; parece también lleno de la mala tristeza de la carne y del demonio; ahora se levanta. Sería bueno hablar con él.

—Señor Vargas —dice Mr. Conrad White—. Deseo hablar con usted.

—Buenas tardes, míster. Dentro de un rato vengo, ¿sabe?... Tengo que ir a casa de Crucita; tengo que bañarme y vestirme. Pero dentro de un rato vengo, ¿sabe?

—Muy bien, señor Vargas. Yo espero.

—Bueno, míster. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señor Vargas.

Y Mr. White queda apoyado en el barandal de la plazuela, mirando el mar... No; no vendrá el muchacho Vargas. Mr. White quedará solo con sus pensamientos, con la amarga tristeza espiritual que es disfraz del pecado de concupiscencia. No tiene amigos. Las gentes de esta tierra son secas, extrañas.

El mar tiembla y habla: "Yes Conrad"... Es la voz de miss Evelyn.

José Ramón llegó a la casa de su madre la india Cruz.

—¡Ah, Cruz! ¿Dónde está Chuíto?

—¿Qué hubo, José Ramón?

—Necesito el bote de Chuíto esta noche, Cruz.

—¿Ajá?

—Un paseíto.

—¿Ajá?

—Con Marianita Alonso, con Josefina Durán.

—Y con Goyita la de González, ¿no?...

—¿Qué es eso, Cruz?

—José Ramón, no seas pistola.

—¿Cómo?

Digitized by Google

—Aunque yo te parí no soy madre tuya, puede decirse. Pero, ten cuidado.

—Bueno, ¿y qué es, Crucita?

—Nada. Que la gente ve las cosas y no te conviene esa loca.

—¡Ay, Crucita!...

José Ramón mira a su madre despreciativamente, irónico (así lo han enseñado a mirarla) y la madre comprende y enfurece.

—Nunca he sido de esas, ¿sabes? Mi casa es mía, de mi trabajo. Levanté a mis hijos. Tuve mis maridos conocidos de todos. Maridos míos, ¿entiendes? Sin hipocresías, ni escondites, ni cochinadas, ¿entiendes?...

José Ramón mira a su madre, a esa Cruz Guaregua que lo parió. La mira: en ese vientre estuvo; de allí salió su vida; en ese pequeño cuerpecillo redondo, moreno y altanero forjó el amor de Aquiles Vargas a este José Ramón que mira queriendo entender. Ante la furia de Cruz se descubre dentro cariño: está pequeño y amante ante ella como cuando sus labios chupaban la leche maternal.

—¡Pero, Crucita!...

Casi le dijo madre. Había cariño y, con la voz del cariño, con la sustancia de la ternura, cualquier palabra significa madre.

—No sé cómo hay hombres que se acuestan con mujer ajena. Bueno... hombres de verdad... Tú tienes sangre templada, pero la falda de Milita Vargas te apagó. ¡Quién sabe!... Esa...

—Mira, Cruz. Te prohibo...

—¡Qué va usted a prohibir, zoquete!... Esa es carne de santa, de agua tibia. Carne mala, sin sangre.

—¡Está bien! Yo vine a pedir prestado el bote, no a otra cosa.

Digitized by Google

—Bueno. Se lo voy a decir a Chuíto.

Y Cruz —la del coqueto caminar de paloma— se alejó por el corredor enladrillado sonando las chancletas y rezongando sus cosas.

—Mujeres apagadas, de aceite. Que matan a los hombres. Que los apagan y los convierten en cosas tristes. Faldas vacías. Mujeres apagadas.

Ante la puerta semicerrada grita:

—¡Chuíto! José Ramón quiere que le prestes el bote esta noche para pasear la luna con las niñas bonitas de Santocristo.

—También quiero que vengas conmigo para que me ayudes a remar —grita José Ramón.

La voz de Chuíto se oye oscura:

—El bote está a la orden. Pero lo ayudará a remar la mujer de González. ¡Y que se vaya al demonio!

Cruz Guaregua regresa con sonrisa vencedora y satisfecha.

—Ya oíste. El bote te lo llevas, pero Chuíto no te puede acompañar.

—¿Por qué?

—Porque está con su mujer.

—¿Su qué?

—Ah, ¿tú no sabías?... Hace unos días me pidió permiso para traerse a la casa una de Lagunazo. Está con ella. Quiere hacerle un hijo rápidamente.

—¡Pero si Chuíto es un muchacho!...

—Sí. Es menor que tú. Tiene diecisiete años. Pero no ha tenido cerca faldas malas que le apaguen la sangre.

—Adiós —dice José Ramón, e intenta irse; pero la voz y el gesto de la india detienen sus pasos.

—Ven acá —dice Cruz—. Tengo ganas de hablar esta noche. Voy a decirte unas cuantas cosas de una sola vez. Hoy tengo la sangre encendida, más que nunca. Boté a

Digitized by Google

tu padre porque era así, de sangre apagada. Se creía amo, quería dominar con la plata y con el poder y no con la carne y la sangre. ¡Puaj! ¡Qué asco! (José Ramón recordó: el padre Aquiles Vargas usaba las mismas palabras). Quería algo y lo cogía. Pero, nada... Esas gentes así echan a perder todo y... yo no sé hablar, pero odio a esas gentes de arriba. Quiero mi gente caliente, de sangre viva. No te dejes matar la sangre, José Ramón.

El muchacho intenta sonreír.

—Adiós, Cruz; hasta ahora.

Cuando entra a la calle, la luna se le pega a las carnes, encendida como foco de esa sangre viva que Cruz ama.

Bajo la regadera, despegándose del cuerpo la salada sensación del mar, José Ramón piensa sus problemas. No ha dejado de pensar ni un momento en sí mismo desde que oyó las frases de la india. Chuíto Guaregua —el hijo de Cruz y Chico Flores, Chuíto el indio pescador, el de la risa inocente y grosera, su hermano menor, áspero y fuerte— ya tiene compañera dulce y segura, apacible compañera campesina. Chuíto, a quien consideraba todavía como un muchacho grandulón, estaba ya con su mujer en el cuarto, hundido en ella, seguro de hacerle pronto un hijo. Seguro de hacer dentro de su mujer otro pequeño Guaregua áspero y fuerte, otro indiecito de risa inocente y grosera que crecerá junto al mar y será pescador unido a su playa, a su mujer y a su barca.

Mientras se secaba y vestía, sentía muy claro dentro de su espíritu el movimiento de su pensar. Todos ellos: los Guaregua, los Flores, los Malavé, los Figueroa, los Parucho, los Igualguana, todos juntos, clavados en la barca, en el rancho, en el trabajo del mar... Gentes bra-

Digitized by Google

vas, unidas al movimiento de las mareas, a las variaciones del tiempo, a las curvas de las dunas, al crecimiento de los árboles, a las cosechas del maíz y de la yuca, a la reproducción de las lisas y de los jureles... Gente viva unida a su tierra; gente viva dentro de la gran vida de la tierra y del mar; gente luchadora, tenaz, generosa; vidas cercanas a la arena y al sol, a la fruta y al pez, al caracol y al viento fuerte. Gente viva, de buena sangre que no ha apagadado ninguna falda muerta.

La tía Milita... ¿Una falda vacía, pesada, agobiante?... La pobre tía Milita, dulzura eterna, cariño eterno, fina, sensible, amorosa... ¿Tendría razón Crucita la india al referirse a la tía Emilia Vargas?

José Ramón comenzaba a comprender el mundo honrado y violento que representaba su madre india. La vida potente —hermosamente pura y fuerte— que se escapaba de los ranchos playeros, de los cocales que encierran en la dura cárcel de sus frutos dulces pozos, del maizal erguido en verdes batallones airosos, de las barcas que afilan sus pechos contra el mar... ¡Hermosa vida, hermanos! ¡Los Guaregua y los Malavé, los Igualguana y los Parucho!... ¡Hermosa vida, hermanos!

José Ramón hizo el lazo de sus zapatos con gesto bravío, heroico: realmente, esa era la vida que merecía vivirse. Asentarse en la barca, apoyarse en los remos para correr el mar; alzar la vela blanca y atrapar el viento y hacerlo compañero del trabajo; echar el anzuelo y luchar con el pez que despedazará y freirá la madre, la mujer o la hermana para la comida del día.

No pasear a la luna en el bote los deseos —dulzones, sentimentales— junto a una hembra ajena. No acostarse en la arena a descansar el ocio, sino hundir en el grano de la playa el pie trabajador y afianzarse en la carne de la orilla marina para la faena de la pesca halando las

Digitized by Google

puntas del chinchorro repleto de los brillos nerviosos, de los saltos agónicos del cardumen que cayó en la red. No usar el calzoncito de baño sino el rudo pantalón de dril curtido de sal y arena. No sentir en la paz de la playa el viento oloroso a mar sino ahuecar la vela para que en ella anide su empujón y su fuerza. No tomar mujer con fría voluntad poderosa y adinerada, sino luchar por la sangre y la vida de la mujer con la propia sangre viva, con la propia carne viva. Amar y poseer hembras de sangre encendida. No muertas faldas que ponen tristeza y hastío dentro del corazón, sino carne y sangre de mujer hecha amor. Que crezca dentro del amor de ella, ardida en la llama del amor, el hijo de carne y sangre, alzado y violento... Eso la vida: carne y sangre luchadoras y libres.

Frente al espejo, hace José Ramón el nudo de la corbata... ¿Y Gregoria?... A pesar de los deseos y los vicios y la pasión de Gregoria, José Ramón duda. Tal vez ella también sólo falda madura, milagrosa, profundamente acariciadora.

En la mesa, junto a la tía Milita, José Ramón preguntó:

—Tía Milita, ¿tú nunca?...

Y se detuvo; tenía razón la madre india. La tía era pura falda mística y espiritual que apagaba la honda inquietud de su propia carne. Inútil hablar.

—¿Qué dices, José Ramón?

—Nada —suspiró el muchacho— quería decirte que voy a pasear en bote esta noche con Marianita Alonso y Josefina Durán.

El pastor evangelista —Mr. Conrad White— es hombre trabajador. Según cuenta, fué obrero durante algún tiempo en las fábricas Ford de Detroit. Es opinión general en el pueblo la de que Mr. White conoce todos los tornillos de las máquinas automovilísticas por esa experiencia que

Digitized by Google

tuvo en la gran ciudad norteamericana. Las gentes lo admiran curiosamente por su prestigio extranjero pero, además, lo estiman, ya que presta sus servicios de mecánico a los choferes de Santocristo y Ciudad Vieja por módico precio.

Es admirado y bien querido Mr. White el pastor. Trata a las personas con cordial reserva; sabe hablar a los campesinos de sus problemas, de sus cosechas, de las lluvias y las semillas. Por sobre toda otra cualidad, Mr. White es trabajador y los trabajadores —campesinos u obreros— lo miran afablemente y confían en él. Pachú el chofer, el altanero y procaz Pachú (Pablo Jesús Martínez, en confianza Pachú) dice que el pastor no es como los curas, que no vive de limosnas como los curas barrigones y flojos, que es un hombre, amigo de los hombres; dice Pablo Jesús Martínez, alias Pachú, que el pastor habla de zoquetadas del pecado y del demonio, pero que es necesario respetarlo porque es un hombre, amigo de los hombres.

En realidad, Mr. White trabaja muchas noches hasta tarde, bajo la luz de una lámpara de gasolina, arreglando frenos y radiadores y guardafangos de camiones, limusinas y camionetas. Tiene un viejo automóvil asmático y temblón en el que recorre los caminos arenosos y salados de la costa y los sombríos caminos de las montañas cercanas. Ayudado por su viejo automóvil, trabaja y predica. Los jueves dice discursos religiosos ante el grupo de fieles reunidos en su casa de Santocristo. Su mujer canta los himnos. Los fieles son, en su mayoría campesinos de Lagunazo y demás caseríos vecinos. Muy pocos de Ciudad Vieja. Ningún marino. Ningún pescador.

Como hoy es jueves, Mr. White tiene que hablar al grupo de sus fieles campesinos. No es hombre de mucha

Digitized by Google

cultura y el hecho de expresarse en español le causa hoy especial desazón. Porque, en verdad, se siente lejano de esta tierra y extraño a todas esas personas en cuya carne hay siempre sombra de oscuras sangres.

Suspiró pensando que si tuviera alguien a quien decir sus pequeñas angustias sentimentales, se calmaría toda esta desazón. Pero nadie se acerca a él como amigo. No ha venido ese muchacho Vargas, que parece persona civilizada a pesar de su color de indio. Mr. White sale de la plazuela suspirando bajo la primera penumbra de la noche. Tiene que comer pronto y preparar su sermón.

Al terminar de comer dió gracias al cielo por el don del pan cotidiano. La esposa se acercó a su sillón habitual. El hijo mayor dibuja a la luz de la lámpara y la hijita pequeña corretea tarareando un son infantil. Mr. White habló:

—Quisiera silencio. Necesito meditación. No he preparado mi sermón de hoy.

Y queda quieto mirando a su mujer que recoge de una silla sus agujas de tejer, la bola de estambre verde, y se sienta a hacer su labor, mirando a sus hijos.

—Evelyn, tengo pensado hablar hoy del pecado de la tristeza. El hombre se opone a Dios al ser triste. Nos tienta el demonio del orgullo y de la incorfomidad cuando nos dejamos invadir por la tristeza. Pienso más aún: que todas las tentaciones del infierno se esconden tras el disfraz de la tristeza.

Evelyn suspira un poco, atenta a su tarea.

—Tienes razón, Conrad. Debemos aceptar los designios del Señor con alegría. Nuestra única tristeza debe ser la de no haber cumplido estrictamente nuestra obligación.

Digitized by Google

La señora White ha contestado conforme corresponde a la mujer de un pastor; ha dicho lo exactamente correcto; pero, esta noche, sus palabras no caen en el corazón de su marido. El pastor mueve la cabeza negativamente; necesita otra respuesta su alma. No la apacible seguridad de la compañera gordezuela; no la palabra razonada y sencilla de aquella mujer, que es su mujer y también, un poco, su sierva.

Quiere el pastor hoy un grito angustiado y violento que rompa la tela de su tristeza, un alarido de pasión, un aullido de dolor y rebeldía. Apoya la cabeza entre las manos como si suavizara las volutas de su pensamiento, el desperezo de su tristeza.

—Es malo estar triste —afirma en alta voz.

Y la mujer, sierva gordezuela, compañera apacible que teje abriguillos de estambre, responde con certeza inocente:

—Cuando hemos cumplido nuestro deber, estamos obligados a aceptar los designios del Señor. Sin tristezas...

Mr. White va revelando sus ideas:

—Para estas gentes no sirve ese sermón sobre el pecado de la tristeza.

—¿Por qué, Conrad?

—¡Porque no!...

Evelyn —la gordezuela Evelyn— alza la asombrada mirada, luego vuelve los ojos a su tarea ("Bien. Está preocupado Conrad. Ya hablará luego de sus preocupaciones. Ya será consolado el pobre Conrad que trabaja tanto, tanto!") y Conrad la mira: está avejentada Evelyn, avejentada y regordeta, llena de grasa y de pereza; no comprende por qué no debe hablarse a estas gentes sobre el pecado de la tristeza... Y, en realidad, ¿por qué no debe hacerse el sermón sobre la tristeza?... ¿Por qué no?... Porque estos hombres no son tristes... ¿No?... Mr. White tiene sus dudas.

Digitized by Google

Ya están allí, esperando en el corredor los primeros. Gente oscura, de mirada quieta entre los párpados oblicuos. Mr. White piensa que siempre hay recelo, picardía animal en ellos; piensa que lo miran casi irónicamente entre los oblicuos párpados indios. Almas extrañas, escondidas, esperando la oportunidad de una emboscada; almas a la defensiva por si acaso una traición. Rudyard Kipling escribió una vez que no podrían unirse nunca Oriente y Occidente. Esta gente, para Mr. White, sigue extraña, ajena; no ha podido sentirse nunca cerca de ellos. Indios, negros, mestizos. De cualquier manera, gente oscura, de sangre espesa; gente vegetal, quieta; gente que espera traición.

Mr. White chilla en sus adentros gritos de trágico desconsuelo. ("No pensar más. ¡Trabajar! Decir las palabras aprendidas en las propagandas religiosas. Repartir las hojitas llenas de consejos morales. Cantar himnos. ¡No pensar!...") Se acerca a la ventana; hoy es noche de luna, de enorme luna desnuda. Mr. White se vuelve a su mujer:

—Evelyn. Vamos. Comienza.

Del pequeño armonium, bajo los dedos finos de la señora White, brotaron las notas del himno religioso y, mientras los campesinos penetraban silenciosos en el saloncillo, la voz de la mujer extendió sus latines entre las paredes.

El pastor los observaba (todos oscuros, todos misteriosos, dando vueltas entre las manos a los blancos sombreros de cogollo) y sentía crecer su angustia. ¿Por qué estaba aquí ante esta asamblea de tribu india? ¿Guaicoras? ¿Cumanagotos? ¿Caribes?... Tribus, razas viejas, escondidas bajo el traje de dril. Y, entre ellos, un pobre blanco haciendo de director de almas, porque las almas no tienen raza, porque hay que acercar almas a la bondad divina.

Digitized by Google

La voz de Evelyn, las notas del armonium, callan lentas.
—Hermanos —dice Mr. White.

Y habla de la alegría que da el trabajo, de la satisfacción que produce la conciencia del deber cumplido.

José Ramón habló con Vitico Parucho para que lo ayudara a remar. Mientras uno de ellos rema, el otro llevará el timón. Víctor Parucho, viejo compañero, asiente en seguida al deso de Vargas.

—En el bote de Chuíto, ¿verdad?

—Seguro.

Y, uniendo sus esfuerzos, rodando el bote sobre troncos de cardones y sobre la arena húmeda y brillante, han sacado "La Gaviota" desde el cobertizo de cañas que está a la espalda de la casa de Cruz hasta dejarlo balanceando sobre el lento vaivén del agua reposada.

—Brinca tu primero, José Ramón, para que no tengas que quitarte los zapatos. Yo daré el último empujón.

Víctor Parucho se arremanga los calzones, amarra sus alpargatas en el cinturón y sostiene la barca en la orilla de tal modo que la quilla roza la arena. José Ramón salta al bote y luego Vitico Parucho, hundiéndose en el agua, empuja la embarcación y brinca a su vez sobre la borda.

—Pon el timón, Moncho Vargas, ¿con quién es el paseo?

—Con Marianita Alonso, con Josefina Durán.

—Y con la mujer del bachiller González...

—¿Quién dijo?

—Yo te ví esta tarde.

—Pero me viste con varias.

—Sí. Pero Cruz dice que te está gustando la carne vieja; y de esas, la vieja que puede ser para ti es Gregoria la de González.

Digitized by Google

Víctor Parucho mueve uno u otro remo manteniendo así el bote apartado de la orilla; a la vez, se pone las alpargatas y desdobla los pliegues que hizo en los calzones.

—Has debido avisarme más temprano. Hubiera traído los zapatos y un flux limpio. Las mujeres se fijan mucho en estas cosas.

—¡No embromes, Vitico!

—Sí, señor. Así es la figura. Y Marianita Alonso está como una reina.

—¿Enamorado?

—¡No juegue!... ¿Así, de lejos?... El indio Parucho no es de más de zoquete. Aunque el padre de ella no es más blanco que yo. Pero los centavos valen más que el color del pellejo.

La luna, salta del cielo brillante de estrellas, fresca y desnuda como una muchacha que sale del baño. Cuando Parucho saca los remos del agua, los goterones que caen parecen algas de plata. En las ondulaciones del mar bailan las llamas de la luna. Se hunden los remos en el mar ("¡Upa, Vitico! ¡Duro, mi hermano!") y avanza "La Gaviota" con zarpazos seguros clavando su punta en el mar quieto, rompiendo cristales y espejos.

—Déjame bogar yo ahora —dice José Ramón—. Cuando lleguemos casa de las mujeres coges tú los remos.

(Pasa que la india Cruz vive junto a los pescadores, junto a la gente pobre y, tras el cabo rocoso, en otra playa, están las casas con barandal y enredaderas, las quintas de la gente poderosa donde descansan su holganza Marianita, Josefina, Gregoria, Ana María, mujeres con dinero).

Con la mano sobre el timón, gacha la cabeza, Víctor Parucho habla:

—Parece que es tiempo de estar enamorado —dice y José Ramón recuerda como el bachiller González ha ob-

Digitized by Google

servado que ahora (en junio) hay más juicios por violaciones, seducciones y raptos que en cualquier otra época; recuerda el verso de su tío: "Hay un tiempo del año en que toda cosa fructifica y renace..."

Víctor Parucho habla:

—Parece que es momento de estar enamorado. Ya sabes que Chuíto se trajo para la casa a Blanca la de Lagunazo. Yo también pedí permiso a mi padre para traerme mujer para la casa y voy a sacarme a Providencia, la del viejo Evangelista.

José Ramón se asombra:

—¿Cuántos años tienes, Parucho?

—Por el mes de octubre cumplo dieciocho.

—Daniel Guanaguanay también tiene mujer. Dieguito Malavé, Chuíto... Nada más que yo falto.

—Es que tú eres de arriba —dice el otro y José Ramón se desagrada.

—¡No sea tonto, indio Víctor! Bien sabes tú que me parió Crucita; que de donde mismo salió Chuíto Guaregua salí yo. Entre las venas tengo la misma sangre de los demás hijos de Cruz. Mi color es de indio.

—Pero los centavos de Aquiles Vargas te hacen parecer blanco. Nadie tiene la culpa.

A golpes seguros, José Ramón hunde los remos empujando el bote de su hermano —"La Gaviota", blanca y azul, olorosa a pescado, sucia de mar, de arena—. Marcando el envión de los remos rechina la barca. Las espumas que en la proa se forman lucen su encaje a la luna, fresca y desnuda como una muchacha. Y los pensamientos de esta tarde, se repiten dentro de José Ramón: toda su vida ha estado equivocada; aquí, entre estas gentes del mar y de la costa, late bien su sangre; de arena y agua mansa, de algas y caracol, de sal y espuma, de libre trabajo altanero, es la esencia de su espíritu. Nunca ha sido

Digitized by Google

realmente de esa familia Vargas que domina, que impone su querer, que arranca a los demás el amor y la vida, que roba a la tierra trabajada por otros el poder y la riqueza. ¡No! El es de estos otros, de los que trabajan su pan, de los que viven de su propio esfuerzo sobre los botes azules, sobre la arena morena, junto a las sementeras maduras. Vida de carne y sangre, de hombría y de bondad. La figura enérgica del padre parece ahora a José Ramón manchada de odio.

—Yo no tengo plata, indio Parucho. Aquiles Vargas es mi padre, pero yo he sido siempre hermano de mis hermanos, amigos de las gentes de mi pueblo. No de los ricos de Ciudad Vieja.

—¡Ojalá y no te llamen la otra sangre y la plata!

—Nunca —dice José Ramón, como si jurara ante el mar.

La casa donde habían llegado Gregoria y la mujer del comandante Paván era un pequeño palacete de dos pisos, blanco; algo de torrecilla, de ermita, de juguete, lucía la casucha pulida, encalada, frívola a la orilla del mar. Frente a la casa se detuvo el bote y, parado en la popa, José Ramón gritó:

—¡Aaooh! ¡Las del paseo en bote! ¡Ooooh!

En el corredor iluminado se movieron figuras femeninas y florecieron, alegres en la brisa lunera, las voces. En seguida, correteando, atravesaron el retazo playero las mujeres.

—Trajimos la victrola, ¿cómo pasamos?

—Me dan la mano y pegan un brinquito. A la que no se sienta con ánimos de brincar, la carga Vitico y la monta en el bote.

Digitized by Google

—¡Ay! —chilló la señora Paván—. Lo que es a mí me carga Vitico.

—Dame acá la victrola, Mariana Alonso.

Salieron al mar bajo la luna inmensa.

—¿Qué parece la luna? —preguntó Marianita.

—Parece una moneda —dijo la señora Paván.

—Parece el as de oros —dijo Víctor Parucho.

—Parece un tambor blanco —dijo José Ramón.

—Parece una bola de plata —dijo Gregoria.

—Parece una rueda maciza —dijo Josefina.

—Vamos a buscar más cosas iguales a la luna —propuso Marianita—. Un farol, una flor... ¿Qué más? ¿Qué más?

—Una cara de gordo. (La Paván).

—Un queso holandés. (Gregoria).

—Un espejo. (Josefina).

—Aunque sea vulgar, dicen que es el ombligo de la noche —dijo Víctor Parucho y las mujeres rieron diciendo: ¡Jesús! ¡Jesús!

—Parece un huevo de pájaro plateado —dijo José Ramón.

—Más. Más —insistió Marianita. Parece un cascabel.

—Parece una boca —dijo José Ramón mirando a Gregoria y, emocionado, añadió—. Parece una copa de ron.

—¡Ah, no —chilló la Paván—. Así puede parecerse a cualquier cosa. Hay que buscar cosas que se parezcan de verdad. ¡Un dedal, por ejemplo! En este momento me parece un dedal de plata que yo usaba cuando soltera.

—Y ahora que se casó, ¿quién lo usa? —preguntó José Ramón.

Todos rieron.

—Pon un disco, Josefina —dijo Marianita— y vamos a seguir el juego.

Digitized by Google

—Parece una balandra que navega con buen viento en altamar —dijo Vitico el pescador.

—Parece una mujer —dijo José Ramón.

La Paván protestó nuevamente con su chillona voz:

—¡Así no! ¡Cosas parecidas de verdad! Si no yo voy a decir que parece un hombre.

—Pero, ¿cómo puedes tú creer que la luna pueda parecerse a alguien un hombre, Ana María? —preguntó Gregoria, defendiendo a José Ramón.

—¡Ajá! ¿Y mujer sí?

—Es que a los hombres todo les recuerda a las mujeres. En cambio las mujeres necesitamos realmente al hombre de carne y hueso.

—Tú estás loca, Gregoria. Así, que los hombres son los románticos y nosotras las...

De la victrola —asmática y temblorosa dentro de la solemnidad del mar— brotaba a tropezones la canción; una de esas canciones sentimentales que dicen "traidora", "dulce boca", "te quiero pero todo terminó'. Alguien en la playa oyó el canto y silbó llamando.

—Ese es Manuel Ortega —dijo Marianita—. Quería venir con nosotros.

—¡Que vengas nadando! —gritó José Ramón.

Inesperadamente, Josefina habló:

—La luna parece una bala de plata.

¡Ajá! ¡Eso está bueno! —dijo Víctor Parucho— también parece una gota de aceite.

—Una lentejuelo —dijo Gregoria.

La canción triunfo en su lánguido suspiro final. Luego se oyó de nuevo la voz de Josefina.

—En estas noches provoca tener novio —dijo y su voz era susurro sentimental, pequeña queja apasionada.

Digitized by Google

De pronto el viento alzó sus aletazos frescos y forzudos, las espirales de su oscura fuerza. Las mujeres envolvieron sus hombros en los bellos pañuelos de seda (—¡Uy! ¡Qué frío, por Dios!) y la proa de "La Gaviota" hincó su pico en el agua llameante por las llamas azules de la luna.

—¿Hacia dónde bogamos? —preguntó Parucho.

—Sotavento y barlovento, norte y sur, tierra y altamar. Para donde te dé la gana.

—¡Guá! ¡Tú eres el que marca el rumbo!

—Por ahora, el timón dice ¡mar afuera! —afirma rotundo José Ramón y las mujeres alzan gritos pequeños de susto: "¡no muy afuera, José Ramón, no muy afuera"!...

—Vamos hasta la playa de Araira. Nada más que hasta la playa de Araira.

El mar es tembloroso espejo y el cielo, misterio de claridad y hondura. Sumergidas en el azul celeste tiemblan las estrellas como gotas de fuego que se duplican en la oscura lejanía marina. La luna es ella, la grande luna enorme de siempre.

Pronto se acercó el bote a la tierra y navegó a corta distancia de la orilla marina. Poco a poco, la costa había ido cambiando de color y semblante y haciéndose otra su materia. Terminaba el menudo grano rubio, blanco a la luna, y chocaban las olas con una sustancia que, aunque todavía era arena, resultaba mucho más dura y consistente, con tintes oscuros, rojizos, negruzcos, desleídos en la palidez arenosa del conjunto. A medida que avanzaban hacia el este, el suelo hacíase más grodoso y negruzco; un vago carácter ruinoso marcaba con su sello aquella rojiza playa y el mar chocaba rudamente contra la dura sustancia pegajosa de la costa.

Digitized by Google

No era playa aquello, sino comienzo de acantilado, presentimiento de roca, corta pared herrumbrosa que oponía su fuerza a la fuerza del mar. Ya no había dulzura de dunas coronadas de espinos, no ya arena suave de femenina morenez. De ese retazo de la tierra brotaban sombríos sentimientos y el silencio —combatido con dureza por el golpetazo de las olas robustas— era aliento de la áspera costra costeña clavada por negros árboles esqueléticos.

—Da miedo esa playa —dijo Josefina—. Hay que poner otro disco.

E hizo brotar de nuevo la canción.

A poco triunfaron las rocas en el paisaje del mar. El timón marcó de nuevo rumbo hacia afuera. Collares de espuma como cándidos encajes metálicos rodeaban los verdes peñones cubiertos de algas verdinegras.

—Miren hacia abajo —exclamó José Ramón.

Bajo el agua surgió, vívido a la luz lunar, el escenario submarino, brillante y luminoso. Flores mostruosas, estrellas irregulares, castillos, diminutas ciudades, dibujaban sus sombras y sus líneas en el fondo del mar. Asomarse a aquel paisaje era mirar un sueño. Trazos de rosa puro y vivo, de azul brillante, de vigoroso verde se mezclaban con los reflejos plateados que marcaban la arista de alguna de aquellas rocas donde vivían lentos movimientos vegetales y nerviosa presencia animal.

De pronto cruzaba aquella penumbra, donde se diluían fulgores metálicos, la cuchillada del pez enlunado y se movía entre las quebradas sombras de abajo una mancha de algas. En los oídos morían los suspiros apasionados de la desmayada canción: "pervertida mujer a quien adoro..."

Digitized by Google

—¡Qué belleza! —gritó Marianita—. ¡Qué belleza! Bogue, Vitico. Reme rápido. Se pone una enferma si sigue mirando.

—Ya vamos a llegar a la playa de Araira. En cuanto se termine este arrecife está la playa.

Entre tanto, Mr. Conrad White había terminado su sermón. Si es que pueden llamarse sermón aquellas frases que, en loor de la alegría pronunciaba maquinalmente, mientras luchaba con su angustia y se reprochaba a sí mismo por su insinceridad y pensaba que las palabras sin base de fé producen malos resultados.

Concluyó rápidamente, repartió los pequeños folletos de propaganda religiosa y unió su voz a la del grupo que cantaba los himnos.

Cuando por fin se fueron los fieles y quedó solo en el regazo familiar, suspiró profundamente. Entre los balaustres de la ventana, aprisionada como un pájaro de fuego, vivía la luna desnuda. Mr. White habló con desesperada avidez.

—Evelyn. Nos vamos a pasear a la playa un rato. Tenemos que irnos. No puedo soportar hoy estas paredes.

En verdad, lo ahogaban aquellos paredones de barro y cañas, el techo de viguetas oscuras, toda la casa hecha por manos de gentes cuya taciturna y amarga tranquilidad no comprendía, obra viva y quieta de las gentes cuya presencia sin fondo lo desconcertaba.

Estaba rodeado por las existencias innumerables de los venezolanos. Negras manos color de barro habían fabricado el barro de estas paredes gruesas y endebles. Todo en redor de Mr. White tomaba carácter de vida oscura, de carne oscura, de ennegrecido barro hecho carne de hombre.

Digitized by Google

Míster White se angustiaba.

¿La razón de su angustia?... Habría que buscarla. Pero allí estaba ella, la temblona enemiga interior, marcando el ritmo de su pulso.

—Bien. Salgamos, Evelyn. ¡Salgamos!

—Espera. Caridad llevará la lámpara y Junior algo de comer.

—Bien. Bien. Pero pronto. Me ahogo entre estas paredes.

El grupo familiar de los musiúes avanzó por el callejón, arenoso, cruzó ante la casa de Cruz Guaregua (—Buenas noches, señora. —Buenas noches.) pasó ante el cocal de Angel Benítez, cogió el camino que bordea la salina, al lado de los cujíes y de los espinos.

Bajo la luna, la salina era irreal, ilimitada: un plano de blanco fuego lentamente perdido en la sombra de los montes cercanos, apenumbrado junto a los árboles. El ruido del mar llegaba apenas y el olor de las algas podridas descansaba en el soplo de la brisa.

Mr. White sigue pensando en sus cosas. En su brazo se sostiene el peso del brazo de su mujer; ante él corretean sus hijos, Junior y Margaret, detrás camina Caridad, la sirvienta mulata. (Esta noche querría estar solo con los suyos, pero Caridad ha de estar con ellos). La naturaleza encendida y misteriosa, lo domina. Junto a su mujer, unido al grupo casero, va haciendo el camino que bordea la salina; entre el fulgor lunar, la luz de la lámpara pinta reflejos amarillos.

Digitized by Google

A través de un senderillo, entre cujíes y espinos, pasando las dunas, llegaron al retazo playero, colocaron la lámpara sobre la arena y, en rededor de ella, como si fueran adoradores del fuego, formaron su rueda familiar.

Un rato quedaron en silencio y, lentamente comenzó a hablar Mr. White. Habló en inglés, de modo que la mulatona Caridad no entendiera y un poco en parábolas evitando las miradas comprensivas de Junior el hijo mayor. Dijo sus tristezas: cómo se encontraba solo, cómo se sentía inútil, cómo necesitaba un lazo que lo uniera a esta tierra tan hermosa que parecía tomar a veces las formas más atrayentes de la figura satánica; dijo que le horrorizaba como una maldición ver que se perdían sus máximas religiosas en las almas de aquellos hombres oscuros, de sangre pesada y marcada de instintos, que necesitaban de dioses visibles, sensibles, de madera o de imaginación; hombres oscuros que, al parecer, no comprendían con la inteligencia, sino con una misteriosa capacidad sensual e instintiva.

Mr. White habló largo rato y esperó la contestación de su mujer. Tímida, Evelyn habló:

—No logro entender qué te pasa, Conrad. Estamos aquí en una misión que hemos escogido sabiendo que tiene tropiezos y desagrados. Roguemos al Señor para que nos dé fuerzas para seguir en ella y llevarla a buen término.

—Sí, pero...

—Vamos a comer nuestro cake. ¡Junior! El cuchillo.

Comían calladamente cuando, entre la brisa, desde un desconocido punto del mar, les llegaron voces de hombres y mujeres que cantaban y reían. Frases sin sentido, nerviosamente temblorosas, oscuramente vivas, quemaban el aire y la música, frívola y sentimental, iba a anidar en la sombra de los árboles enlunados. Como amarga saeta de

Digitized by Google

angustia y tentación, clavóse aquella vaga llamada carnal en el alma del clérigo extranjero.

—Gente pagana —pensó y las palabras de sus libros, "Babilonia, Sodoma, encarnaciones del vicio", vinieron a sus labios.

——Vamos a cantar también nosotros un salmo —dijo.

—Es José Ramón Vargas, con Marianita y...

—¡Junior! —interrumpió colérico Mr. White —vamos a cantar un salmo contra las tentaciones de la carne.

De la playa alzóse el himno ritual, de lento sonsonete, semejante al canto gregoriano y eclesiástico. Severo, chocó en la brisa con las otras voces que cantaban canciones amorosas. Allá en la barca asombráronse los paseantes del bote y triunfó un momento el canto ritual.

"Señor a ti he clamado. Escúchame. Atiende a mi voz. Suba mi oración como incienso ante tu presencia. Alcense mis manos como en el sacrificio de la tarde. Pon guarda a mi boca, puerta que cierre mis labios. No dejes que mi corazón vaya tras palabras de maldad, buscando excusas a mis pecados como los que obran iniquidad. No tendré parte en las cosas que desean los malvados. El aceite del pecador no ungirá mi cabeza. Porque mi oración está contra aquello que a los inicuos gusta..."

Corría la salmodia de latines litúrgicos sobre la ondulación espejeante del mar. Allá, en la barca de la risa y de las frases eróticas, llegó, como extraña voz solemne, partida en el vaivén del viento: "Domine, clamavi ad te..."

—¿Qué es eso? —preguntó Gregoria— parace una procesión.

—Tienen una lámpara —aseguró Mariana.

—Vamos cerca a mirarlos —prepuso Gregoria.

—Es el pastor protestante con su familia. Con frecuencia se viene a la playa a cantar sus cosas.

—Vamos a mirarlos. Gobierne hacia allá, Vitico.

Digitized by Google

—Suena raro ese canto de iglesia aquí en el mar —observó temblorosa Marianita— mejor nos vamos y los dejamos quietos.

—¿Por qué? —dijo Gregoria— Vamos a cantar también nosotros. ¿Nos vamos a dejar callar con el musiú?

—Es cosa de religión —dijo Mariana.

—¿Y qué?

La voz de Gregoria —grave, metálica— chilló violentamente:

"Besando se vuelve loca
tu boca de corazón.
Y tú no quieres ya
darme ni un beso..."

—¡Jesús, Gregoria! —dijo Marianita.

Pero todos fueron coreando la canción y el bote se acercó rápido hacia la playa. Mr. White lo vió venir sobre él como dragón y demonio, blanco a la luna, cargado de humanos frutos de locura y pasión. El pastor era quien dirigía el canto rezado y su grupo familiar lo seguía con dificultad. "Guárdame del lazo que me han puesto", decía Mr. White, cuando no pudo aguantar más, levantóse de la playa cogiendo la lámpara (desde la barca apareció lleno de luz amarilla, quemado bajo la azulada luz de la luna) y comenzó a caminar.

—Vámonos. Es el demonio,

El grupo se hundió en la sombra de los espinos. El cake familiar quedó abandonado sobre la arena. En el bote, Víctor Parucho habló:

—Saca el timón, que encallamos.

Al tiempo que la proa se clavaba en la arena.

Digitized by Google

Las mujeres discutieron si debían bajar a la playa o no, diciendo esas razones habituales de hora, familia, regaños, etcétera. Bajaron todas: la Paván en brazos de Vitico Parucho, las demás brincando con elegancia y fuerza de mozas. Se tendieron en la arena fresca, cerca de unos cocoteros y dejaron al aire pequeños gritos de alegría y admiración: la luna, el mar, los metálicos cuchillos del cocal, fueron objeto de las frases de las mujeres. Alguien encontró el pedazo de torta que dejaron los White y comenzaron a jugar con él a la pelota. Por fin quedaron quietos.

—¡Un momento de silencio, por Dios! —dijo Marianita Alonso.

Y miraron, sumergidas en éxtasis emocional, el gigantesco misterio de la noche, mezclado con el propio misterio interior.

La noche tropical, llena de estrellas, de ruidos y de movimientos, no es simple espectáculo que pueda observarse con apacible mirada de espectador; avasalla, esclaviza con su peso, y, a la vez, no está fuera sino que brota de la inquietud humana, de los temblores del instinto, de los pozos ocultos del alma, de la ondulación de los nervios, de la tensa atención mental.

Ana María Paván mira el mar deshilachado, bordado de espumas y luna, mira el verdoso bronce estatuario que es Vitico Parucho y siente en el vaivén del mar la propia fuerza interior de su deseo. Los ojos de Gregoria brillan tanto por la luna que abrasa el cielo como por la otra candente luna que, allá en su adentro, es centro vital de su existencia; parécele que el mundo llama a José Ramón y es la voz de su silencio la que el mar y el viento vierten sobre el playón desierto. Marianita Alonso siente en su cuerpo el roce de la noche; están vivos para ella la sombra del cocal y la suavidad de la arena fresca y blanca; su

Digitized by Google

propia mano cae sobre sus pechos como si fuera extraña mano que la aprisiona y conmueve. Josefina Durán desmaya su pensamiento, delicadamente romántica, y mira el cielo repleto de divinas tristezas, desazonado de estrellas, como si dijera susurros junto a su corazón. José Ramón, junto a Gregoria, sabe que no es necesario decir nada, que está dentro de la mujer, abrazándola total y definitivamente con el solo contacto de su mano sobre la mano de ella; míranse y sus noches se confunden. Vitico permanece lejos de todos, a la orilla del agua, desnudando su carne sombría, su silueta de bronce verdoso, sobre los rotos espejos del mar; pero, dentro de la presencia de la noche, siente los ojos de Ana María Paván y los sentimentales deliquios de Marianita y de Josefina.

Todos miran silenciosos, abandonados al ruido del mar, al respirar del mundo vivo y candente bajo la noche, vivo y candente dentro de cada uno de aquellos seres nocturnos y enlunados.

De pronto, la voz de Vitico Parucho se une al hondo movimiento de la noche:

"Estando asotaventado
y esperando de la costa
terrales que siempre soplan
por una casualidad..."

Canta con dejos de llanto, con altos gritos de desolación, con apagado sonsonete de desgana y tristeza; su voz es ruido sin carácter a veces y, en seguida, vibrante mensaje de poder y dolor.

"Voy confundido en el mar
y, aunque mucho sé nadar,
en el agua no me paro.
Es triste y aventurado
el marinero en la mar..."

Digitized by Google

Pasa de una a otra canción como si, en realidad, quisiera expresar cosas que apenas van unidas a las palabras; cosas que, tras las palabras, esconden a medias su significado y su color.

"Pinto diferentes cosas.
Pinto claveles y rosas
y dibujos en la playa.
Pinto la rica esmeralda
de color exorbitante.
Tenga o no tenga razón
el marino es un diamante..."

Calla luego; se echa en la arena. Como si suspirara, canta su último verso:

"No se ha visto en realidad
una calma tan hermosa..."

Y queda quieto su bronce verde sobre la arena incendiada en las brasas de la luna. Mirándolo, Ana María Paván se quema y tiembla. La arena de las playas de su instinto arde enlunada en sus granos. Golpes de oleajes apasionados golpean su voluntad.

Ante el palacete coqueto y encalado, la barca durmió sus bríos. Del barrio elegante de Santocristo apenas venía uno que otro murmullo. Las muchachas se asustaron por la tardanza que suponía tal silencio y Gregoria las tranquilizó:

—Las dos señoras acompañamos a las niñas y luego regresamos. No se preocupen.

Mientras hablaba miraba con intención a José Ramón y, cuando se fueron, el muchacho habló a Vitico.

Digitized by Google

—Las mujeres vuelven.

—¡Ay, mi hermano ¡Tan buena noche para una mocita y tener que regalársela a estas viejas!...

—¿Qué más quieres, Vitico?

—¡No juegue! La Paván está buena para un sancocho, si acaso...

A poco, las mujeres regresaron emocionadas.

—No encontramos a nadie.

—¿A nadie?

—A Lino el bobo, solamente.

(Siempre ha existido en Santocristo ese bobo alocado de los chillidos a la luna y de las carcajadas. Ahora se llama Lino).

—Bueno, Lino, además de bobo, es mudo.

—Aunque hable, aunque diga lo que le dé la gana —dijo la Paván y se echó en los brazos de Vitico Parucho.

—Ustedes se van por tierra —dijo el indio.— Nos encontramos más allá de la casa de Cruz. Donde Chuíto Guaregua tiene colgado su chinchorro.

La luna fué diosa.

En el oscuro fondo de las noches que ocultan la vida humana, su redonda pandereta quemó la imaginación de las gentes y la lengua humana inventó historias y dijo a la luna tiernas palabras de amor y vasallaje; la hizo mujer —madre y amante divina— reina de extrañas posibilidades, regidora omnipotente de los hombres.

La luna fué diosa.

A través de los hilos metálicos de su luz, las miradas humanas se hundieron en el misterio eterno y retornaron a la tierra empapadas de miedo, de amor, de respeto. Los hombres entrevieron cómo las yerbas se mueven al influjo

Digitized by Google

de ella la diosa; cómo las flores abren sus pétalos y desperezan en la entraña vegetal la puertecita del gineceo, siguiendo las leyes de la luna; entrevieron cómo el mar la obedece y cómo los animales sienten, bajo el influjo del espejo lunero el despertar de su celo; entrevieron cómo las mujres dejan cada mes su ofrenda de dolor y de sangre ante la señal de la luna.

La luna fué diosa.

Algunos humanos fueron víctimas de la locura lunar —venganza amorosa y cruel de la diosa— y enseñaron cómo la luna rompía sus voluntades y les dejaba libre el torrente angustiado de sus voces sin guía, como apretada explosión de viejos ecos apenas olvidados. Los hombres conocieron el nacimiento de los seres —peces, moluscos, yerbas, corderos, niños— bajo la luna y supieron sembrar, criar y procrear siguiendo la marcha lunar, sus fases pulcras y exactas, su filo y redondez, fijos en sus días.

La luna fué diosa.

En la noche de los milenios, cuando el hombre comenzó a separar el mundo de sus sensaciones; cuando conoció el perfume de la rosa como cosa distinta al recuerdo del pétalo, cuando supo que el viento trae a veces olores de cosas que no existen; cuando entendió el gesto de las tardes, la dulzura de la nube y el fresco roce de la mirada de una mujer amada; cuando se creó el mundo del alma recién nacida, amarrada al instinto... Entonces, la luna fué diosa.

Y, noches hay en las que retorna el astro a su vieja persona poderosa. Vive de nuevo y acerca sus labios a la carne de los hombres. Les sorbe la voluntad y el juicio, se apodera de ellos, los aprisiona en sus lazos sutiles, los revuelca rompiendo la oscura profundidad de sus almas con mil cuchillos de plata. Los hombres obedecen sus leyes; reman con fuerza; lanzan sus barcas

Digitized by Google

hacia playas donde les esperan mujeres en cuyas entrañas arden mil lunas de fuego inextinguible...

Así fueron José Ramón y el indio Víctor aquella noche hasta la playa donde Chuíto Guaregua —hijo de Cruz, hermano de José Ramón— tenía colgado el gran chinchorro de sus pesquerías.

Desde lejos, en el mar, se miraba la playa como pedazo de plata rodeado por la sombra de los árboles. Era aquella playa boca de la salina; por ella avanzaba el mar algunos días hasta anegar el vallecillo interior donde se purificaba y unía a la tierra para formar el prodigio luminoso de la sal hecha esencia de la costra terrena.

Aquello, mirado desde el mar, era quieto incendio. Uníase el brillo del mar a la playa y la playa, escurriéndose entre dos montones sombríos de espinos, manzanillos y cujíes, desbordaba su pureza metálica en el espejo de la salina.

Sobre el fuego playero, sostenida en duras varas de cují, se extendía al viento la red morena del tren de pesquería de Chuíto Guaregua. Sus hilos, a la luna, formaban el más delicado encaje que puedan mirar ojos humanos.

—Vamos a meter el bote bajo el chinchorro, junto al bote de Chuíto —dijo José Ramón.

Las mujeres llegaron cuando ya los muchachos terminaban su tarea; llegaron terriblemente miedosas.

—El bobo Lino nos ha seguido los pasos —dijo Gregoria.

Digitized by Google

—Tengo miedo —dijo Ana María.

—¡Pero si es mudo!... Aunque sepa no podrá decir nada.

—Estas noches de luna ponen así a los locos. Lino andará toda la noche corriendo los callejones de Santocristo y echando risas por todas partes.

—Los locos y los que no son locos brincan y corren y gritan con esta luna —dijo Gregoria.

Y la luna los hundió en el reino del fuego inextinguible durante muchas horas. Sobre ellos el chinchorro pesquero de Chuíto Guaregua —la gran red morena del tren de pesquerías— era encaje de locuras, irreal pasión de anhelos brillantes como peces de luna.

Dicen que la Historia se repite. Que cada acto humano copia otro gesto guardado sin olvido por el tiempo; que el movimiento de las manos de esa mujer (ese algo de gaviota que tienen sus manos cuando saludan al amor) se hizo ya en el pasado y produjo el instintivo zarpazo en unas manos de hombre hace ya muchos años, tal como hoy de nuevo; que el modo de la señora White al soplar la lámpara de gasolina es igual a otro gesto de abuela conservado en las conciencias a través de mil delicados lazos que resisten el peso de los siglos.

Hace unos cuantos años —quince tal vez, no muchos— el loco del pueblo se llamaba Cheché y era moreno, con su montoncillo de pelos en la punta del mentón. ¿Qué se hizo Cheché? ¿En cuáles callejones de qué pueblo, en en cuáles desiertas playas espinosas lanza sus gritos y sus carcajadas? ¿Murió acaso en algún polvoriento camino costeño y comieron su carne los animales que gustan de la carroña y de la podredumbre?...

Digitized by Google

La verdad es que hoy se llama Lino el loco bobón y achivado de Santocristo: indio cuyos nervios perdieron su tensión bajo la piel oscura, cuyos ojos vidriosos miran desde muy lejos, cuya risa corre sobre los techos como llamada de cosas que han querido olvidarse.

Cheché —el de hace quince años— hablaba, sabía decir sus obscenidades entre gritos y goterones de baba espesa. Este Lino de ahora es mudo; sólo sabe lanzar el áspero graznido de sus carcajadas que corren sobre los techos en ancas de la brisa. Produce asco ese algo de lechuza febril que tiene su risa. "Ahí va Lino el idiota", dicen las gentes, y sienten el calofrío de los contactos pegajosos. Ese graznar de sus carcajadas trae reminiscencias de momentos que se creyeron muertos; tal como si los actos del idiota pusieran ante los ojos de los demás insinuaciones instintivas, alaridos y movimientos de animal.

Hace unos cuantos años —quince tal vez, no muchos— Cheché el bobo encaminó sus pasos a la playa y encontró en ella el cuerpo desnudo de Cruz Guaregua. Hoy —en noche de diosa Luna emperadora— también se fué Lino el idiota hasta la orilla de la mar. Tras las mujeres, decididas a vivir su aventura lunera, siguieron los pasos tambaleantes de Lino y el flechazo animal de su risa las aguijó.

¿Miró, sospechó o supuso el mudo idiota el fogoso secreto que se desarrolló bajo el encaje de la red de Chuíto?... El caso es que lo contó.

José Ramón había tranquilizado a Gregoria en la noche recordándole que Lino era mudo. Sin embargo, el idiota habló con gestos precisos y dijo a todo el mundo el rapto momentáneo de las señoras y describió certeramente las figuras de los personajes.

Cuando José Ramón pudo mirar al tonto, torpe y mudo como payaso trágico, repitiendo ante el grupo de reidores

Digitized by Google

la pantomima de la incidencia erótica, sintió en su pulso la fuerza de la ira. ¿Por qué entraba en su vida aquella figura pintada en colores de instinto, haciendo piruetas, risas, brincos en el fondo de la noche enlunada?... ¿Qué burla trágica e imposible de vengar fingía el balbuceo de Lino, sus gestos obscenos, sus asaltos de animal encolerizado e irónico?...

Herido —altivo sí, pero hondamente herido— José Ramón fué a esconderse en algún sitio del playón desierto a pensar... La terrible carcajada de un idiota marcaba siempre los instantes de mayor importancia en su vida. Desnudando los dientes en grotescos hipidos babeantes la risa de Cheché había hecho de él un Vargas, habíalo apartado de su madre india. Con risa de sarcasmo vicioso, el bachiller González manchó su primer encuentro con el cuerpo de Gregoria. Ahora, la carcajada de Lino, el graznido fatal del mudo loco, interrumpía de nuevo su anhelo de Goyita.

Le pareció que su vida estaba hecha por idiotas, rota y remendada por manos de imbéciles con brillantes hilos de locura, con agujas metálicas y llameantes tan inútiles para la labor como la inútil mirada metálica y llameante de Lino, graznando su risa frente al mar de Santocristo.

Digitized by Google

Digitized by Google

TERCERA JORNADA

Digitized by Google

Digitized by Google

XII

"Los Estados Unidos de Venezuela. En su nombre, el Juzgado de Primera Instancia en lo Penal de Estado..."

Tenía delante varios expedientes que debía copiar en el Archivo del Tribunal, pero le era casi imposible trabajar. Lo dominaba la más absoluta de las tristezas.

Hojeaba los expedientes, leía las confesiones y luego dejaba otra vez los cuadernos: el caso del ladrón Valenzuela —un muchacho flaco, pequeño, presumido, de bigotillo fino y sombrero sobre la oreja— seis meses de prisión por haber robado latas de mantequilla y botellas de ron en el almacén donde trabajaba; el juicio contra Luis Trujillo por accidente automovilístico, absolución; juicio contra Melecio Campos, por homicidio: defensa propia, absolución; juicio contra Benito Ledezma, por seducción y rapto: dieciocho meses de prisión; juicio contra Marcelino Salazar, por homicidio: doce años de presidio y las accesorias de ley.

Todas las sentencias debían tener esa muletilla de las accesorias de ley... ¡Las accesorias de ley! . ¡Qué tonterías!... Lo grave era realmente que el pescador Marcelino Salazar —violento, de alegre vida libre— estaría encerrado entre las paredes del Penal y soñaría con playas de oro y azules mares, con pájaros marinos y caracoles rojos, con pechos de mujer, redondos y puros como la más hermosa duna.

Digitized by Google

José Ramón estaba atrasado en el trabajo y no tenía ganas de hacerlo. Ese Benito Ledezma, a quien habían arrancado del lado de su mujer en el juicio por violación y rapto, decía en su declaración que la culpa de todo la tenía el Jefe Civil... ¿Mentira o verdad?...

El peón ganadero que guiaba sus hatajos por los polvorientos caminos, se había atrevido, tal vez, a enamorar a la muchacha en quien tenía puestos ojos y deseos la pequeña autoridad del pueblecillo. Tal vez había llegado al pueblo Benito Ledezma con la tonada triste e irónica entre los gruesos labios cansados. (Una de esas tonadas llaneras que apenas se cantan, como si fueran recuerdo e insinuación, nostalgia del rancho, a orillas del camino, donde fueron oídas por primera vez).

Adornado con su canción, envuelto en ella como en blanda cobija de tristezas amargas y altaneras, llegó —tal vez— a poblado Benito Ledezma el peón ganadero. En la puerta del rancho, Encarnación florecía y sonreía. Tal vez, se escapara de los labios del hombre la copla intencionada.

"Boquita de caña dulce,
¡quién te pudiera besar!..."

Y un hombrecillo pequeño a quien decían coronel, quien se llamaba a sí mismo autoridad, velaba los labios de Encarnación y quería romper la sonrisa de la muchacha, convertida —para él— en sollozos y en lágrimas.—

El Coronel Autoridad tal vez enfureció al saberlo: la muchacha que florecía como enredadera de pasión en el portal del rancho fué a unirse con el peón ganadero que silbaba y cantaba retazos de canciones como recuerdos de suspiros a lomos de su caballo...

Digitized by Google

José Ramón mira sobre la mesa los expedientes. ¿Con cuál comenzará?... Le desagrada hoy ir extendiendo palabras sobre el grueso papel, escribiendo razonamientos de Temístocles González.

¡Porque era Temístocles González quien juzgaba los actos de Marcelino Salazar, de Benito Ledezma, de Martín Valenzuela, de Luis Trujillo, de Melecio Campos!... La vida sufrida, dolorosa, tenaz, de los hombres de Venezuela era mirada por el zambo Juez y catalogada entre los artículos del Código!...

Si Benito Ledezma se llevaba a una chica en las ancas del potro, el bachiller González condenaba. Si Martín Valenzuela robaba latas de mantequilla y botellas de ron, el bachiller González condenaba. Si Marcelino Salazar alzaba ante el patrón su ira y hacía de la piedra un envión poderoso de venganza, el bachiller González condenaba.

¿Y quién juzgaba la podredumbre del zambo ensuciando de pústulas el alma de Gregoria?...

La furia del ataque de Marcelino Salazar, rompiendo con un golpe de roca la vida de otro hombre —aquella rabia de siglos hecha fuerza del brazo homicida— era más humana que la sucia suficiencia doctoral del zambo Temístocles. Libre y humana la ira; podridos y esclavos los jadeos del zambo vicioso que había manchado para siempre la vida de Gregoria.

Los pensamientos de José Ramón embarcaron su violencia en el recuerdo de la mujer. Esto fué lo que pensó:

El tigüitigüi es un pájaro de las playas, de la arena mojada por las olas, de la espuma marina. A la orilla

Digitized by Google

del mar corre chillando y mueve las alas aflechado sobre la arena lanzando su grito afilado y arisco: ¡tigüi!, ¡tigüi! Es pájaro del borde oceánico, saltarín y payaso que brinca sobre el húmedo labio marino y come desperdicios menudos del oleaje.

El chigüichigüi es una fruta. En racimos de fuego cuelgan entre las ramas los chigüichigüis amarillos, rojos, peludos. Su sangre pica en la garganta; los pelos de su cáscara pinchan los labios de quien los come.

El chipichipi es un molusco. Hundiéndose en las arenas de la playa, removiendo los granos arenosos que forman la playa con el hermoso movimiento recio de sus piernas, las mujeres hacen salir de sus escondrijos a los mínimos caracolillos que son los chipichipis. Después —en la ciudad, en el pueblo— la sopa y el arroz con chipichipi conservan todavía el peso y el sabor de las arenas húmedas de la orilla del mar.

Para José Ramón, Gregoria es como el tigüitigüi: arisca y chillona en el amor, ofreciéndose y negándose siempre como el pajarillo playero ante las olas. "Es como el tigüitigüi", piensa José Ramón y, quedamente, entre las sombrías paredes del Juzgado del Crimen lanza el grito (¡tigüi!, tigüi!) del emplumado bailarín de las arenas y queda esperando, como si la mujer hubiera de responder a su reclamo. A veces las olas atrapan a los tigüitigüis; como una ola, caerá José Ramón sobre la vida de Gregoria.

Ella, también es fogosa como los chigüichigüis: fuego por dentro y su carne también aura de llama amarilla con marca de sangres caribes y cumanagotas. Produce calor y pasión lo mismo que los chipichipis despiertan los instintos y hacen buscar el amor.

Pájaro, fruta, caracol: Gregoria. Traviesa, madura, encerrando en la concha del vicio su esencia de violento sabor oceánico.

Digitized by Google

Por los corredores de la Casa de Gobierno sonaron los pasos recios de Aquiles Vargas y el viejo hombrón se detuvo en la puerta del Juzgado. Tras él, la figura de Temístocles González pesaba con peso de miedos y sus ojos daban vueltas entre los párpados sin encontrar asiento de serenidad. La voz de Aquiles Vargas sonó metálica:

—¡José Ramón! Ponga su renuncia como escribiente. Lo espero en casa inmediatamente.

Por los corredores de la Casa de Gobierno se alejaron sus pasos.

—¿Renuncia? —preguntó azorado, Jose Ramón.

Y el bachiller fué quien contestó, intentando recuperar su habitual solemnidad:

—Sí. Yo mismo hablé con su padre. El señor Presidente del Estado tiene un candidato para ocupar su puesto.

—Está bien —y la letra elegante de José Ramón, la misma que copiaba sentencias en el Archivo del Tribunal, escribió las palabras que le parecían en ese momento la más absurda sentencia condenatoria.

—Puede cobrar hoy mismo los días que ha trabajado en esta quincena —dijo el zambo Temístocles y, dirigiéndose al Secretario—: López, mande oficios al Secretario General y al Tesorero, diciendo que se ha nombrado a Luis Mendoza escribiente del Tribunal.

Mientras caminaba hacia su casa, José Ramón pensaba amargamente en la decisión paterna.

¿Qué pretendía el viejo Aquiles? ¿Dejarlo sin dinero? ¿Castigarlo en esa forma tonta?... No; no eran cosas propias del viejo. Seguramente había sabido en la calle, seguramente habían contado el escándalo playero. ¿Habría buscado Temístocles González esa venganza ridícula?

Digitized by Google

¿Habría exigido al padre el zambo juez que impidiera los amores de José Ramón y Gregoria?... Tal vez el zambo había exigido... Pero, ¡no! El viejo Aquiles Vargas no era hombre que permitiera exigencias al bachiller González.

Angustiado, José Ramón hacía lentos sus pasos, retardando el momento de oír las órdenes paternas. En su interior era ya mandato, ley, miedo, lo que iba a decir el padre. Niño, muchacho sin voluntad, su alma temblaba angustiada, temerosa de su propia debilidad.

Por fin entró a la casa, al ancho zaguán fresco de olor frutal, tiró del pesado portón, llegó al corredor rodeado de helechos, de cantos de canarios que destrenzaban su repiqueteo entre las jaulas de alambre.

Balanceándose en el viejo mecedor de caoba —el rosario de Tierra Santa entre los blancos dedos flacos— la tía Milita lo esperaba. Su voz de cariño, la eterna voz llegada de la influencia, quebrada en inflexiones de sollozo, lo llamó.

—¡José Ramón! ¿Qué has hecho?

El muchacho se acercó. Las pálidas manos de la tía, aquellas manos de santa donde la flacura tomaba carácter de mística serenidad, se extendieron hacia él, lo obligaron a sentarse en otro mecedor cercano, se enredaron en sus cabellos con aterrorizada ternura. No dejaba el rosario y, por ello, la cruz y las cuentas devotas rozaban también a José Ramón. La voz temblaba.

—José Ramón, ¿qué has hecho?...

Dentro de él, la ternura y la emoción mezclaban sus congojas haciendo fatal nudo de emoción.

—¿Qué pasa, tía Milita? ¿Por qué te viniste de Santocristo?

—¡José Ramón, por Dios! ¡Esa mujer!

—¿Qué pasa, tía Milita?

Digitized by Google

—¡Esa mujer, por Dios

En la puerta de su cuarto apareció el viejo Vargas, su cara partida de arrugas, su amplia frente marcada por los años y por la recia expresión de voluntad.

—Venga, José Ramón —dijo y desapareció tras las hojas de la puerta.

Cuando José Ramón entró, Aquiles Vargas, sentado a horcajadas en el blanco chinchorro, cerrados los ojos, arisco el gesto de las gruesas cejas, ordenó sin mirar.

—Siéntese.

Y pasó un rato de silencio dentro del cual José Ramón descifraba penosamente la expresión de aquel rostro adusto, sin llama de miradas, reciamente preocupado.

Al fin, habló el padre:

—¡No pensé nunca!... ¡No pensé nunca que iba a estar mezclado mi nombre otra vez en historias de idiotas y mujeres desvergonzadas. No pensé nunca que el hijo mío andaría junto con la porquería de Ciudad Vieja, con lo más asqueroso del montón de pus de mi pueblo.

Alzóse del chinchorro, abrió los ojos, miró a José Ramón cara a cara. Entre los párpados le brillaban dos fogosas piedras azules, enfebrecidas de ira y desconsuelo, de cariñosa lástima rabiosa. Continuó:

—Los Vargas dominaron una vez esta tierra. Todo era de ellos; hasta la carroña humana que los rodeaba. Estamos obligados a seguir siendo amos. La tierra y las gentes nos lo imponen como único deber nuestro. Sí: la tierra y nuestra gente; gentes de los Vargas. Porque somos también de esta gente y de esta tierra. Amos y señores de ellos, tanto como ellos son siervos nuestros. Es un privilegio y un deber. Estamos obligados a seguir siendo

Digitized by Google

amos de esta tierra, a hacer nuestro cada día todo lo que nos rodea.

Detúvose un momento, buscando la exacta expresión del pensamiento.

—Cuando los Vargas buscaron unirse a gente extraña, cuando tomaron mujer, la marcaron con su sello. ¡Siempre así los viejos Vargas, los auténticos!... Algunos se mancharon, se apartaron del centro de su poder. abandonaron a otras manos la tierra, dejaron que crecieran otros poderes y que les arrebataran el dinero y el mando. La gente esclava buscó otros dueños y así se perdió nuestra provincia. Los esclavos no pueden tener esclavos. Hay que ser amo para mandar este cochino montón de esclavos de Ciudad Vieja. Los Vargas son los únicos que pueden ser dueños, los únicos capaces de mandar. Algunos de ellos también se corrompieron mezclándose al montón de los esclavos. Y Dios los castigó y les quitó el poder. Ellos mismos no querían poder, ya no mandaban; gozaban de la porquería esclava brincando y bailando con sus antiguos siervos.

Las piedrecillas azules de los ojos endurecían su mirada; Aquiles tomaba gesto de profeta antiguo; miraba como desde lejano plano heroico y dominador. Decía "los Vargas" en tono bíblico, autoritario, *por la gracia de Dios.* Suspiró un momento y continuó en seguida:

—Por ahí anda borracho ese Ramón a quien le dicen poeta; allá en Caracas anda Eduardo Vargas adulando a cualquier negro Ministro, arrastrándose, buscando amo nuevo cada día. ¡Sí! ¡Todo eso es verdad! Pero quedaba todavía un grupito de Vargas decentes que defendía el último retazo de poder y de fortuna... El jefe de ese grupo soy yo. Emilia es una santa y toda una señora Vargas también... Tú entraste en el grupo. Yo te metí. Creí que la india Cruz podía parir un buen Vargas a

Digitized by Google

pesar de que es una india cualquiera... Parece que me he equivocado!

El corazón de José Ramón destilaba en el pecho su angustia. La figura del padre, siempre enérgica, siempre altanera dominadora, mostrábase ahora absurdante herida, dolorosa. Si hubiera sabido discutir al viejo, le hubiera dicho, con sinceridad, que no comprendía dolor tan hondo y profundo. Como si escuchara, Aquiles Vargas respondió:

—No repruebo el hecho de que tengas amores. No es eso. Bien puedes acostarte con cualquiera o casarte con mujer joven y blanca o buscar aventuras propias de hombre. Lo que no comprendo es que, habiéndote criado como Vargas, hagas escándalo y provoques que pueda dirigirse a mí el negro Temístocles González, como si yo fuera igual a él.

Se levantó del chinchorro caminó una y otra vez el reducido cuartucho.

—Es imposible. ¿Será tan fuerte la mala sangre de la india Cruz que vale más que la que heredas de mí? Es imposible. ¿Y los consejos de Emilia?... ¿Y mi ejemplo?... Es imposible. Una sola vez anduve con mujer públicamente: cuando vivía con Cruz Guaregua. De ella te saqué y me separé luego contigo para siempre. Por mantenerme en ese plano de dignidad he logrado sostener el poco poder que tenemos, ¿entiendes?... ¿Crees que parrandeando por las playas en amistad con indios marineros se sostiene el respeto de los esclavos de Ciudad Vieja?... Ellos quieren arrebatar a los Vargas lo poco que les queda; quieren vengarse del poder que siempre hemos ejercido sobre todos... ¡Y tú les das ocasión de reírse, de decirme a mí que debo velar por el honor de las familias de Ciudad Vieja y por la decencia de las costumbres!... ¡Que se hundan todos en la porquería donde siempre han vivido!... Pero que los Vargas se

Digitized by Google

mantengan limpios sobre la cochinada de los esclavos... Fuimos señores de esta tierra y estamos obligados a seguir siéndolo... No volverás a ver a esa mujer. Vete y piensa en lo que te he dicho.

José Ramón —la cabeza inclinada sobre el huracán de su pecho— salió.

Atravesó el corredor sin atender al gesto de llamada de la tía y se encerró en su cuarto. Dentro de él, su pensamiento era oleaje de encontradas pasiones. Unas tras otras llegaban a su cerebro imágenes incompatibles, contrarias. Entre todas, dolorosamente atacada por las palabras del padre, se afirmaba la deseada imagen de Gregoria.

¡Gregoria! ¡Gregoria! ¡Goyita!

La que brincaba y chillaba al borde de su instinto como los tigüitigüis en la orilla del mar, la que daba sus frutos de llama y pasión entre la fuerte ramazón del amor como maduro racima de chigüchigüis, la que se encerraba en conchas de maldad y, de pronto, daba su esencia afrodisíaca donde se mezclaban vida y podredumbre del mar.

¡Gregoria! ¡Gregoria! ¡Goyita!

Molusco, pájaro o fruta, la pasión de Gregoria estaba firme en él, a él aferrada, viva y quemante como racimo colgado en las ramas del alma; haciendo temblar el alma como si en ella se hubiera detenido el vuelo de un gran pájaro; sostenida en la base del alma como ávida ostra o hundida en el arenal del instinto como chipichipi embrujado y sabroso.

¡Gregoria! ¡Gregoria! ¡Goyita!

Furiosamente presente, se adelantaba la imagen de la mujer tapando toda otra idea, sorbiendo todos los zumos espirituales de José Ramón, opuesta a las razones del

Digitized by Google

padre, con fuerzas suficientes para contrarrestar las órdenes paternas. José Ramón se afirmaba en sí mismo: no podía abandonar el contacto de aquella mujer; su vida toda, impregnada hasta los tuétanos de la pasión de Gregoria no podía quedar vacía de pronto, sin objeto, sin materia, sin fondo.

¡Gregoria! ¡Gregoria! ¡Goyita!

El padre hablaba de esclavos y señores, de podredumbre y de vida limpia. Para él, los señores limpios eran los Vargas, los esclavos podridos todos los demás. Se sublevaba Aquiles Vargas ante el posible hecho de que pudiera considerársele semejante a los cerdos de la piara que se revolcaba en la pocilga de Ciudad Vieja y José Ramón sentía igual al viejo: le desagradaba corporalmente saber que existían el judío Santana y el doctor Rodríguez y el borracho Agudelo y el zambo corrompido Temístocles González. Siempre había sentido esto así, con la misma íntima repugnancia que su padre expresaba siempre que podía.

Pero hoy, José Ramón estaba sostenido por la pasión que su padre condenaba. El muchacho razonaba: era precisamente esa gente que presentaba ante todos el envenenado pozo maldito de su mugre interior, la que estaba más cerca de los Vargas, la que acompañaba al viejo Aquiles en sus maniobras de político y en sus tracalerías de los tribunales.

La voz de la madre india repitió en la memoria de José Ramón sus palabras del otro día: "Boté a tu padre porque era así, de sangre apagada. Se creía amo; quería dominar con la plata y con el poder y no con la carne y la sangre. ¡Puaj! ¡Qué asco!

El padre se asqueaba de todas las gentes que no fueran Vargas. A la madre parecíale asqueroso por sobre toda otra cosa aquella voluntad de poder y dominio caracte-

Digitized by Google

rística de los Vargas. José Ramón, allá en su cuarto, embebido en apasionado diálogo, estaba de parte de Crucita, su madre india.

No tenía razón el padre. Junto a los Vargas estaba en verdad toda la carroña de Ciudad Vieja. El poco poder que vivía entre las manos de Aquiles Vargas provenía de ese montón de pus (tales las palabras del padre) que formaban los esclavos vargueros, los que, todavía, se empeñaban en conservar sobre las espaldas el hierro del amo. Pero había otras gentes que no aceptaban sujeción a ningún dueño: los que amaban su tierra; los que se unían entre sí por la carne y la sangre; los que sembraban y pescaban y trabajaban con amor; los que vivían en verdad con su cuerpo, hermanos del viento y de la arena, de la semilla y de los mansos animales.

¿Y Gregoria?...

En realidad, Gregoria estaba unida al montón esclavo de Ciudad Vieja; nada menos que la mujer del cerdo más asqueroso de todo el montón purulento... José Ramón la defendió aún de su pensamiento: ello sólo era apariencia, aspecto superficial; también de él hubiera podido decir alguien que era uno más entre la cáfila de los que negociaban con demandas y juicios en el Tribunal de Temístocles Gonzales, uno más entre los cerdos de pocilga.

Hondamente conmovido, José Ramón hacía lentamente su camino de raciocinios, su sendero defensivo de pasión contra las órdenes de Aquiles Vargas.

La última idea "sólo aparentemente es Gregoria del montón asqueroso", era la torrecilla de su fortaleza defensiva, la más alta almena de su edificio razonador y, a la vez, la más temblorosa de sus defensas, la más débil de sus corazas. La propia duda sostenía flacamente aquella

Digitized by Google

apasionante afirmación ante la cual se encogía el corazón miedoso haciendo tambalear todo lo pensado.

Asegurando esa afirmación, repitiendo varias veces la frase "Gregoria es de la pocilga sólo aparentemente", haciéndole a su más alta almena defensiva basamento de voluntad y sentimiento —ya que no de verdadera certidumbre— José Ramón terminó la caparazón que había de defender su vida.

Dijo casi en voz alta el resultado final de su lucha interior: ni él, ni Gregoria eran en realidad miembros podridos del amontonamiento que los Vargas odiaban y gobernaban, de la mugre ciudadana base del poder de los Vargas. El llamaría a Gregoria; la uniría a sí mismo; juntos vivirían entre las otras gentes que trabajan la tierra con amor y sienten en su cuerpo la vida del mundo.

Las viejas nociones familiares de tradición y poderío llegaron un momento a importunarle. Vinieron a su mente el brillo de las espadas en manos de hijosdalgo; las cruces de Santiago bordadas en la capa del Capitán General; sayas, jarrones, cortinajes de la abuela; las velas del galeón conquistador hinchadas por el viento de América; el retablo de Nuestra Señora de la Soledad; los viejos cascarones de piedra; los discursos del seminarista que fué diputado republicano; el poder de la familia sobre la tierra y sobre las gentes.

"Los Vargas fueron amos de esta tierra. Están obligados a seguir siéndolo..." Sonó la voz del padre en la memoria de José Ramón como síntesis de las imaginaciones de poderío. En seguida, luchadora, llegó la palabra de la madre: "Quieren dominar con la plata y con el poder, no con la carne y la sangre"

Hacia la madre fué su sentimiento. Amparándose tras la figura viva de la india, su decisión le pareció segura, inderrotable. Hablaría con Gregoria, se la llevaría a vivir

Digitized by Google

con él a Santocristo; trabajaría para ella en la dura brega del mar, pescador que canta o silba cantares hermosos entre los vientos de altamar. Llegaría cansado a la casa donde Gregoria esperaba cosiendo pañuelos verdes, rosados, naranja. El llegaría cantando...

—¡Negra! ¡Vengo del mar
Del ancho mar inmenso.
Peces de oro, peces de plata
le traigo a tu deseo.
Vengo del mar inmenso.
Traigo collar de algas,
traigo mi amor de arena,
traigo lengua de sal
para tu fuego eterno.
Vengo del mar inmenso,
negra. Vengo del mar.
La espuma de las olas
traigo en el corazón.
La fuerza del brisote
traigo en medio del pecho.
Siéntelo entre tus manos:
allí está todo el mar,
¡negra! ¡Oh, mi negra!
el ancho mar inmenso...

Durante largo rato fué diciendo José Ramón frasecillas ingenuas de romance. Imaginándose a sí mismo pintoresco personaje —pantalón de dril azul, franela sucia, los pelos ariscos tiesos de sal— mirábase llegar a algún íntimo corredor hogareño donde la figura de Gregoria se hacía mansa, pequeña y tan suya como aquel sentimiento de cariño que le brotaba dulcemente con las palabras del romance

Digitized by Google

No quería pensar siquiera en que la mujer podía decir "no". Gozaba su propia ternura desparramada en la esperanza de las horas cotidianas sin importancia, junto a la amada Gregoria.

La figura del padre intervino de nuevo apartando las dulces imaginaciones. Toda la costumbre de su vida era respeto, temor por aquel hombre que marcaba el destino sacándolo del rancho de la india Cruz, trayéndolo al Liceo, enviándolo al Tribunal de Temístocles González. La costumbre de toda su vida era plegarse al padre, ver en él la ley obligatoria y buena.

Así pensó que era necesario hablar al padre antes de hacer nada; el viejo comprendería. Pensó eso y supo, a la vez, que nunca lo haría; que, ante el padre, no sabría hacer valer sus razones; que, como en la ocasión anterior, quedaría silencioso y tímido ante el viejo, sintiendo sólo miedo sin defensa. Y, sin embargo, habría que decírselo...

Caminó varias veces hacia la puerta y regresó. Decidió escribirle y comenzó: "Respetado padre: Bien sabe usted que siempre he obedecido sus órdenes. Desde pequeño me he acostumbrado a cumplir sus deseos..."

Rompió el papel; no sabía hacer la explicación que habría de convencer al padre, la sincera confesión que conmovería el corazón del viejo Aquiles Vargas.

Hasta que, rápidamente, cogió un nuevo papel y escribió: "Padre: siempre le he obedecido. Ahora no puedo. Necesito a esa mujer".

La voz de Gregoria sonó tras la puerta:
—¿Quién?
José Ramón respondió con pretendida serenidad:
—Soy yo, Gregoria..

Digitized by Google

La mujer abrió la puerta y se echó en manos del muchacho.

—¡Qué imprudencia, mi amor! ¡Qué imprudencia!

—¿Imprudencia de qué? ¡Te necesito, negra!

Y la llevó abrazada hasta el pequeño sofá, frente al loro inmóvil de rojas pupilas redondas, fijo en el aro brillante. Unos segundos se hundieron en los pozos del instinto; luego, José Ramón habló:

—¡Esto no puede continuar así!

—Realmente, ¡qué angustia, mi amor... Todo el mundo sabe lo de la otra noche. Ana María Paván está muerta de miedo. Y yo...

—¿Qu importa eso?

—Temístocles me habló furioso.

—¡Ah! ¿Desde cuándo le dices Temístocles?

—¡Jesús, hombre! Siempre le he dicho así...

—Le decías antes, simplemente, González.

Ella se hizo mimosa, acurrucada en cariños de pequeñuela, en susurros temblorosos.

—¡Mi amorcito! ¿Por qué eres tan malo! —y siguió diciendo todas esas frases donde el diminutivo se hace punta de cariños, tierno agasajo erótico. En aquel lengüeteo de prostituta se deshicieron las rabietas de José Ramón. Pronto volvió a su primera intención.

—¡Negra! Esto no puede continuar así....

Ella dijo que la vida era injusta, que la mayor desgracia era esa de estar amarrados, de no poder estar juntos siempre, siempre, siempre. Salpicó su discurso con los mismos cariñismos de antes. Dijo "mi amor", dijo "cómo te quiero", dijo "eres mi corazón".

Entonces avanzó José Ramón temeroso para afirmar que había un medio para terminar con esas angustias, un medio que les permitiría entregarse por siempre al gran amor, al estupendo y milagroso amor.

Digitized by Google

Mirando al alcance de la mano sus sueños, viendo ya cerca la imagen de Gregoria esperando su llegada a la puerta de la casa, sintiéndose ya pescador y marino que llega con su cosecha de brillos a la espalda, dijo sus deseos: Vendrás conmigo; viviremos en la casa de mi madre Cruz; yo trabajaré para ti...

Cuando buscó los ojos de la mujer, cuando quiso encontrar en ellos la certidumbre de lo que creía entonces única razón de su existencia, era toda ella quietud y frialdad. Disimulaba su fría impasibilidad tras una máscara de inatención y descuido, pero era toda ella serenidad impasible y helada. José Ramón sintió crecer en él los calientes ramalazos de la ira.

—¡Contesta! ¡Contesta!

Gregoria apartóse un poquito de él; arregló su falda; cruzó las piernas. Era, ahora, la señora a quien se ha dicho algo que sobrepasó los límites de la confianza. Sí: era toda una señora que se arreglaba los negros cabellos en ondas precisas.

—Pero eso no es posible. Yo estoy acostumbrada a vivir con comodidad. Necesito...

José Ramón interrumpió:

—Entonces, vamos a terminar de una vez esta cuestión.

La mujer alzó más su actitud de señora altanera.

—Si a usted le parece... —dijo.

José Ramón se levantó como aquella otra noche aciaga. Como aquella otra noche, salió dando un portazo. Gregoria se acercó al loro:

—¡Truá, truá, truá! Dame la pata, lorito. Lorito, truá.

Con el verde pajarraco en el dedo, siguió hablando:

—¡Qué va lorito! ¡Qué va! ¿Qué se creerá ese muchachito pistola de José Ramón? ¿Ah, lorito?... Yo no soy una mujer de rancho, ¿ah, lorito?

Digitized by Google

Sentándose en el sofá se echó a llorar desconsoladamente, como aquella otra noche. Fué entonces cuando el loro respondió con risas y chillidos:

!¡Trúa, trúa! ¡Goyiiiiiita! ¡Cuás, cuás! Lorito real. Para España y no para Portugal.

XIII

La casa de Cruz Guaregua es muy hermosa. De colores vivos, sencillos, infantiles. Rojos el patio y los corredores enladrillados, verdes los pilares de madera que sostienen el techo de tejás y cañas; blancas las paredes encaladas de bahareque. Al fondo, el mar eterno tras la palizada cañiza, tras el cobertizo de palmas quemadas por el sol.

Las brisas corren entre las paredes libremente.

Aunque su frente da al arenoso callejón, la casa de Cruz hundida en el mar como si, voluntariamente, desdeñara al pueblo lo mismo que desdeña la calleja sobre la cual se abre su puerta y viviera mirando su amor azul.

Los animales —gallinas, un casar de patos, la gorda cochina con su cría rosada— atraviesan frecuentemente el patio. A veces, un cangrejo camina con torpes pasos sobre los ladrillos de fresa.

José Ramón llegó a esa casa de la madre india hacia el atardecer. Saludó apenas a la madre, le pidió un calzón de baño, se desvistió rápidamente y se fué caminando hacia el mar. Semiapoyada en la rústica palizada del fondo, Cruz Guaregua miraba.

—¿Qué pasa, Cruz?

Digitized by Google

—Nada. Mirando aquí. Chuíto salió. Fué a buscar piedras para hacer su casa. Y hay viento fuerte. Está picado el mar.

—¿Nos bañamos juntos?... Ande. Antes de que oscurezca.

Entre el manso movimiento del mar, hoy más rizado que de costumbre por la fuerza del viento, José Ramón espera a su madre india. Quiere tenerla allí, en la intimidad del agua, para poder decir todas las confidencias: sus decisiones y sus tristezas.

Dentro de poco, Chuíto tendrá también casa para su mujer y sus hijos: casa hecha con blancas piedras apenas pesadas, dibujadas por el trabajo del mar con caminos y bordados que son marca de la vida marina, piedras que el mar abandona en las islas yermas cercanas a Santocristo... ¡Casa de Jesús Guaregua! De Chuíto, el hermano pescador...

Cruz va entrando al agua con rojo túnico donde viven las llamas calientes del sol naranja del ocaso; con nerviosos gritos atraviesa la zona de las olas pequeñas; luego nada junto a José Ramón.

—¿Sabes, Cruz?...

Y el hijo va diciendo... Dice que viene aquí a buscar el refugio de su madre, a ser un indio Guaregua como los demás, un pescador más entre el grupo de los Guaregua pescadores; dice que no tiene mujer porque Gregoria es falda vacía, sin vida verdadera; dice que no quiere al padre que pretende dominar con el poder y con el dinero y no con la carne y la sangre; dice que Emilia Vargas es mística falda, sin asiento en la tierra, sin amor por la tierra. Repite las razones que su madre dijera la otra noche. Cruz aprieta entre sus manos las manos del hijo con fuerza de amor.

Digitized by Google

—Siempre ha habido y habrá en mi casa lugar para ti; siempre habrá en el trabajo de mi gente sitio para ti. Esta noche tendrás colgado un chinchorro entre los horcones del corredor.

El agua está roja y tibia como sangre amorosa y esencial.

Antes de las cinco de la mañana, ya estaban listos los pescadores junto al patio de la casa de Cruz, bajo el techo cañizo donde se guardan los botes de Chuíto Guaregua. Un poco más allá, tras los manzanillos maduros, de frutas rosadas y redondas, se extiende al viento del mar la gran red sostenida en los morenos palitroques mohosos, hechos con ramas de cují.

En el cielo, cuya dulzura puede sentirse como cariño de mujer, pone la luna su escudo y su flor; en la carne de la arena, en los hilos de la red, en la corteza de la carne humana, se mezclan batallando la luna y el día que va a nacer.

Las voces de los hombres —oscuras, nerviosas— corren en la brisa y la palabra de una mujer —Blanca, la mujer de Chuíto— se hunde con tal pureza en el ambiente, que parece que fuera voz de luna disuelta en la última luz pálida de la luna o voz de albas confundida en el claro concierto del alba que comienza.

Chuíto da sus órdenes. La presencia de Blanca, quien se ha dejado ver hoy por vez primera junto a él, le da arrogancia y serenidad; con mirada severa mira cómo algunos compañeros juguetean y brincan en esa fría agua de la madrugada que copia en lentas hondas la llama adolescente de la mañana y el redondo escudo de la luna.

Chuíto da sus órdenes altivo. Todos —Chuíto el primero— van uniéndose a la tarea, ayudándose con gritos,

Digitized by Google

recogiendo el chinchorro, empujando los botes hasta el agua, metiendo en el bote mayor la red plegada cuyo peso hunde hasta la borda a "La Gaviota", azul y blanca como el mar.

En el cerro cercano, que hunde la punta de sus rocas en la bahía, alza el vigía su voz y sus gestos anunciando —todavía lejano— el cardumen de lisas que ronda la playa. El vigía es hombre maduro, grueso, rojo, de palabras sensatas; sabe distinguir dentro de las vibraciones del mar la marcha de los peces y, por eso, es el vigía del grupo pescador: director desde tierra de la flotilla pesquera de Chuíto Guaregua.

Ahora, cuando el sol horada la blanca claridad de la mañana, cuando la luna es apenas ruedecilla perdida en el zul del cielo, sale "La Gaviota" cargada de gritos, hundida en el mar por el peso de la red. En la playa queda, sujeto entre las manos morenas de los más jóvenes y principiantes, un extremo del chinchorro que los tripulantes de "La Gaviota" van dejando caer en el agua. Los redondos tacos de madera blanca y liviana, sujetos a un lado de la red, la sostendrán sobre el mar, mientras los plomos pegados al otro lado, la llevarán hasta rozar el fondo marino, formando así la pared que, bajo el agua, servirá de prisión a los peces.

Sale el bote dejando caer en el agua el rosario de tacos blancos, sostén de la red. Hace su recorrido siguiendo los avisos del vigía. Entre los remeros está Jorge Ramón.

—(Llamamos chinchorro al lecho donde dormimos; llamamos chinchorro a esta gran red de pesca. Ya yo estoy pescado en el chinchorro que colgó entre los pilares del corredor mi madre india. Ya yo estoy pescado para la vida buena del trabajo del mar...) —Así pensaba José Ramón y hunde los remos empujando con su esfuerzo el andar de "La Gaviota", blanca y azul.

Digitized by Google

Los gritos de los hombres son gritos de esperanza y alegría, de nervio y decisión. La silueta de Blanca en la playa es la Mujer.

Blanca sigue con la mirada absorta la marcha del bote cuyo timón gobierna su hombre. Delicada y fuerte, se alza sobre la arena su silueta serena; la brisa del mar mueve sus cabellos castaños con delicadeza de amiga; la luz de la mañana duerme su pureza sobre la carne de la mujer.

Cuando advierte en el rústico portalón de la casa a Cruz Guaregua con su hijo menor, va hacia ella. Tímida, habla:

—Cruz. Estoy preñada.

Cruz la mira con íntimo regocijo.

—¿Por qué lo sabes?

—No lo sé. Estoy segura. Lo siento adentro al muchacho.

Cruz se alegra cariñosa.

—Muy bien —dice.

Tras de los espinos, alzan los chivos el temblor de su grito.

Así, pues el vigía de prodigiosos ojos que pueden horadar los espejos marinos, advierte a los pescadores de la playa que, cerca de la costa, viene avanzando la mancha del montón de peces. Siguiendo las órdenes del hombre que sabe mirar los tesoros del agua, sale el bote cargado con la red y va dejándola caer en amplia curva que termina de nuevo en la playa copando en su prisión la tribu de animales del mar.

Digitized by Google

Cada extremo del chinchorro está entonces entre las manos de un grupo de pescadores que halan la red y van acercándose uno al otro, mientras chillan y brincan como pájaros ante el festín. Del lado libre de la red, en botes o nadando, otros hombres atacan a los peces que, en la furia de la agonía, lograron saltar las paredes de su cárcel.

Hoy el vigía anunció: ¡cardumen de lisas! ¡Diez arrobas! Y los hombres han emprendido la tarea con seguridad y prematura satisfacción. Ya está el trabajo en su fase final; ya está encerrada en el chinchorro la vida elástica y metálica de los peces.

Los pescadores gritan, brincan, chillan. De los ranchos cercanos llegan mujeres , muchachos, hombres, y Chuíto Guaregua grita más que nadie y maldice e insulta, porque está seguro de que la torpeza de algunos ha impedido el copo de todas las lisas del cardumen. Ninguno toma en cuenta sus groserías, porque entra en su modo habitual de trabajar esa excitación insultante del momento final.

El agua está hirviente de reflejos, de brincos plateados; bulle el agua y se rompen mil brillos —oro, plata, verde— que tiemblan entre los tacos blancos del chinchorro. Toda la ensenada —la playa y el trozo de mar— se agitan en el temblor de la aventura pesquera; sobre la arena gritan, ríen, comentan gesticulando las mujeres, los hombres, los chicos del vecindario; dentro del agua se debate el montón prisionero de los peces, roto en cuchilladas, en llamas, en sonidos de muerte.

José Ramón está halando el chinchorro junto a Víctor Parucho, junto a Daniel Guanaguanay, junto a Diego Malavé. Hondamente satisfecho de sí mismo, sabe que está unido a su gente. Siente hondo placer en la certeza de que está trabajando con el grupo de Chuíto Guaregua, de que su madre Cruz está aquí cerca, de que su esfuerzo se une al de los otros pescadores, hermanos para siempre.

Digitized by Google

Las olas están llenas de vida animal. El mar está removido y de él brota ese olor espeso de escamas y carne, de vida agonizante que salta y rompe sus cornadas brillantes entre los gritos y la algazara de los pescadores.

Los pájaros —tirras, alcatraces, gaviotas, algún tigüitigüi ambicioso— disputan el botín de la pesca y brillan también las alas que agitan el aire sobre el agua revuelta por los peces prisioneros.

Las lisas brillantes, agónicas, bellamente temblorosas y crispadas de muerte, caen en la arena o, entre las manos de los pescadores, dejan su movimiento final; luego, ya muertas, son arrojadas al bote.

Los hombres gritan, satisfechos del trabajo, sus frases entusiastas; las faldas de las mujeres tiemblan en la brisa. Todos están alegres; el vigía dijo: ¡diez arrobas de lisas!

Junto con las lisas, la red ha atrapado otros habitantes del mar. Algún cangrejo se ha enredado en los hilos, unas cuantas sardinas pequeñitas —de esas que llaman camiguanas— han enloquecido entre la agonía de los peces mayores y no saben evadirse de la cárcel pesquera. Hay también sapos, pipes, papos, ese pez que posee la espina que hiere y quema con el más fuerte dolor, ese pez que se hincha hasta reventar cuando lo pinchan con algún palito, esos otros peces a quienes las gentes dan significado sexual. Hay también caracoles, piedrecillas, algas negruzcas, verdes, morenas, de ramas distintas a las que de ordinario se ven en las playas...

Cuando la red está colgada de nuevo en sus palitroques de cují, quedan enredados en ella muchos trozos de algas y es como si trajera en su esencia jirones de carne del mar.

Digitized by Google

Cargada de pescados —de brillos ya muertos, babosos— hundida hasta las bordas por el peso de la pesca, llegó "La Gaviota" frente al cobertizo de palmas, tras el patio de Cruz. En el otro bote, "El Palomo" (Chuíto gusta de dar a sus botes nombres de pájaros) viene otro montón de pescados. Allí, bajo las palmas del cobertizo, se hace el reparto de la pesca. A Chuíto Guaregua toca la mitad, como propietario del chinchorro y de los botes y, además, una parte igual a la de los otros como pescador.

José Ramón, apoyado en uno de los horcones del cobertizo, mira todo queriendo grabarse bien en el alma ésta su pesca primera de trabajador. Quisiera abrazarse a su madre, gritar la alegría de esta mañana de su primer triunfo y mira en derredor con emocionado agradecimiento.

El mar reverbera en sus fuegos eternos como si todavía estuviera batido por el movimiento de los peces. Cielo y mar, idénticos, copian el único pétalo azul de sus corolas manchado de blancas nubes ardientes que encienden sus entrañas en las brasas del sol.

José Ramón mira. En su redor, torsos desnudos, de recia musculatura bajo el bronce elástico de la piel, pantalones empapados de mar, sucios de arena y trabajo: una asamblea de esfuerzo humano, de actividad de hombres.

José Ramón mira. Satisfecho, observa sus propios pantalones remangados, sucios de sal, de sudor, de mar, su pecho ancho como un deseo cumplido, donde la respiración muestra la potencia de los pectorales. ¡Ya es hombre libre ¡Trabajador del mar!

Está mirando allí, mirándose a sí mismo, cuando suena la voz de la madre.

—¡Ah, Chuíto! ¡Yo cobro la parte de José Ramón!

El grupo de pescadores dió muestras de asombro; todos miraron a Cruz buscando en su rostro la explicación. El vigía —Evangelista Malavé— intervino:

Digitized by Google

—¿Desde cuándo cobran los Vargas por divertirse en los lances de pesca?

Y Cruz se impuso altanera:

—Esto es cuestión mía y de Chuíto Guaregua. Nadie más tiene que meterse.

—Bueno —asintió Malavé— nadie se pone bravo porque tú cojas unas cuantas lisas...

—No es que yo vaya a coger unas lisas. Es que estoy cobrando el trabajo de José Ramón.

—¡Trabajo! ¡Trabajo! —rezongó el vigía—. Bueno, llámalo como tú quieras.

José Ramón se azoró al sentirse objeto de las miradas y de los comentarios de los pescadores. Profundo azoramiento que le picaba en la carne, vivía en él ante el grupo que le negaba entrada, que no quería ver en su trabajo otra cosa que pasatiempo y diversión de muchacho rico.

¿Por qué se le negaba sitio entre ellos? ¿Por qué el esfuerzo de sus músculos sobre el mecate de la red era considerado por los otros como juego? ¿Por qué el empuje de sus bíceps sobre los remos no era labor de boga lo mismo que el de los otros compañeros?...

Frente a José Ramón la voluntad enemiga del grupo. El trato cordial de Malavé y Guanaguanay, de Parucho y Salazar había desaparecido y José Ramón negábase a comprender las razones de la hermandad pesquera para negarle al hijo platudo de Aquiles Vargas un trozo de jornal.

Su azoramiento convertíase en desagrado, en insoportable desazón. Como si hubiera sido traicionado y se encontrara sin defensa ante el Judas múltiple y único que se negaba a su amistad y compañerismo.

El hecho de que fuera Cruz quien cobrara, complicaba más el asunto y hacía que pareciera a todos aquel montón de lisas —precio del trabajo de José Ramón— nueva tajada que hacía mayor la diferencia entre la ganancia ob-

Digitized by Google

tenida por Chuíto y la mínima parte que tocaba a los otros.

El hijo de Aquiles Vargas había visto muchas veces esos repartos pesqueros, pero fué al mirar los pocos peces que Chuíto puso en las manos de Cruz como "lo que le toca a José Ramón" cuando notó ciertamente la disparidad entre la parte de los pescadores y la del amo de botes y redes. Pensó —y esa idea aumentó insoportablemente su malestar— que Chuíto comenzaba también a aprovecharse del trabajo ajeno, que comenzaba a dominar sobre los demás porque tenía botes y chinchorro, gran chinchorro pesquero.

Se le hizo insoportable todo aquello. Sinceramente emocionado y serio, habló:

—Por mí no discutan...

Y Malavé el vigía intervino de nuevo:

—Ya sabemos que son cosas de Cruz. Ella tiene derecho.

La madre, paradita sobre sus piernas gordas, enfureció:

—No son cosas mías, ni quiero robarles unas lisas podridas. Es el trabajo de José Ramón. Y tú, pistola, sino quieres defender tu plata de estos vagamundos, búscate otra vez a tu padre para que te alimente.

José Ramón, definitivamente desconcertado, se encogió de hombros y, en carrera, se lanzó al mar relampagueante. Los pescadores volcaban nuevamente sobre Cruz su mirada asombrada, cuando Chuíto Guaregua dijo:

—Es que José Ramón se fué de la casa del viejo Vargas. Quiere vivir de sus propios hígados.

Digitized by Google

XIV

A la hora de la siesta, Cruz Guaregua llamó a José Ramón.

Ella estaba tendida en el chinchorro, con la negra mancha de los cabellos esparcida en redor de su pequeña cara morena, sobre los hombros, sobre el pecho. José Ramón se acercó dócilmente y sentóse junto al flanco materno en una vieja silla de paja.

Recio olor de feminidad se escapaba de la figura de Cruz, de su modo de acostarse, de sus brazos gordos, de todo su contorno maduro y pequeño; sus manos se enredaban entre los cabellos como si acariciaran recuerdos de su propia juventud; de ella arancaba el fuerte aroma de los años mozos, la fuerza que conservaba Cruz a través del tiempo como esencia primaria de su existencia.

Sabía que, para José Ramón, era madre apenas, apenas origen de recuerdos no siempre vivos en él. Muchas veces había visto en su hijo el desprecio que hacia ella le habían marcado en la casa de los Vargas. Ella misma se había exhibido ante él más como mujer para los hombres —mujer de instinto y amor— que como madre cariñosa donde pudiera refugiarse la ternura.

Consciente de su profunda feminidad, sintiendo que le estorbaba en esos momentos, llamó al hijo chiquitín que por allí cerca jugaba canturreando, lo alzó hasta sí y lo hizo acostarse sobre ella y apoyar la cabeza entre sus pechos. ¡Ya era madre verdadera con la cabeza del hijo pequeñito entre las fuentes de su leche maternal!...

José Ramón la miraba. Era bella la imagen de la india soportando el peso del hijo con dulce y noble serenidad, reposando allí, madura.

—Bueno, José Ramón —dijo—. Tenemos que hablar.

Digitized by Google

La brisa pasó unos momentos por el corredor enladrillado, arrancado pedazos de calor en los tropezones de su correteo. Los cabellos de Cruz, desbordados del chinchorro, se movieron en la brisa.

—Debes volver a casa de tu padre.

Sabía Cruz que aquel hijo (muchacho con dos madres postizas, con dos madres de sueño y recuerdo, huérfano en realidad de la ternura carnal de la madre verdadera) tenía para ella en el corazón extraños sentimientos que triunfaban en vaivén cambiante de ternuras y desconfianzas, de amor y despego fatal.

Al jugar con esos sentimientos jugó con su propia tendencia a ser, de una vez por todas, madre de aquel hijo a quien arrancó una vez de su lado Aquiles Vargas; de aquel hijo a quien ella misma quiso ver arrancado de sí (recordó con exactitud luminosa sus palabras de mil años atrás: "No quiero nada de tí; ni hijo, ni casa, ni un collar de vidrios siquiera"); de aquel hijo que había permanecido ligado a ella con invisibles lazos poderosos y que ahora regresaba al rescoldo materno empujado por terribles fuerzas malvadas....

Había permitido que lo retuvieran lejos de ella y la vida lo devolvía aporreado, dolorosamente severo y triste, como esos bellos desperdicios del mar, como pez mortecino herido en el costado, como Cristo mil veces sumergido en mares de brillo y pasión, en mares de sombra y pavor; tendido ahora, hecho de carne pálida, pintado de sangres, traspasado el costado por lanzazos prrofundos; tendido ahora —vivo sí, pero en quietud de sueño rígido y mortal— sobre las playas solitarias del abandono.

Cruz sentía que debía ser madre. Madre como la Virgen María en el Calvario; como la Dolorosa, atravesado el corazón por siete puñales de oro y dolor, entre las llamas de las velas en la procesión del Viernes Santo.

Digitized by Google

Pero, ¿cómo hacerse capas y mantos de cariño para aquel hijo que ya era hombre, a quien la vida había puesto tristes los ojos que ya habían visto la maldad y el brillo de la pasión?...

Fué la voz de Cruz Guaregua madre quien dijo:

—Debes volver a la casa de tu padre.

José Ramón contestó:

—Parece que molesto en tu casa. Mi trabajo no se acepta en el trabajo de los tuyos.

—No. No. Eso no es verdad. Tú estás en mi casa usando tu derecho. Tú trabajas aquí porque tienes derecho en lo mío.

José Ramón miraba con sus ojos tristones que conocían ya la maldad y la pasión, pidiendo cariño, sitio en la vida, refugio donde pudiera extenderse sobre la tierra su amor.

Gritaban los ojos de José Ramón su angustia ante las palabras de Cruz. ¿Era aquélla, voz de madre? ¿Era aquélla, voz de entraña y ternura, de vientre y cariño, de carne madura y santa?

José Ramón lloraba —niño otra vez— y una su voz interior decía madre a un ensueño perdido en las nieblas del recuerdo, que no llegaba a ser realidad de manos sobre la frente cansada de fiebres y dolorida de traiciones, sino señal de un sueño que lo consolaba, como al Cristo María en la noche de su pasión.

No, no podía ser Cruz Guaregua esa madre creada con los más delicados materiales sentimentales. No, no podía ser esta Cruz de brazos redondos acariciando el pelo, que tenía boca y ojos y vientre y nalgas de mujer, que tenía el hijo dormido entre los pechos, que hablaba de los derechos de José Ramón en la casa y en el trabajo en vez de dejarlo caer en el regazo de su cariño puro y entrañable.

Con voz extraña que a él mismo asustaba, José Ramón habló:

Digitized by Google

—Sí. Tengo derecho, porque Aquiles Vargas se acostó contigo y tú me pariste.

Cruz reventó, menos madre en cada palabra, más mujer en cada violencia. En la rabia de sus frases, sintiendo el fracaso de su intento aconsejador y maternal, se hacía odiosa, terriblemente odiosa, como animal hostigado que ataca con miedo y temblor de odio carnal.

—¡Sí! ¡Por eso! ¡Porque tengo una casa y he comprado botes y chinchorros donde puedan trabajar todos mis hijos! ¡Con muchos hombres me he acostado! ¡No lo niego ni quiero negarlo jamás! ¿Oíste? ¡Lo estoy gritando! (El chiquitín despertó asustado entre sus pechos y ella lo echó al suelo). Mira: ese es de un hombre y tú de otro y Chuíto de otro. ¡He parido de quien me ha dado la gana! No lo niego. ¡Lo estoy gritando!... Por eso precisamente hasta los zoquetes como tú, que lloriquean como mujeres, tienen derecho a meterse en lo mío cuando les esté ladrando el hambre en las tripas!...

Fué entonces cuando salió Chuíto de su cuarto y, tras él, Blanca su mujer. El pescador Guaregua también gritó furioso:

—¡Váyase de aquí, pendejo! ¡No moleste más a mi madre o le reviento el hocico! ¡Váyase!

José Ramón no sentía rabia. No había rincón de su alma que no estuviera lleno de tristeza.

—Ya me voy... Ya. —Dijo y, cogiendo su paltó, se fué hacia la playa por la puerta rústica de la palizada.

La casa de los rojos corredores enladrillados y los verdes pilares quedó en silencio, llena de las brisas que movían los cabellos de Cruz Guaregua.

—No has debido hacer eso, Chuíto —dijo la india—. No has debido hacer eso.

Digitized by Google

XV

Bajo el sol de la tarde, sobre la brasa de las playas embebidas de sol, José Ramón camina su desolación. El contacto de la candela solar movida por las brisas costeñas brinca en su carne como si estuviera hecha de burlones dedos insultantes y lo envuelve uniendo al aleteo de su alma ese exterior movimiento asfixiante.

Amodorrados en el sordo peso de la hora se achaparran los manzanillos; los cardones alzan sus varas esqueléticas y los mástiles de los cocoteros mueven apenas la verdes plumas de sus penachos; de algún rincón sale el silbido de la poncha, ese pájaro espía que silba y se esconde en la quietud de los espinos y de los cujíes.

Dentro del cerebro de José Ramón luchan el fuego del sol y su propio fuego. Pasan con rapidez las imágenes y los recuerdos desagradables de estos días aumentando de continuo la áspera sensación de abandono que domina los sentimientos del muchacho. Pasan los ojos del padre y sus palabras: NO VERAS MAS A ESA MUJER. Los labios rabiosos de la madre: PORQUE TENGO UNA CASA Y HE COMPRADO BOTES Y CHINCHORROS. La altiva respuesta necia de Gregoria: ¡SI A USTED LE PARECE!... La defensa filial de Chuíto: NO MOLESTE MAS A MI MADRE O LE ROMPO EL HOCICO. La voz doliente de la tía Emilia: ¡JOSE RAMON, POR DIOS! ¡ESA MUJER!

Era como si oyera de nuevo las frases, como si la voz caliente del sol se las repitiera una y otra vez sobre cada célula del cuerpo.

(—*Fuimos amos de esta tierra. No verás más a esa mujer.*

—Gregoria, Gregoria. ¡Contesta!

Digitized by Google

—*Estoy acostumbrada a vivir con comodidad.*
—Entonces vamos a terminar esto de una vez!...
—*¡Si a usted le parece!...*
—¡Madre! ¡Madre!
—*Tengo una casa y botes y chinchorros.*

Y Chuíto: —*¡No moleste a mi madre! ¡No moleste a mi madre!*)

El calor tomaba formas de cosa viva; los labios de la madre, los labios de Gregoria, los labios de Chuíto, del padre, de la tía Emilia, se movían en la llama del sol: *¡No verás más a esa mujer! ¡Qué imprudencia, mi amor! ¡No moleste a mi madre! ¡José Ramón, por Dios, esa mujer! ¡Tengo casa! ¡No verás más a esa mujer! ¡Si a usted le parece!* En redor de José Ramón soplaban los fantasmas sus respuestas como órdenes que negaban. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

Un pájaro voló escondido en las ramazones calcinadas. Tras las blancas dunas se oyó el silbido burlón de la poncha. Bajo los pies de José Ramón la arena era brasa en cada grano encendido.

Intentó llevar sus pensamientos hacia la dulzura de otros días, hacia la serenidad de otras ocasiones.

En este sitio él había pensado otra vez que los vuelos de los pájaros son sueños de los árboles maduros.

En este sitio él había pensado que la playa es una hembra brillante acostada a la orilla del mar... "La playa —tú lo sabes— es una hembra brillante acostada a la orilla del mar. Lo saben todos en el pueblo y dejan caer sobre ella el peso de sus cuerpos húmedos y oscuros los chicos que juegan y los hombres cansados. La playa es como una mujer. El viento salado acaricia sus senos. Las manos del mar rozan su cadera. La sombra de los árboles deja su frescor sobre ella. La playa —tú lo sabes— es

Digitized by Google

como una mujer que duerme sus anhelos y ssu pechos a la orilla del mar..."

Los pensamientos del hombre regresan al sitio de su malestar: ¡Es Gregoria la playa! (*¡Qué imprudencia, mi amor! ¡Temístocles está furioso!*) Es Gregoria la playa soplando en su carne la odiosa negación. (Entonces terminaremos de una vez —había dicho José Ramón; y la playa contesta: *¡Si a usted le parece! ¡Si a usted le parece! ¡Si a usted le parece!*)) Y es la voz de Gregoria en la llama del sol.

Baila en la playa con esguinces de oro, con calor de fiebre, el fantasma del deseo: los oscuros labios, el duro seno suave, el pezón altanero, la salvaje alegría animal de la risa, la pícara sonrisa del diálogo en voz baja, la curva de su vientre, la sombra de su vientre, la redonda nalga madura, los ojos brillantes, la boca saltona, la carne oscura del rostro, las largas manos morenas, el cuello redondo, la nuca manchada de fino vello... Y es su voz en la llama del sol: *¡Qué imprudencia, mi amor!*

José Ramón chilla su desgracia: No florecerá más bajo su peso el amor de Gregoria. No estallará bajo su instinto la carne pesada de amor. No oirá más sus palabras enloquecidas, el "mi amor" de las noches llameantes... Sobre la brasa oro de la playa, sobre los pies de humo y ensueño brinca el fantasma la danza de la cadera, de la nalga redonda, del ancho vientre, de los senos temblones. Y es la voz de Gregoria (*¡Si a usted le parece!*) en la llama de sol.

José Ramón sacude las candelas de su obsesión. Aquí, en este mismo sitio, otra tarde, soñó cosas amables, quietas, repletas de la más tierna miel. Aquí en este mismo sitio, había pensado que era hermoso tener sentimientos de niño... "¡Quién pudiera tener el corazón de un niño! Acariciar la arena y creer que en la cueva de la hormiga puede

Digitized by Google

vivir un duende y que los ratoncitos traen monedas, si no se llora mucho cuando la madre hala con un hilo de seda el dientecillo flojo..."

¡La madre!... Es la voz de la madre gritando sobre su carne la altiva negación: *¡Tengo casa! ¡Para los necios como tú que lloran como mujeres!* Y es la voz de la madre subrayada en las llamas solares: *¡Hombres que lloran! ¡Que lloran! ¡Que lloran!*

Dentro de la obsesión silba la poncha su pequeño chillido de espionaje. (*¡Tengo casa! ¡Tengo casa! ¡Hombres que lloran!*) Cae el sol sobre la arena. (La playa es una mujer que duerme sus anhelos y sus pechos a la orilla del mar. Gregoria dice: *¡Si a usted le parece!*) La llama del sol corre en la brisa. (*¡Qué imprudencia, mi amor! ¡Temístocles está furioso!*) El calor de la hora quema la carne de José Ramón. (*¡No verás más a esa mujer!* Creer que en la cueva de la hormiga puede vivir un duende).

El calor y la obsesión son un solo golpazo de pavor que se siente sobre la carne y en el oscuro fondo de las arterias. (*¡No moleste a mi madre! ¡José Ramón, por Dios!... ¡Fuimos amos de esta tierra! ¡Si a usted le parece!... ¡No moleste a mi madre!... ¡Tengo casa y botes y chinchorros!... ¡José Ramón, por Dios!... ¡Si a usted le parece!... ¡No verás más a esa mujer!... ¡Hombres que lloran!... ¡No verás más a esa mujer!... ¡José Ramón, por Dios!... ¡No moleste más a mi madre!... ¡Fuimos amos de esta tierra!... ¡José Ramón, por Dios!*) La hora es torbellino de fuego y de pasión que se siente en la carne y en el hondo árbol de las venas.

A cada intento liberador de José Ramón, tornan con más fuerza de sol las palabras que lo queman. Piensa: dicen que los manzanillos tienen sombra venenosa... ¡Si en verdad fuera cierto!... No, no lo es... pero... dicen que los manzanillos tienen sombra venenosa... Dormir, olvi-

Digitized by Google

dar. Arrancar del alma toda raíz de lo vivido y que luego quede limpio el pensamiento, listo para comenzar los primeros balbuceos... Tener el corazón de un niño y creer que en la cueva de la hormiga puede vivir un duende...

José Ramón se tiende bajo el manzanillo de frutas maduras. Hay fresco allí. La brisa filtra su fuego entre las ramas... Tener el alma confundida con el alma de la tierra. Amar a la tierra, a pesar de la pasión, a pesar de la ira. Llenar el alma de amor por la tierra. Ser amigo del viento.

La tristeza vence los malos pensamientos. Como una voz amiga que llega del fondo oscuro de las otras voces malignas, sube del instinto la tristeza: delicada tristeza de notas amplias como volutas de humo...

Sueños de José Ramón.

La tarde es dulce sobre las arenas de Santocristo, sobre las largas playas solitarias de los marinos y de los pescadores. La luz, que fuera en horas pasadas estanque de fuego, gigante llama pesada, arrodillóse en la arena con ternuras de niña. Cabellos de oro pálido, ojeras azules de adolescente, tiene el playón desierto en la curva de sus dunas, en la ondulación de sus arenas.

Cuando José Ramón despertó, la arena estaba fresca y dura bajo el peso de su cuerpo. Apenas viva, la luz del sol rozaba su mejilla con delgados dedos finos, tibios. La paz de Santocristo caía sobe el mundo confundida en la luz tenue del crepúsculo, rico todavía de fulgores metálicos. El cielo, eternamente inmóvil, serenamente lejano y poderoso, medita adomilado en su quietud y hace sobre sus labios la señal del silencio. Mar, playa, brisas, árboles, atienden a esa orden y la vida se desliza entre la luz solar con pasos lentos de seda, de sombra.

Digitized by Google

José Ramón abrió los ojos. En su redor, el quieto prodigio de la tierra inclina la espiga de ssu oros en la serenidad del atardecer. La arena, carne mansa y fina bajo las finas manos del sol, brilla húmeda al contacto marino y purifica su azulada ternura en la sombra de las dunas. El misterio parece agazapado en la cerrada ramazón de los espinos y de los cujíes.

José Ramón siente amor hacia la arena; toca la sombra del manzanillo fresca y movediza, los arabescos y dibujos de la sombra sobre el grano playero, azulado de tan blanco. El trabajo del mar ha logrado este polvo escurridizo, flojo, brillante, libre hermano del viento.

José Ramón conoce secretos de la arena. Por vez primera vivió su sexo sobre la arena tibia de las playas de Santocristo. Descubrió su amor y la poseyó como un amante dulce y melancólico que no sabe hacer daño. Hoy, cuando se agarra desesperado a su madura juventud, sabe todavía dormir sobre las dunas, arrancar de sí la angustia y dejar a la brisa la sombra de sus sueños. Agradecidamente, como si en el roce de la arena hubiera encontrado la ternura de esa madre inexistente cuya presencia pedía esta misma tarde, toma en sus manos puñados de polvo playero y los deja volar en el viento.

De pronto ha detenido su íntimo juego de cariño, porque hay allí cerca una escondida presencia humana. Dibujadas en la arena, llenas de sombra, lo rozan casi huellas profundas de hombres, pasos humanos, marcas anchas de pies pescadores bien hundidas en la playa, huellas de hombre fuerte y trabajador.

Como si lo hubieran descubierto ejerciendo algún rito secreto; como si ese alguien a quien no se ve hubiera observado una oscura porción de su pensamiento, José Ramón se levanta sobresaltado. Justamente detrás de él suena el silbido de la poncha, el pájaro espía que chilla y se esconde.

Digitized by Google

José Ramón observa la quieta y oscura ramazón. Nada: ni el más pequeño movimiento que revele vida de hombre. Apenas la brisa mueve la punta de las hojas. Nada más en el verde fondo de las ramas. Nada, sino que vuelve a sonar el silbido burlón de la poncha.

Pero, ¿sale del pico de una poncha la pequeña llamada o ha nacido entre labios humanos?... José Ramón duda observando: sabe que está allí cerca alguien que lo mira burlón, siente el roce de lo misterioso, examina las huellas llenas de sombra, hundidas en la arena donde viven los trigos del último sol.

En el soplo de la brisa ha llegado una voz casi imperceptible.

—Moncho Vargas... Mi hermano...

¿Habrá aprendido su nombre algún dulce habitante del regazo playero?... La voz vuelve a oírse:

—Moncho Vargas... Mi hermano. ¡A qué no me encuentras, Moncho Vargas!...

La entonación amiga tranquiliza definitivamente a José Ramón. El extraordinario personaje escondido silba como poncha, chilla como tigüitigüi, lo llama con cariño burlón "Moncho Vargas, mi hermano", lanza pequeñas carcajadas.

Por fin, José Ramón lo descubre: es Vitico Parucho, acuclillado entre dos dunas, moreno como genio de las playas, sonreído y, todavía, pintado un poco de misterio y reserva.

—¿Qué hubo, indio Víctor?

—Salud, Moncho Vargas. Te estuve mirando los sueños.

—¿Qué miraste?

—No has debido acostarte bajo el manzanillo. No se sabe cuando es mala la sombra de los manzanillos.

—Ojalá y la tuvieran siempre mala...

—Te toqué cuando estabas dormido por ver si tenías fiebre. Estabas fresco como un recién nacido.

Digitized by Google

—¡Ajá!

—Cruz te mandó a buscar. No digas nada. Ya hablarás con ella allá en la casa.

José Ramón tartamudeó:

—Pero... Pero... En fin, ¡vamos allá!

Los dos caminaron a la orilla del agua.

—Mira a los tigüitigüis —dice Víctor Parucho— salieron con la fresca del atardecer.

Y José Ramón responde:

—Bichitos antipáticos. Payasos, brincones, comedores de desperdicios.

Digitized by Google

Digitized by Google

CUARTA JORNADA

Digitized by Google

Digitized by Google

XVI

Hoy es el día de las mariposas.

Las gentes dicen sencillamente al levantarse, la palabra "hoy", como cualquier otro día, pero, a pesar de ello, hay alegría, claridad, nervio, en las tres letras.

Blanca, la mujer de Chuíto Guaregua dice:

—Hoy voy a comprar un frasco de mostaza.

Y piensa hacer para el almuerzo una ensalada picante, roja y verde.

Chuíto dice:

—Hoy voy a remendar el chinchorro de pesca.

Providencia, la novia de Vitico Parucho, dice:

—Hoy me pintaré los labios; me lavaré el cabello.

Y sucede que "hoy" no es un día igual a los otros, con sol y mar y playas abiertas a los vientos, sino excelso día resplandeciente de las mariposas multicolores y bailarinas.

¡Hoy!...

Chuíto Guaregua, sentado en el rojo patio enladrillado, silbando coplillas del mar, ensarta hilos nuevos en la red morena, rota en los esfuerzos de último lance pesquero. Blanca mueve su impaciencia ante el mostrador de la pulpería de César Augusto Pagliati. Providencia, la dulce Providencia, novia del pescador Parucho, se mira en el espejo, canturrea sonriente, arregla su cabello en rulos y tirabuzones. Se mira en el espejo: ¿Quedará bien así, tras de la oreja, este pequeño mechoncillo altanero?... Providencia

Digitized by Google

sonríe: ¡Lindo! ¡Lindo!... Cuando venga Vitico ella sonreirá más al mirar que el muchacho la observa con muda, profunda pasión... Se pintará los labios, hará pequeñas sombras azules y brillantes en sus párpados sobre las largas pestañas. "¡Amor, amor, mi grande amor!" —canturrea la moza.

Todo esto hoy. Porque el día está claro, vigoroso, brillante, fresco, lleno de mariposas de oro y plata que hacen palpitar en sus alas toda la luz. ¡Hoy!: día nervioso de las mariposas brillantes en el pueblo de los marinos y de los pescadores.

Mariposas de plata y oro, nacidas en las oscuras axilas húmedas de los árboles en la montaña vecina, pósanse un segundo sobre los pinchos de los cardones, sobre las agujas de los cujíes. Mariposas de oro y plata entre la brisa del mar, como nuncios de milagro. Eloy, el chico pequeño de Cruz, las persigue sobre la arena; hay una azul y pomposa, como reina de cuento, posada blandamente en la hoja más lánguida de uno de los cocoteros de Marcelino el carupanero.

Sí. Las mariposas han puesto su firma de plata y oro al día de oro y plata. La brisa fresca, generosa, húmeda del aliento marino, tiende su pliego intacto sobre la tierra alegre. Los brillos, los reflejos, queman la brisa temblorosa de alas. Ese temblor alado se hunde en las almas, las zarandea delicada y hondamente, las obliga a hacer cosas hermosas. Linda es la ensalada de Blanca con sus tomates rojos y su salsa amarilla; la red de Chuíto queda fuerte, bella, útil; allá en su casa, Providencia es centro y fuego de toda belleza: mariposa correlona y morena de sangre movida por la sangre espiritual del día.

Y Cruz Guaregua también ha decidido hacer hoy algo hermoso y solemne. Muchos días lo ha pensado mirando a José Ramón caminar las playas como ánima en pena;

Digitized by Google

muchas noches la ha desvelado esa idea cuya realización le costará el mayor sacrificio: Visitará a Aquiles Vargas y arreglará con él la vida inútil de José Ramón.

Hoy lo hará: hoy, día de las mariposas sobre las playas de los marinos y de los pescadores.

Pasando sobre mil dudas, Cruz Guaregua ha cogido puesto en el forcito que alquila Pablo Jesús Martínez — Pachú— para viajes entre Santocristo y Ciudad Vieja. Ha tenido muchas dudas, muchos instantes de incertidumbre y azoramiento, pero ya va camino de Ciudad Vieja sobre la carretera sin mariposas.

Ha tenido que luchar contra mil dudas, porque no está segura sino de que va a hablar con Aquiles Vargas y, en redor de esta decisión, le parece que existe una zona desconocida llena de peligros y detalles desagradables que tendrá que resolver.

Su vestido, sus zapatos, el enorme moño de su pelo tras de la nuca, sus manos limpias pero marcadas de trabajo, hasta su modo de sentarse en el auto, son causas de su desazón.

Ha pasado muchos años encerrada en su casa y siente que la miran, que cada gesto suyo es observado y criticado. Lucha contra esa actitud que la acongoja, hace empeño en repetirse que es respetada y querida por todos, pero sabe que no la abandona su nerviosidad.

La realidad es que todas sus pequeñas desconfianzas son disfraz de la emoción que le produce el hecho central: su entrevista con el viejo Vargas.

La idea de mirarlo cara a cara es definitivamente terrible para Cruz. Ella lo sabe. Vendrán los recuerdos. Tras de los rasgos del viejo aparecerá la figura del hombre cuyas ma-

Digitized by Google

nos dieron a sus senos de virgen fuerza de pechos femeninos; confundiéndose con las recias líneas del anciano altanero se alzará la imagen del hombre bajo cuyo peso, enemigo y dominador, maduró su carne; en la sonrisa despreciativa y pròcaz del Aquiles Vargas de hoy, en la melena de blanca seda, en la barbilla reciamente dibujada, en la nariz recta y dura, estará la expresión que marcó con su violencia la primera honda hora sombría del amor.

Lo odiaba, sí, pero era imposible negar que estaba en su vida aquel nombre, que la mano de Aquiles Vargas estaría siempre en la fuerza oscura, íntima, poderosa, que sabe levantar los pechos de Cruz Guaregua... Tenía que hacerse recibir por él; tenía que hablarle largamente. Pero, ¿cómo?...

Ya el forcito atravesaba el puente sobre el río; ya estaba dentro de aquella Ciudad Vieja que dormía junto al agua y permitía que el río perezoso acariciara el flanco de su sopor como sueño pesado de tristeza y pasión.

—¿A dónde vamos, Cruz?

—Vamos a la casa de Aquiles Vargas.

Pablo Jesús —Pachú en nombre familiar— el chofer que hacía viajes entre Santocristo y Ciudad Vieja, volvió la cabeza asombrado.

—¿A la casa de Aquiles Vargas?

—Sí, señor. A la casa de Aquiles Vargas.

—¡Caray! Se está acabando el mundo.

—Estás hablando demasiado, Pachú.

Entre los caserones viejos, por las calles calientes y encementadas, se atracaba la carrera del pequeño automóvil. Cruz miraba, extrañada ante la marca del cemento y de una que otra construcción moderna, que, sin embargo, no lograban romper el viejo tinte de severidad y grandeza —moles antiguas, absurdos fantasmas pesados de siglos— que la ciudad mantenía como sello esencial.

Digitized by Google

Cruz no sabía siquiera la posición de la casa de los Vargas en Ciudad Vieja y, cuando Pachú frenó frente al pesado portalón, frente al zaguán ancho y sombrío, sorprendióse y sintió con más fuerza que nunca su miedo ante la idea de entrevistarse con Aquiles Vargas.

¿Cómo debía tratarlo? ¿Con seriedad? ¿Con humildad? ¿Con alegría? ¿Debía mostrarse fría y alejada? ¿Tendría que expresar de una vez su interés por aquel hijo que era, precisamente, centro vital de las relaciones entre ella y el viejo Vargas?

Pablo Jesús frenó ante la ancha casona pesada y vieja; ancha, fuerte, pesada, poderosa; ancha casona de los Vargas dominadores.

—Bueno. Aquí es, Cruz.

—Espérate, Pachú. Espérate un momento. Para el carro un poco más allá. Tras de la esquina.

Al cruzar se vió, lejos el bloque de la iglesia, las paredes altas del recinto católico, esfinge sin rostro que ocultaba el secreto de muchos sueños fatales de Ciudad Vieja agazapada en el pasado, de Ciudad Vieja que atrapaba en la solemnidad de su inexistente poderío ya terminado, las vidas de sus moradores.

Por el pensamiento de Cruz pasó la idea de que en Santocristo nunca existió iglesia, que apenas había una pequeña gruta de la Virgen de la Soledad hecha por los pescadores en la orilla del mar, en la punta del único cabo rocoso que existía en el pueblito: una gruta de piedras caracoles y corales.

—Párate aquí, Pachú. Eso es. Déjame pensar un rato. Bueno... Hazme un favor. Llégate a la casa del viejo Vargas y dile que yo lo espero aquí. Que es necesario que hablemos.

Digitized by Google

El muchacho chofer abrió la portezuela y salió mientras la angustia de Cruz crecía dentro de su pecho, pesada y temblorosa.

—¡Espérate, Pachú!... Si está Emilia Vargas, llamas aparte al viejo... ¡Yo no sé! ¡Qué caray! A él le debe interesar más que a mí lo que yo le voy a decir... ¡Anda ligero, Pachú! ¡Ligero!

—Por fin, qué es, Cruz? ¿Me espero o ando rápido? ¿Cómo es la cuestión?...

—Anda, anda. ¡Qué caray! En buena angustia se ha metido Cruz Guaregua...

Quedó dentro del auto vencida, aniquilada, acaparada toda su alma por multitud de sentimientos cuyo roce había olvidado y que, vueltos a la realidad de su existencia, destronaban su confianza en sí misma y la hacían de nuevo un poco aquella muchacha cuyo cuerpo hizo madurar Aquiles Vargas.

El profundo desgaste que en Cruz producía el resurgimiento de aquellas antiguas sensaciones, nunca podría ella explicárselo; tal vez la palabra miedo expresaba algo semejante a su estado de ánimo; pero no era simplemente temor sino, también, repugnancia de ese tembloroso movimiento de su espíritu ante la voz y la presencia de quien fuera su amo; repugnancia de su propia persona que era capaz de sentir, a través de los años, la estatura de Aquiles Vargas; repugnancia de su propia alma tendida hacia el recuerdo pesar del odio; repugnancia de todo aquello que le quitaba la serenidad cuando más la necesitaba para defender la vida del hijo y defender también lo poco que existía aún de ella misma, contra la sombra poderosa de Aquiles Vargas.

Antes de llegar, ya triunfaba la imagen del primer amante, la huella del recuerdo virginal.

Al oír al chofer, saltó:

Digitized by Google

—¡Concha con Aquiles Vargas! —dijo Pachú.

—¿Qué te dijo?

—Nada. Cuando le dije que tú lo esperabas me peló esos ojotes azules que tiene y yo me vine en voz bajona.

—Pero...

—¿Tú crees que yo iba a esperar? Ese hombre es muy grosero, demás de grosero. Yo lo he visto echarle ajos al coronel Paván. Y yo no le aguanto groserías a nadie.

—Yo creo que vendrá.

El propio Aquiles respondió:

—Aquí estoy, Cruz Guaregua. Sin ponerme a pensar he venido, porque si lo pienso no vengo.

Sentóse al lado del chofer y continuó:

—Supongo que vienes a hablar de José Ramón. Por eso te he atendido, y, como en casa no podemos hablar ni aquí tampoco, vamos a ir hasta la playa de Maragua. ¡Echa, Pachú Martínez!

Maragua es la playa inmediata a Ciudad Vieja. Hay muy pocas casas: una vieja Oficina de Resguardo, otra casona en ruinas.

Maragua está vacía, desierta, con escasas marcas de vida humana. Es playa brava, sin arena, de lodo y piedras y olas muy fuertes, manchadas del lodo costeño, rojas, espesas, violentas.

Playa desagradable, Maragua; hostil, desnuda de toda gracia, el mar no descansa en ella con dulzura, sino que se desgarra al desgarrar la corteza terrestre.

Ante el mar se levanta un escalón de tierra roja deshilachada en goterones de lodo, deshecha en grumos fofos de barro.

La casona en ruinas, la deshabitada Oficina del Resguardo, muestran con su inútil existencia vacía la deso-

Digitized by Google

lación de Maragua que no ha podido ser asiento de pescadores ni lugar de recreo para los platudos de Ciudad Vieja.

Allá llegaron Aquiles Vargas y Cruz Guaregua en el viejo automóvil de Pablo Jesús.

Cuando se detuvo el auto pudo sentirse la fuerza de la garúa que nacía del agua pulverizada en su choque contra la costra roja del playón. Como ensimismado, el amplio retazo de tierra abría su inmensa desnudez raspada por las brisas mojadas del mar.

Tras la abandonada Oficina del Resguardo alzaban sus laderas rojas, destrozadas, con aspecto de ruinas, las colinas secas, sin más vegetación que yerbazgos quemados e inmóviles cardones esqueléticos.

Un pescador, que lanzaba su atarraya entre la convulsión de las olas sucias, era el único habitante de la roja y estéril lengua de tierra donde se rompía la furia eterna del mar, vibrante de sol en la lejanía, sucio y luchador en la orilla.

—Bueno, Pachú Martínez. Busque cobijo para el sol en alguna parte y déjenos solos a mí y a Cruz —dijo Aquiles.

El muchacho obedeció refunfuñando y quedaron los dos antiguos amantes sin más compañía que el azote mojado del fuerte brisote. El viejo bajó del auto, y, apoyando el pie en el estribo, miró a Cruz.

—Diga, pues, Cruz Guaregua.

—Yo lo que tengo que decirle es que usted debe mandar a buscar a José Ramón.

Trémula, retorcida en sí misma, con los ojos bajos, hablaba Cruz. Su voz, que intentaba ser clara y serena, era apenas susurro. La réplica del viejo Vargas, por el contrario, salió rápida y seca, entre los delgados labios.

—¡Que yo debo mandarlo a buscar! ... El vendrá. Yo no le he cerrado las puertas de la casa que sigue sien-

Digitized by Google

do suya. Pero me ha desobedecido y debe tener su castigo. El sabe que ha hecho mal y anda huído como perro miedoso.

Cruz habló sincera, libre repentinamente de sus temores.

—El muchacho no te va a suplicar perdones, Aquiles Vargas. Es orgulloso. Se pasa los días corriendo las playas como ánima en pena.

—Pues yo soy más orgulloso que él. Bien lo sabes tú, india Cruz. No seré yo quien ruegue. Si él no sabe humillarse a su padre, tendrá que humillarse a otra persona. Que no espere ruegos míos. Puede venir a su casa cuando quiera.

—¡Aquiles Vargas! El muchacho se va a perder. Es un Vargas completo. Ha querido meterse a pescador; ha querido que yo lo defienda. Pero allá es imposible. Su sitio está en tu casa.

Discutieron. Cruz exponía sus razones hundiéndose más y más en sus conceptos, estableciendo que ella era de otra casta, de otra sangre. Logró explicar a Aquiles que José Ramón no era —no podía ser— de los hombres que trabajan la tierra; que no sabía sentir el valor de su esfuerzo; que hacía la tarea como quien juega; que no sabía defender el precio de su trabajo; que, en realidad, era de los de arriba; que no sabía lo que era el dinero porque todo lo había recibido de regalo en la vida.

Aquiles Vargas sintió las palabras de la india como ofensa.

—¿Y tú crees que los Vargas somos de esos que aceptan regalos? ¿Y tú crees que los Vargas somos de esos que se acuestan a esperar que les llenen la boca? ¡India Cruz, los Vargas le han arrancado a la tierra la plata y le han dado de comer a todo el mundo aquí! ¡Los Vargas no son flojos que extienden la mano! ¡Los Vargas

Digitized by Google

son machos que cogen más de lo que necesitan y regalan las sobras.

—José Ramón necesita que lo defiendan, que le aseguren su modo de vivir. Lo que yo puedo darle no es lo que él necesita.

—Pues yo sí puedo darle lo que él quiere. Pero debe ganárselo, no esperar que le pongan las cosas en la planta de la mano.

—¡Esas no son las razones que puede tener un padre para su hijo! ¡Aquiles Vargas, te estás haciendo avaro con los años!...

El viejo Aquiles oscilaba entre el cariño y el desprecio por Cruz. La india se le presentaba, a la vez, como sierva, como madre de su hijo, como la mujer que —años atrás— se había opuesto a su voluntad; como representante de ese montón de gentes altaneras y trabajadoras a quienes admiraba secretamente como a enemigos capaces de vencer a los Vargas si se les dejaba libres.

—Los Vargas somos generosos —dijo— tontos es lo que no hemos sido nunca. A José Ramón tú le pones entre las manos lo que quiere y lo deja caer. No sabe agarrar lo que necesita. No sabe defenderse.

—Por eso tienes tú que defenderlo, Aquiles Vargas. Yo no puedo. Es hijo tuyo.

El viejo quedó pensativo.

—¡Bueno!... ¡Ya veremos!... ¡Ah, Pachú! Nos regresamos.

Tras la carrera del ford, se extendía la estela rojiza de la tierra llevada en las brisas poderosas. La abierta playa de Maragua —hostil extraña— conservaba su raída alma áspera y agresiva en cuyo borde lanzaba la atarraya el único pescador.

Digitized by Google

Cuando Aquiles Vargas bajó ante su casa, pagó al chofer a pesar de la oposición de Cruz Guaregua.

—¡No seas tonta, Cruz! —dijo—. Estás buena moza todavía. Si no estuviera tan viejo, te buscaría para acostarme contigo esta noche.

Cruz chilló:

—¡Viejo enclenque y grosero!

Mientras el chofer hacía salir el auto y reía con altas carcajadas:

—¡Palo de hombre Aquiles Vargas!

Aquiles pensó y resolvió. No intentó siquiera explorar las bases de su decisión, porque no quería darse cuenta de que, en realidad, estaba concediendo al muchacho en contra de su voluntad de rigor. Escondiendo esa derrota interior, ocultándose a sí mismo que las razones de Cruz Guaregua lo habían convencido, comisionó a la hermana Emilia para que interviniera con José Ramón, hiciera con él las paces y trajera de nuevo al muchacho a la casa.

Había decidido algo más: mandar a José Ramón a Caracas y hacer de él un buen abogado que pudiera gobernar públicamente en Ciudad Vieja. (Una de las más íntimas y desagradables preocupaciones de Aquiles Vargas había sido siempre esa de no tener título universitario y verse obligado a dejar en manos ajenas los más altos destinos políticos de la provincia, aunque, en realidad, los dueños de esas manos fueran muñecos y sirvieran para los fines que Aquiles se proponía). Si José Ramón llegaba a ser abogado, podría actuar en los despachos oficiales, en las oficinas gubernamentales, en la Secretaría General o en la Presidencia del Estado. Si daba resultado,

Digitized by Google

continuaría con él el dominio de los Vargas. Si no sirviera, sería un muñeco más en los miriñaques políticos de Aquiles en Ciudad Vieja.

Y fué Emilia, la dulce tía Milita —mística falda, blanca seda cariñosa — la comisionada para conseguir el regreso de José Ramón.

XVII

La casa de los Vargas en Santocristo —blancas paredes frente al embarcadero que otro Vargas construyera hace ya tiempo— estaba sin los amos desde que la tía Milita regresara apresuradamente a Ciudad Vieja. Había órdenes para los criados de recibir a José Ramón, pero éste no se había acercado siquiera a la puerta.

Ahora había vuelto Milita y, en el corredor delantero, sentada en el mecedor, podía verse su blanca estampa romántica balanceándose al fresco aliento marino.

Emilia había interrumpido su temporada playera ante las noticias, para ella mortalmente escandalosas, del erótico incidente de Gregoria y José Ramón. Ahora volvía, aterrorizada aún de aquella crónica en la que había estado mezclado el nombre de José Ramón.

Desde hacía tiempo Emilia sentía su alma pequeña, acongojada por los menores sucesos. Le producía dolor cualquiera mínima tragedia; entristecía por los canarios enfermos, por haber encontrado flaca la vieja gata de la casa en Ciudad Vieja, porque un paisaje, copiado por ella en sus días de colegiala, estaba perdiendo los colores de acuarela... Todos los contratiempos, propios y ajenos, le producían temblorosas tristezas que la hacían refugiarse más y más en sus devociones y novenas ante las lámparas encendidas de los altarcillos hogareños. Sus largos dedos flacos, blancos, elegantes, no dejaban descansar las cuentas del rosario traído de Tierra Santa.

Digitized by Google

Había aceptado el encargo de Aquiles con respecto a José Ramón porque lo creía deber íntimamente relacionado con sus rezos (cariño de José Ramón y amor a los santos, ¿no era una sola y misma cosa?) pero tenía que hacer esfuerzos para vencer su timidez, aquel sentimiento de miedo triste ante las cosas que le hacía el alma tan pequeñita y apesadumbrada.

Y allí estaba, balanceándose en el mecedor, rezando sus avemarías, pasando entre sus dedos las cuentas del rosario frente al mar de Santocristo.

Con ella trajo una muchacha sirviente a cuyo trato se había aficionado. Aquiles recriminábala por esa intimidad, pero ella necesitaba alguien a quien decirle sus temores de estos últimos tiempos y sólo aquella muchacha dolíase con ella de los contratiempos que en su redor se presentaban.

Era la chica campesina de Lagunazo (lo mismo que la mujer de Chuíto Guaregua) y tenía ante el mar la admiración que mantienen siempre para él los que nacieron apartados de su orilla. A pesar de que era muy mocita, servía de consejera a la solterona, quien le contaba todo lo que antes contara sólo a sus santos. La muchacha —Georgina de nombre— conocía ya, al llegar a Santocristo, lo que, en relación a José Ramón, tuvo a bien decirle Emilia Vargas.

A la versión dada por la dulce Milita, añadía Georgina sus razones, creencias y supersticiones, cambiando a su antojo la cariñosa idea de la tía.

La tía decía que Gregoria había sorbido el pensamiento a José Ramón y tal afirmación significaba en la mente de Georgina la sirviente, algo íntimamente relacionado con las brujerías y "daños" cuya existencia conociera en el pueblito montañés, algo que sobrepasaba lo que Milita había querido expresar.

Digitized by Google

Para Georgina, eso de que Gregoria había sorbido el pensamiento de José Ramón, era un hecho existente, verdadero, conseguido por alguna de aquellas prácticas —alfileres clavados en el corazón y en la cabeza de muñecos y retratos, humo de tabaco respirado por labios anhelantes, velas encendidas en los rincones de los ranchos— de las cuales había oído hablar desde sus primeros años.

Por eso escuchaba a Emilia Vargas con profunda atención y el caso de José Ramón era para ella el más atractivo pozo de misterio.

Un día, la muchacha llegó trémula y gozosa ante Emilia:

—¿Usted no sabe? ¿Usted no sabe?

—¿Qué pasa, mujer?

—La mujer del hijo de Cruz Guaregua es de mi pueblo; es amiga mía.

La tía Milita suspiró alegremente. Habían pasado los días y no encontraba ocasión para hablar a José Ramón; estaban pasando los días y se consideraba incapaz de ponerse en contacto con algún miembro de la familia Guaregua; pasaban los días en esa indecisión que la mortificaba al hacerla sentir que estaba huyendo del cumplimiento de su más santo deber.

—¡Ay, Georgina! Tú me conseguirás a José Ramón.

Georgina es morena, carne suave con delicado tinte de vellos rubios, cabello castaño recogido en grueso moño sujeto por la roja peineta de piedrecillas multicolores. Dulce, abobada, tiene carmines y barretas de rouge barato

Digitized by Google

—regalos de Emilia Vargas— para los días de fiesta, cuando luce la sonrisa entre los anchos labios y viste amplios trajes vaporosos de fogoso amarillo, de azul rabioso, de rojo llameante, de blanco con florecillas azafranadas, cuando se anuda el cabello con cintas del mismo color de su vestido.

Los ojos de Georgina son hermosos, como si bañara sus pupilas en oscuros aceites de melancolía. Tiene la boca ancha, de gruesos labios que expresan ingenuidad y ternura y que, aún cuando se los embadurna con la grasa roja de sus afeites, siguen viviendo su mensaje de paz bajo la pintura encendida y grosera.

Los muslos gordos, bien apoyados en las piernas ágiles, en los tobillos elásticos, sostienen con gracia y majestuoso poderío la ancha cadera de la fecundidad. Los pechos redondos, de altanería un tanto temblorosa, se marcan precisos y hermosos bajo el vestido. En las orejas luce zarcillos pequeños de mucho brillo comprados a los turcos buhoneros.

Georgina es hermosa. Tan hermosa que Pachú —el escandaloso chofer Pachú —apenas se atreve a soñar que pueda algún día rozar con el ademán más tímido de sus gruesas manos de obrero aquella carne que es, para él, símbolo del instinto y del cariño hermanados en el más lindo ensueño.

En esta Georgina puso Emilia Vargas sus esperanzas para que trajera a José Ramón al redil familiar. Nunca se pusieron esperanzas en cuerpo de mujer más hermosamente maduro, humilde y campesino.

Se encontraron Georgina y José Ramón en el cocal playero de Marcelino Guardia. Georgina se había hecho

Digitized by Google

personaje habitual de la casa de los Guaregua y logró salir a pasear las playas con Eloy, el chiquitín hijo menor de Cruz.

Las mujeres saben conseguir lo que quieren de los hombres aunque sean muchachitas campesinas recién llegadas de Lagunazo. Georgina había mirado muchas veces la silueta lejana de José Ramón caminando a la orilla del mar. Precisamente esa lejana mancha blanca y movediza del hombre, la hacía pensar en los sesos de José Ramón, sorbidos por las artes mágicas de Gregoria. Ya el hombre de los sesos robados andaba por las playas buscando su alma, huído siempre de la casa de los Guaregua, lo importante era ponerse ante sus pasos, detenerlo.

Las mujeres saben de estas cosas, aunque sean muchachitas campesinas recién llegadas de Lagunazo. Por eso, José Ramón encontró a Georgina sentada en el flanco de una dama jugueteando con Eloy, el hijo chíquitín de Cruz, en el cocal playero de Marcelino Guardia. El chiquitín llamó:

—Siéntate, Moncho —dijo su voz de campanita y los ojos del hombre cayeron sobre la moza de arena recostada en la arena.

—¡Si es Georgina ¡Muchacha! No te hubiera reconocido... Ando así, como sin darme cuenta de las cosas, como si no tuviera alma... —y continuó lentamente— ¿cómo está la tía Milita?

—Esperándote, José Ramón.

—¿Está aquí, contigo?

—Hace muchos días.

—Algo de eso me parece que le oí a Cruz. Pero, ya te digo que no me doy cuenta de nada.

—Esa mujer te echó daño, José Ramón.

—¿Qué mujer?

—Gregoria, la de González.

Digitized by Google

José Ramón agradeció desde lo más profundo de su ser aquellas palabras. Necesitaba cariño, refugio, interés por él, por su naufragio de Cristo sin Madre Dolorosa. La muchacha le extendía la primera frase de cariño esperada, le daba sus palabras sencillas "esa mujer te echó daño" y era su boca una gota roja de ternura.

—¡Esa mujer te echó daño! —y José Ramón se sentó, no muy cerca de ella, como perro doliente, de ojillos lastimeros.

—Lo creo —dijo melodramático, representando ante ella la figura del hombre destrozado, para provocar en la muchacha más cariño y más lástima—. Creo que esa mujer me ha echado todos los daños del mundo.

Surtió efecto su dolorosa actitud martirizada. Los ojos y el alma de Georgina contemplaron, aterrados, las sienes y el corazón del hombre atravesados por los brillantes alfileres de las brujerías, el pensamiento del hombre halado por los humos aspirados a ocultas con respirar de pasión, la voluntad del hombre quemada en las velas encendidas junto a los rincones donde las potencias ocultas hacen sus sortilegios.

—Toma, José Ramón —dijo Georgina y, sacando de su cuello la delgada cadena de plata, la extendió a José Ramón—. Usala en nombre de Dios.

Una medalla y una figurilla de azabache, que habían descansado entre los pechos de Georgina, estaban ahora en las manos de José Ramón: la medalla de la Virgen del Carmen y el negro bracito de azabache —que aleja el maldeojo— calientes todavía por el contacto de la mujer. Ella siguió hablando:

—Ve esta noche a la casa. Hazlo por tu tía... o por mí.

Sonrió pícara y, tomando de la mano al chiquitín, hijo de Cruz, se alejó corriendo. José Ramón quedó tirado

Digitized by Google

en la arena. El cielo radiante le pareció imagen de su corazón.

—En el nombre de Dios y de Georgina —dijo y puso en redor de su cuello la cadena milagrosa.

La lámpara de gasolina quemaba en su luz blanca las paredes del corredor de la casa de los Vargas y echaba la playa sombras y luces vivas que se movían cuando la brisa empujaba la lámpara colgada de la vigueta encalada. El bamboleo de luces y sombras formaba falso ambiente inseguro en el corredor varguero.

Balanceándose en el mecedor, pasando entre los dedos las cuentas del rosario, Emilia Vargas esperaba; a su lado, Georgina miraba intentando descubrir entre las sombras la figura de José Ramón. Ambas sentían en sus pechos la picazón de la impaciencia y el rosario desgranaba sus vueltas una y otra vez entre los dedos de la solterona. La tía Milita sólo interrumpía sus avemarías para suspirar y la muchacha la consolaba, segura de que sus amuletos traerían a José Ramón, de que sus medallas —que eran un pedazo de ella misma— lo obligarían a venir.

—¡Ay, Señor! ¡Ese muchacho!

—El viene, niña Emilia.

Y pasaban las horas de la noche fresca, sin luna, con muchas estrellas y muchas brisas cortantes entre la sombra cristalina.

—¡Ay, Señor! ¡Ese muchacho!

—El viene, niña Emilia.

Hasta que llegó el momento de acostarse —media hora más tarde que de costumbre— y se levantó la tía Milita, con muchas ganas de llorar en su pequeño corazón vulnerable de soltera rezadora y cariñosa.

Digitized by Google

—¡Ese muchacho!... ¡En fin!... No vino. Habrá que hacer algo más mañana. Encenderé una vela a la Santísima Trinidad para que le despeje el entendimiento y lo haga regresar a su casa...

—Vamos a esperar un ratico más, niña Emilia.

—Ya yo no puedo. El sabe a qué hora me acuesto. Si hubiera decidido venir, hubiera llegado ya. ¡Ay, Señor!...

Emilia y, tras ella, Georgina se metieron en la casa. Inútil, bamboleando su luz entre las ráfagas negras del viento, la lámpara parecía un muñeco de llamas sobre el solitario corredor de la casa varguera.

Al rato regresó Georgina para retirar la luz y el mecedor. Apoyado en el barandal estaba José Ramón.

—¡Ay! —chilló la muchacha—. (Había dudado de la virtud de la medalla del Carmen, del bracito santo hecho de azabache y la llegada del hombre le pareció réplica de las oscuras potencias en las cuales creía). ¡Ay! ¡Tú!

—Sí. Por ti vine. Estaba esperando que se fuera la tía Milita.

—Pero...

Llévate la luz. Quiero hablar contigo a solas.

—Estoy sola.

—Sin luz. Quiero que no me veas casi, para poder decirte un montón de cosas.

Desaparecieron la morena y la luz y luego regresó Georgina.

—Ya está dormida la niña Emilia. Roncandito como una santa.

—¿Y tú?

—Yo, despiertica como una diabla.

Digitized by Google

En lo oscuro, se sintió la blancura de su inocente sonrisa pícara.

—¡Georgina! ¡Negra! ¡Alma!

—Eres fácil para decir cosas.

—Tienes que ser buena conmigo.

—¿Y por qué eres tú malo?

—¿Malo? Si yo te contara...

—No tienes nada que contarme. Sé que eres malo con la niña Emilia y yo no quiero que tú seas malo.

Lo besó rápida y cariñosa.

—¡Georgina!

—Ven mañana a ver a tu tía Emilia. Cuando tú seas bueno, yo seré buena contigo.

Su risa y sus pasos se oyeron en la oscuridad y, luego, el ruido de la llave en la cerradura.

José Ramón quedó en la noche, asombrado, como si le hubieran dejado en la mano una moneda desconocida, de valor inexpresable y extraordinario, una moneda que también fuera flor intacta de ternura y sombra, de sangre y cariño.

Digitized by Google

QUINTA JORNADA

Digitized by Google

Digitized by Google

XVIII

En la sombra del corazón caía la voz —moneda, flor de sangre— y negaba sus ecos, el brillo de su sonido, a través de la oscura alma cansada.

Estaba entre sus manos la moneda nueva; entre sus manos, cerca del corazón, estaba la palabra; entre sus manos, rozando el corazón, la frase de Georgina: "Cuando tú seas bueno, yo seré buena contigo".

José Ramón escuchaba los ecos de la moneda, el gesto de la flor que caía en la sombra del corazón cansado. No quería dejarse vencer.

Ya otras veces se había equivocado. Otras palabras pareciéronle ya monedas con valor de sangre y sombra, flores maduras de carne y de sueño. Ya otras veces ofreció su sueño, su carne y su sangre y buscó unión con otro sueño y otra carne y otra sangre. Cambio de monedas para forjar la vida, polen de sangre propia buscando abrigo entre los pétalos para crear el fruto, cambio de sueños para hacer el amor. Pero sólo la moneda propia era verdad y sólo el propio polen nacía en verdad de la sangre y sólo el propio sueño era metal de amor. Las otras monedas servían para hacer las puñaladas de la traición, las otras flores tenían vacíos sus pétalos como faldas inútiles, los otros sueños eran negras pesadillas de sopor.

José Ramón, se sentía herido, abandonado, golpeado con maldad por Cruz y Gregoria; por Aquiles con toda su

Digitized by Google

cohorte de Vargas poderosa; por Emilia santa abrasada tenuemente en la llama pálida de sus devociones; por los Guaregua pescadores, cerrados a él en el grupo del jornal y del trabajo; por los cerdos que se revolcaban en la pocilga de Ciudad Vieja. Estaba herido: dondequiera que acercó su anhelo, encontró repugnancia, ponzoña de maldad, sopor febril de pesadillas cruzado por el brillo de las puñaladas traicioneras.

Ahora, sobre el recuerdo de Gregoria, dibujábase la línea delicada de la muchacha campesina, el dulce sonido de la voz de Georgina: "Si tú eres bueno, yo seré buena contigo"...

La voz pedía regreso.

Pero, ¿a qué regresar si ha de encontrarse nuevamente la traición, la maldad, la ponzoña?... La voluntad vacila. Con los queridos fantasmas se está en paz. Las criaturas del sueño son buenas y hermosas, muy hermosas, ¿a qué pretender unir a criatura humana la sustancia del sueño? ¿A qué pretender que pueden confundirse en una sola viva criatura lo soñado y esto que parece un sueño con nombre de mujer?

Sin embargo. la voz pide regreso y hace vacilar la voluntad.

Brota del instinto la corriente de la sangre y los fantasmas corren una vez más a anidar en ser viviente. El río de la pasión arrastra sueños y hace presente una vez más que el hombre sostiene sus frutos con esencias profundas de la tierra, que el árbol humano estira sus ramas y sus hojas, da su flor y su sombra, porque sorbe de la tierra jugos sagrados.

La voz pide regreso. La voluntad vacila.

Fruta, flor, ramas, hojas, sombra... los pájaros que llegan como sueños a adornar con su pluma y su canto la erguida ramazón y el viento de la vida que sacude la

Digitized by Google

figura orgullosa hasta hacer sangrar el verde corazón, la delicada fibra tibia y sentimental.

La voluntad vacila porque la voz pide regreso.

No es el destino del árbol el perfume de sus flores; no es el destino del árbol la pluma, ni el nido, ni el trino, ni son los sueños destino de varón. Devolver a la tierra el fruto hermoso, redondo, maduro de los jugos que da la misma tierra, destino es, a la par, del árbol y del hombre.

La voluntad vacila y la voz es torrente.

Si el árbol pretendiera curar su herida con perfumes, con canto; si se olvidara de la raíz que a la tierra lo une, se haría dulce e inútil; hasta la flor y el nido caerían de sus brazos y sentiría más dura la dolorosa herida del verde corazón sentimental.

La voz es río de pasión, viento recio y vital que arrastran hacia el mundo una vez más los sueños y los pasos de José Ramón.

A la mañana siguiente, llegó a su casa varguera:

—Aquí estoy, tía Milita. Aquí estoy.

Fué tras la lucha solitaria, tras la altiva inercia que lo apartaba del mundo (ese mundo nido de traiciones donde la maldad revolcaba sus serpientes en el estercolero del vicio) otra mayor inercia de dejarse llevar, de estar allí con los otros, sin amor y sin odio, aceptando el disfraz del hombre práctico para hacer olvidar el calificativo de soñador.

Allí estaba en la casa paterna de los canarios bulliciosos y el tinajero fresco y musical, esperando y dejándose llevar. El padre y la tía Milita, lo rondaban observándolo. Georgina —ágil sombra de amor— se movía cerca de su deseo.

Digitized by Google

Una noche acercóse a la muchacha. Toda la sed en los labios reclamaba a la tinaja morena repleta del agua sombría que calma la ardida sequedad. Mas la tinaja morena cerró su boca a la llamada de la sed.

—No puedo ser tu esposa y no quiero ser tu querida. Se lo diré a la niña Emilia.

La niña Emilia dejó de ser dulzura y habló, ella también, con el orgullo de los Vargas.

—Si por eso regresaste, vuélvete allá, a casa de las gentes que se revuelcan como animales con cualquiera. Georgina está bajo mi responsabilidad. Hablaré de esto con Aquiles.

Y tocó el turno al padre, ahora comprensivo, quieto, casi cariñoso:

—José Ramón, estás nervioso, sin aplomo, sin seriedad. Creo que necesitas un cambio absoluto, completo, si quieres ser hombre templado de verdad. Pensaba decirte estas cosas más tarde; pero lo de Georgina me ha obligado a adelantarme.

Puso sus largas manos pesadas en los hombros de José Ramón y continuó:

—Siempre has de buscar lo que te trae desagrados. ¡Tantas mujeres como hay en Ciudad Vieja y tú te antojas de la niña mimada de Emilia!...

—¡Ni pienso en esa perra!

—Mejor es así, pero... De todos modos... Ya eres bachiller... ¿Quieres seguir Derecho en Caracas?... No me contestes ahora. Dentro de unos días, veremos.

Una vez más, cambiaba el padre la dirección de su destino; una vez más ponía ante él la flecha de un camino

Digitized by Google

clavada en el desconocido futuro; nuevamente, presentaba a los ojos de José Ramón las barajas de la existencia con un sorpresivo as de oros triunfal.

El muchacho registraba las cartas de su juego, observaba la flecha que habría de lanzar, buscaba en el mapa de sus deseos el rumbo exacto y nuevo. La constelación del centauro (hombre-bestia que lanza el dardo prodigioso) regía la ruta, marcaba la línea de la proa sobre los mares intactos. Tenía que luchar y vencer, clavando en el corazón de la vida su grito brillante.

No había pensado un solo instante oponerse al querer del padre. Si no le había contestado de inmediato afirmativamente, era porque Aquiles lo había impedido; tener que esperar para decir su asentimiento estorbaba el franco regocijo producido por la espléndida proposición paterna.

Allá en Caracas, lucharía y vencería. Allá. Solo. No creía tener nada que lo uniera a estas gentes; se zafaba del contacto de todas ellas con la alegría de la liberación. Lo habían golpeado, herido, traicionado. Ahora, arrancaba aquella carga maldita y se iba a luchar y a vencer a Caracas: allá, solo entre la multitud atareada y trabajadora, entre el ruido y la alegría de las gentes; allá, donde el triunfo significaba verdadero honor.

¡A luchar y a vencer! A presentar la batalla de los libros con el esfuerzo cotidiano del entusiasmo. A poner toda la fuerza del pescador y del remero en el combate por la posesión de la ciencia. A estudiar en textos verdaderos de negras pastas que guardan conocimientos admirables... Y estar libre de los contactos desagradables del recinto familiar lleno de la voluntad del padre y la dulzura de la tía Milita, libre de las estúpidas relaciones que imponía la pequeña Ciudad Vieja.

No tenía razón ninguna para oponerse al padre; por el contrario, aquello era la más excitante y formidable

Digitized by Google

peripecia, el mejor suceso que terminaba y resolvía los enojosos problemas.

Todo se hacía magnífico, claro, brillante. Las barajas que sostenía entre las manos, marcaban triunfo bajo la romántica silueta del estudiante.

Allá en Caracas, lucharía y vencería. La lucha era el gesto hermoso, la flecha en el aire, el camino soleado, la proa que rompe aguas azules.

Vencer... Vencer era vaga idea: Dinero, queridas hermosas quemadas por las joyas, automóviles brillantes. Vencer era gastar rumbosamente, sin tener que fijarse en el valor de las cosas; decir frases pesadas y retumbantes; tener una sortija en el meñuique; hablar politiquerías en la tertulia de Aquiles Vargas; tener experiencia y alta posición; sentir el respeto de todos; ser consultado en las graves conversaciones de negocios. Sí. Triunfar era eeso: ¡SER IMPORTANTE !

Allá en Caracas, lucharía y vencería definitivamente.

Muchos días pasó José Ramón acariciando sus sueños de futuro. Profesores, mujeres, calles y paseos, movimiento hormigueante de gentes mezcladas en la prisa del trabajo y del placer, pasaban por su imaginación con el atractivo carácter de lo ambicionado.

Se imaginaba a sí mismo en un baile lujoso en la casa del tío caraqueño, rodeado de muchachas perfumadas de blancos escotes; o en un club jugando y ganando mucho dinero en la partida de póker entre hombres de blanca pechera almidonada y gestos elegantes; o en la Universidad escuchando la palabra severa y exacta de un profesor famoso; o por las calles, unido a la pandilla de alegres muchachos revoltosos...

Digitized by Google

En ese tiempo había muchos estudiantes presos: el hijo del doctor Rodríguez de Ciudad Vieja estaba preso; el hijo del hacendado Ledezma de Lagunazo, también había caído en el grupo que el Gobierno mantenía entre las rejas del Castillo de Puerto Cabello. Debía ser hermoso estar en la compañía de los muchachos valientes que desafiaban al Gobierno... Las mujeres de Caracas, los recibían como a héroes. Los hombres los admiraban.

José Ramón escribiría en los periódicos; saldría su nombre bajo un poema admirable en las páginas de *El Universal*. Tal vez aquel poema no terminado aún...

Se atropellaban los sueños dentro de José Ramón. La espera del acontecimiento extraordinario lo molestaba físicamente.

Por fin habló con el padre. Se dijeron los detalles: el dinero, la casa de huéspedes de una señora de Ciudad Vieja donde había de vivir, la direción del tío Manuel Vargas en Caracas. El padre aconsejó en primer lugar sobre los revoltosos.

—Los Vargas somos del partido del Gobierno. Cualquiera actitud suya en contra del Gobierno es un insulto a su padre...

José Ramón asintió.

—No tengo por qué meterme en política.

Era la frase indicada. El viejo movió la cabeza satisfecho.

—Bien...

La tía Milita sonrió; le dió medallas y un rosario.

Georgina, sonreída y malvada, dijo en voz baja:

—Eres un tonto. Si hubieras insistido la otra noche, te hubiera dicho que sí.

Digitized by Google

También fué José Ramón a despedirse a la casa de la madre india. Cruz habló con sequedad, lejana:

—Tienes que hacerte hombre. Por ahora eres un muchacho que no sabe defenderse.

Chuíto dijo:

—Bueno... Que vengas platudo.

Y Blanca:

—¡Que le vaya muy bien! Será padrino del hijo que viene.

José Ramón tembló de cariño al contestar:

—¡Gracias, comadre!

Tomando unas cervezas en el botiquín, se despidió de Víctor Parucho.

—Vendrás convertido en lo que eres de verdad: gente de arriba.

—Seré siempre amigo de las gentes de mi pueblo.

—No podrás. Serás gente de arriba.

En las palabras de sus compañeros, en las frases de Víctor y de Cruz, de Blanca y de Chuíto, se angustió su alma.

—Serás padrino del hijo que viene —dijo Blanca.

—Tienes que hacerte hombre —dijo la madre.

—¡Que vengas platudo! —dijo Chuíto.

Y, por fin, Parucho el amigo pescador había expresado algo que molestaba profundamente a José Ramón.

—Vendrás convertido en lo que eres de verdad: gente de arriba.

José Ramón se embriagó esa noche. Bajo las estrellas de oro corrieron los gritos y la pasión de su borrachera, sus largos cantos, su voz hermanada en las coplillas marineras con la de Víctor Parucho. A través del sueño lo persiguió su angustia.

Digitized by Google

XIX

Como recuerdo lentamente apagado en la noche del tiempo, iba alejándose el puerto. Estaba aún vivo y presente a la orilla del mar, asentado en la frágil luz de la playa, luminoso y frágil él también, como sueño de cristal que surgiera de la blancura llameante de las casas lejanas, del negro dibujo de los árboles, del metálico reflejo de la salina ilimitada. Estaba aún allí, vivo y presente, pero —como recuerdo en la noche del tiempo— iba alejándose, lentamente, el puertecillo de Santocristo.

Mirábase aún la silueta desmayada de los cocos, el verde garabato de los manzanillos achaparrados, el cirio azuloso y esquelético de algún cardón alzado en la curva de la redonda duna ardiente. Podían mirarse todavía vagas siluetas de nadadores en la cercanía de la encendida playa y podía imaginarse el lento movimiento del agua en la sombra metálica del manglar, donde los huevos de los peces maduran de vida, donde las ostras abren sus valvas mohosas al vaivén del agua cargada de vida, donde la quieta materia marina —gelatina, pequeños animales, algas oscilantes— desovillan los podridos hilos de la vida.

Estaba vivo el puerto, posado apenas sobre la tierra; vivo y brillante en el lento sueño de su fuga, como un recuerdo que se aleja despacio en la noche del tiempo. Se iba —segura y callada— la tierra; pero, tan fuerte en su lento adiós, que cada retazo de su encendido cuerpo iba cobrando vida más honda y bríos más poderosos en el movimiento de su retirada. Tal como un recuerdo va perdiéndose en la sombra de los años y vibra más en el último instante anterior a su muerte en el eterno olvido, se iluminaba la tierra de luces amorosas en el momento del adiós.

Digitized by Google

José Ramón, acodado en la borda del barco, miraba el lento apartarse de su solar; cómo iba convirtiéndose en débil marca la desgonzada majestad del cocotero; cómo se confundía en las brasas de la playa la corteza blanca del pueblo; cómo se mezclaba la sombra de los árboles playeros con la negra forma de los marinos mangles; cómo se dormía el reflejo de esa sombra en la lejana quietud del agua mansa. En la paz vibrante del aire, quemada en llamas de amor y de ansiedad, los pájaros del mar marcaban huellas de palabras que nadie ha pronunciado. Acodado en la borda del barco, José Ramón miraba.

Pronto se hundía tras el mar el maduro contorno de la tierra. Sería ella negra franja en cuya sombra nadie podría suponer vida de cocoteros, ni brasa de playas, ni temblor de los mangles cargados de sombra y de vida del mar. Pálida, con palidez de cosa moribunda, se extinguiría por fin tras el límite incierto del horizonte, como algo que fué recordado muchos años y terminó ocultando su vida tras la eterna noche del tiempo olvidado.

José Ramón mira: es una mancha oscura su tierra. No existe ya Santocristo; Lagunazo y Ciudad Vieja son nombres sólo, ya no están en la presencia de la luz, ni en la gota llameante del lucero.

Y, sin embargo, no podrá morir nunca en él su tierra... Y ello, no por los cocoteros, que también alzan su verde somnolencia junto a otras arenas; no por el grano puro de la playa, que es una mujer tendida a la orilla de muchos mares mansos; no por el hermoso garabato de los manzanillos, de ramas abiertas a muchas brisas; no por la sombra de los mangles, copiada en el remanso metálico de las aguas cargadas de quietud. No —tampoco— por la memoria de los viejos; no por la muerte heroica del tío Diego Vargas, ni por la altiva frente mustia del abuelo,

Digitized by Google

ni por la mansa voz de la tía que es un encaje de seda, ni por el padre recio que ilusiona sus años postreros con el pequeño, viejo poder de la familia sobre la pequeña Ciudad Vieja provinciana. No —tampoco— por Cruz, la madre india, ni por Víctor Parucho que es amigo y hermano, ni por el viejo Luis, ni por Primitivo el pescador.

Ella seguirá viva, la tierra, igual que viven escondidos tras los velos de la conciencia los más hondos y puros sentimientos. Como rigen la vida los oscuros rincones que la conciencia oculta, así viviría siempre en el alma de José Ramón, su tierra encendida de amor. Ahora, era apenas línea indecisa en el límite incierto del horizonte, pero crecía en el mar interior del viajero Vargas como recio mandato. De la tierra que se alejaba surgían los pensamientos que la voz de los ancianos había ocultado: el grito de las innumerables vidas sin nombre.

Era una sombra apenas la tierra incierta sobre el incierto horizonte del mar. Pero en aquella sombra parecían vivir con más fuerza todos los anhelos de los hombres, recordando a José Ramón lo que nadie quiso enseñarle jamás.

Surgían de la incierta sombra terrena las cosechas, la primera hoja verde, apoyada aún en la semilla hinchada, irguiendo su voz tenue al contacto del suelo; los gráciles tallos que guardan la savia y sostienen en su tope los frutos que caen luego entre la honda sombra poderosa; las semillas guardadas en las pulperías, las blancas ruedas de los sombreros de cogollo, las cobijas y las alpargatas de los sombreros de cogollo, las cobijas y las alpargatas primera de los campos sembrados —clara, verde, poderosa, con seda y poder de lluvia y de viento— y, junto a la segura madurez de las plantas, estaba la presencia del hombre, de la mujer, del niño, multiplicada innumerables veces sobre sus propias vidas sin nombre.

Digitized by Google

Surgían de la incierta sombra terrena el dulce mugido de la vaca, la pesada pezuña del buey, el anca brillante del caballo que pisa con gracia y con fuerza el polvo de los caminos. Había visión de corrales y tranqueros por donde corría la brisa lenta que sostiene una copla entre sus brazos puros. Cantaban los gallos en las madrugadas donde las estrellas lucen su llama. Y allí, junto a los animales mansos, junto a la fuerza del toro salvaje, junto a la estrella y la copla triste de los ganaderos, estaba la presencia del hombre, de la mujer, del niño, multiplicada innumerables veces sobre sus propias vidas sin nombre.

Surgían de la incierta sombra terrena ruidos de martillos, fuego de hornos, vueltas de ruedas activas que crean cosas sencillas y útiles; se oían —tal vez— los silbidos de los zapateros que trabajan el cuero, las canciones de los albañiles que sujetan ladrillos en la trabazón de la pared, los gritos de las gentes que trabajan el hierro. Y, junto a todo, estaba la presencia del hombre, de la mujer, del niño, multiplicada innumerables veces sobre sus propias vidas sin nombre.

Sentíase —allá, cerca de la incierta sombra terrena— el crujido de las barcas, el zumbido del viento empujando la blanca vela preñada de fuerza, el esguince del pez, el movimiento pesado del mar poderoso y un dejo amargo de canto marinero: "Estando asotaventado y esperando"... Y, en todo ello, estaba la presencia del hombre, de la mujer, del niño, multiplicada innumerables veces sobre sus propias vidas sin nombre.

A esas presencias innumerables unidas en una sola vida plural y eterna, estaba amarrada el alma de José Ramón. No a éste o aquel cariño, sino a la fuerza torrencial, pura como el árbol y como el ternero, pura como el viento y la playa, pura como el vuelo y como la mano que siembra

Digitized by Google

y trabaja, a la fuerza pura y eterna de la mujer, del niño, del hombre que nadie recuerda. Las innumerables presencias humanas que de la tierra surgían, formaban una sola voz que si brotaba de aquella sombra, también salía del alma de José Ramón.

Esa voz poderosa, era voz de la tierra que —tras el incierto horizonte del mar— vivía quieta, quemada en las llamas de su arena y en el milagroso cristal de su luz; pero también estaba en él, clamando en su sangre con gritos duros, rojos, crueles y, sin embargo, empapados de amor. Y era una voz que reclamaba y a la que no se podía negar su terrible autoridad amorosa.

Ya no existían los labios de la tierra —oscuros labios de su sombra— pero la voz vivía en el alma del muchacho apagando viejos ecos de la voz de los ancianos, creadora del mundo sombrío del pasado. Enemiga de la voz antigua, brotaba de los rincones donde quisieron olvidarla y triunfaba —eterna— en la presencia de los hombres sin pasado y sin nombre.

José Ramón mira el mar. No hay ahora sino la línea incierta del horizonte sin mancha de tierra alguna, incierta en su límite como su propia alma, tendida hacia el futuro como su alma, que es una flecha lanzada por el centauro —hombre puro, bestia pura— cuya fuerza es la voz y la vida de las gentes que no tienen nombre.

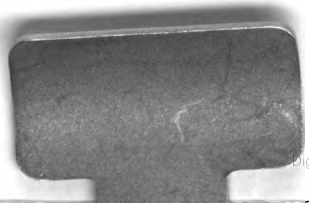
Digitized by Google

48 9

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

AMERICAN BIRDER

EL MESTIZO JOSÉ VARGAS / Guillermo Meneses

Nacido en 1911, fallecido en 1978 Guillermo Meneses nos dejó, además de **El Mestizo José Vargas**, **La Balandra Isabel llegó esta tarde**, considerada una pequeña obra maestra, **La Mujer, el As de oro y la luna, Borrachera, Campeones, La mano junto al muro** (un relato que causó tremendo impacto y polémica), **Canción de Negros, El falso cuaderno de Narciso Espejo**, obras que conforman un quehacer literario de extraordinaria relevancia.

El mestizo José Vargas, tiene la importancia de ser un punto referencial en el desarrollo de la obra de Guillermo Meneses. Comienza el autor por un criollismo urbano, orientado hacia el lumpen-proletariat, hacia los grupos marginales y hacia el tema sociológico donde el mestizaje juega un esencial papel. Luego desemboca en una narrativa de búsqueda ontológica y atisbos de renovación formal. La retórica de la imagen y de la adjetivación a la larga dan paso a una escritura que poco a poco se va despojando de los innecesario, liberándose de todo localismo y criollismo, ahondando en los personajes y en su profundidad sicológica.

El mestizo José Vargas, al compararse con otras obras de Meneses, señala ese proceso de reacción en su quehacer posterior contra los excesos preciosistas y metadóricos. En la actualidad, la obra de Meneses adquiere la dimensión de uno de los renovadores de la literatura nacional.

Su novela **El falso cuaderno de Narciso Espejo** (1952) se tiene como su culminación creadora y como una de las obras de más sólida composición formal y conceptual en el ámbito de nuestra literatura contemporánea.

Digitized by Google